

Verano en vaqueros

Ann Brashares



Resumen

Antes de salir de vacaciones, Carmen, Lena, Bridget y Tibby deciden que van a compartir un pantalón vaquero que les sienta genial a todas, y que se lo irán pasando durante el verano. Carmen se va a casa de su padre; Lena a casa de sus abuelos en Grecia; Bridget a un campamento de fútbol, y Tibby va a trabajar en un supermercado. Cada una va a tener mucho que contar al resto de sus amigas, porque va a ser un verano muy especial.



Primera edición: mayo 2004 Cuarta edición: mayo 2007

Dirección editorial: Elsa Aguiar

'ants

Título original: *The Sisterhood of the Traveling Pan*, Traducción del inglés: Elena Moro
o de la presente edición: Ediciones SM, 2004 Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte (Madrid) www.grupo-sm.com

Publicado por acuerdo con Random House Childrens Books

División de Random House, Inc.

New York, New York, U.S.A. Todos los derechos reservados

CENTRO DE ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 12 13 23

Fax: 902 24 12 22

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-0148-3

Depósito legal: M-16.282-2007

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gohegraf Industrias Gráficas, SL - 28977 Casarrubuelos (Madnd)

Queda prohibida, salvo excepción pr
distribución, comunicación pública y niuMormacion c
de difusión de la obra puede ser constitutiva d i kc«^rakT"" 2T T*"*
(arts. 270 y ss. Código Penal). El Centro Español de DerhosReoro^? "AP"1
el respeto de los citados derechos. "erectios Keprograficos vela por

A Jodi Anderson,

La auténtica

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a Wendy Loggia, Beverly Horowitz, Leslie Morgenstein, Josh Bank, Russell Gordon, Lauren Monchik, Marci Senders y, por supuesto, a Jodi Anderson, la verdadera musa.

También quisiera dar las gracias a Jacob Collins, Jane Easton Brashares y William Brashares, y dedicar un cariñoso reconocimiento a Sam, a Nathaniel y al pequeño a punto de nacer.

NO TODOS LOS QUE DEAMBULAN ESTÁN PERDIDOS
J.R.R. Tolkien

Prólogo

Había una vez un par de pantalones. Era un tipo de pantalón imprescindible -vaqueros, por supuesto-, azules, pero no de ese azul tieso y nuevo que se ve tan a menudo el primer día de colegio. Eran de un azul suave, cambiante, un poco más descoloridos en las rodillas y en la culera, y con pequeñas rayas blancas en el bajo.

Habían disfrutado de una buena vida antes de llegar a nosotras. Sencillamente se notaba. Supongo que una tienda de segunda mano se parece a una perrera en ciertas cosas. Todo lo que encuentres allí tiene mucho de sus dueños anteriores. Nuestros pantalones no eran como un cachorro neurótico a quien sus dueños dejaban solo y ladraba de la mañana a la noche hasta quedarse afónico. Se parecían más a un perro adulto de una familia que lo apreciaba, pero que debía mudarse a un piso o quizá a Corea (¿es Corea?), el país donde la gente a veces se come a los perros.

Se notaba que los vaqueros no habían llegado a nuestra vida a causa de una tragedia. Simplemente habían pasado por una de esas transiciones de la vida, habituales, pero dolorosas. Así es, por lo visto, el destino de los pantalones.

Eran unos vaqueros nobles, pero sin pretensiones. Podías echarles un vistazo y pensar: «Sí, unos pantalones», o podías tomarte tu tiempo y mirar en serio la delicada complejidad del color y las costuras. No te forzaban a admirarlos. Se daban por satisfechos cumpliendo su función principal de cubrirte el culo sin hacer que pareciera más grande de lo que realmente es.

Los compré en una tienda de segunda mano en un extremo de Georgetown, que está encajonada entre una tienda que vende agua (no sé tú, pero yo la tengo gratis en casa) y una tienda de alimentos naturales que se llama «¡Sí!». Cada vez que una de nosotras exclama «¡sí!» (y lo hacemos tan a menudo como nos es posible), siempre gritamos ¡Sí! a grito pelado. Acompañaba a Lena, a su hermana pequeña, Effie, y a su madre. Effie había ido a comprarse un vestido para el baile del colegio. Effie no es el tipo de chica que se compra un vestido rojo de tirantes como todo el mundo. Ella tiene que comprar algo *exclusivo*.

Fundamentalmente compré los pantalones porque la madre de Lena

odia las tiendas de ropa de segunda mano. Dice que la ropa usada es para los pobres. «Creo que eso está sucio, Effie», repetía cada vez que Effie descolgaba algo de una percha. En el fondo yo estaba de acuerdo con la señora Kaligaris, lo que me daba algo de vergüenza. La verdad, echaba de menos la limpia sencillez de una tienda como «Express», pero tenía que comprar algo. Los pantalones vaqueros estaban doblados inocentemente en un estante junto al mostrador donde se pagaba. Pensé que quizá los habían lavado. Además, solo costaban 3,49 dólares, IVA incluido. Ni siquiera me los probé, así que puedes suponer que no me interesaban de verdad. Mi culo tiene unos requisitos específicos en cuanto a pantalones se refiere.

Effie escogió un pequeño vestido *mod* rabiosamente opuesto al estilo del baile, y Lena encontró un par de mocasines machacados que tenían aspecto de haber pertenecido al tío abuelo de alguien. Lena tiene los pies grandes, usa un nueve y medio o algo así. Es lo único que no es perfecto en ella. Me encantan sus pies. Sin embargo, no podía mirar esos zapatos sin estremecerme. Como si no fuera suficiente comprar ropa usada, que en teoría es lavable, pero *¿zapatos usados?*

Cuando llegué a casa dejé los vaqueros en el fondo de mi armario y me olvidé de ellos.

Reaparecieron la tarde antes de que nos marchásemos de vacaciones de verano, cada una por su lado. Yo iba a Carolina del Sur a ver a mi padre, Lena y su hermana Effie iban a pasar dos meses en Grecia con sus abuelos, Bridget se marchaba a un campamento de fútbol en Baja California (resulta que está en México. ¿Quién lo hubiera dicho?). Tibby se quedaba en casa. Era el primer verano que íbamos a pasar separadas y creo que a todas nos provocaba una extraña sensación de nerviosismo.

El verano pasado las cuatro amigas hicimos el curso de refuerzo en Historia americana porque Lena dijo que en verano se sacaban mejores notas. Estoy segura de que Lena sí consiguió una nota más alta. El verano anterior todas fuimos asistentes de monitores en Camp Tall Timbers en la costa este de Maryland. Bridget fue monitora de fútbol y dio clases de natación, Lena estuvo trabajando en el taller de artesanía y a Tibby le tocó la cocina, una vez más. Yo colaboré en el taller de teatro hasta que perdí la paciencia con dos diablillos de nueve años y me reasignaron, a mí sola, a la oficina del campamento a cerrar sobres a lametones.

Me podían haber despedido directamente, pero creo que nuestros padres pagaron, y todo para que nos tuvieran allí trabajando.

Los veranos anteriores son un recuerdo borroso de aceite para bebés, mechas caseras y el sentimiento de odio que nos inspiraba nuestro cuerpo (a mí me creció el pecho; Tibby no tenía nada de pecho) en la piscina pública de Rockwood. Mi piel se puso morena, pero ni un solo mechón de pelo se volvió del rubio prometido.

Y supongo que antes de eso... Dios, no sé qué hacíamos. Tibby fue a un

campo de trabajo durante una temporada y ayudó a construir casas de renta baja. Bridget tenía un montón de clases de tenis. Lena y Effie chapoteaban en su piscina día tras día. Para ser sincera, creo que yo pasaba mucho tiempo delante de la televisión. Aun así, nos las arreglábamos para vernos por lo menos un par de horas al día y los fines de semana los pasábamos siempre juntas. Hay años que destacan: el verano en que la familia de Lena construyó la piscina, el verano en que Bridget tuvo sarampión y nos contagió a las demás. El verano en que mi padre se marchó de casa.

Por algún motivo, nuestra vida estaba marcada por los veranos. Mientras Lena y yo íbamos a un colegio público de educación primaria, Bridget iba a un colegio privado con un montón de deportistas como ella, y Tibby todavía iba a Embrace, un pequeño colegio rarísimo donde los alumnos no se sentaban en pupitres y no tenían notas. Era en verano cuando nuestra vida se unía por completo, cuando todas celebrábamos el cumpleaños, cuando ocurrían las cosas realmente importantes. Excepto el año en que murió la madre de Bridget. Eso fue en Navidad.

Comenzamos a ser «nosotras» antes de nacer. Las cuatro nacimos al final del verano, con un margen de 17 días: Lena primero, a finales de agosto, y yo la última, a mediados de septiembre. No es tanto una coincidencia, como el motivo por el cual comenzó todo.

El verano en que nacimos, nuestras madres se habían apuntado a una clase de aeróbic para embarazadas (imagínate) en un sitio llamado Gilda's; eran el grupo de septiembre (Lena se adelantó un poco). Entonces estaba muy de moda hacer aeróbic. Supongo que las demás integrantes de la clase no salían de cuentas hasta ese invierno, pero las de septiembre estaban tan tremendamente embarazadas que la profesora temía que explotaran en cualquier momento. La profesora modificaba los ejercicios para ellas. «¡Septiembre! -gritaba, según dice mi madre-. Solo cuatro repeticiones; ¡con cuidado! ¡Cuidado!» La monitora de aeróbic se llamaba April y, por lo que cuenta mi madre, la odiaban.

Las «Septiembre» comenzaron a verse después de clase para quejarse de pies hinchados y de lo gordas que estaban, y para reírse de April. Después de nacer nosotras -milagrosamente todas niñas, más el hermano gemelo de Bridget- formaron su propio grupo de apoyo materno y nos dejaban revolearnos a todas en una manta mientras se quejaban de no dormir y de lo gordas que todavía estaban. El grupo se disolvió al poco tiempo, pero en los veranos cuando teníamos un año y dos y tres aún nos llevaban a Rockwood. Nos hacíamos pis en la piscina de niños y nos quitábamos los juguetes unas a otras.

Después, la amistad entre las madres se fue perdiendo. No estoy segura de por qué. Su vida se complicó, supongo. Un par de ellas volvieron a trabajar.

Los padres de Tibby se mudaron a esa granja que está tan lejos, en

Rockville Pike. Quizá nuestras madres nunca tuvieron mucho en común, aparte de estar embarazadas al mismo tiempo. Quiero decir que, bien pensado, formaban un grupo extraño: la madre de Tibby, una joven radical; la madre de Lena, una griega ambiciosa que trabajaba mientras estudiaba para ser asistente social; la madre de Bridget, una joven de la alta sociedad de Alabama; y mi madre, una puertorriqueña con un matrimonio que se tambaleaba. Pero durante una temporada, parecían amigas. Al menos así es como lo recuerdo.

Hoy en día nuestras madres actúan como si la amistad fuera una asignatura optativa, que cae hacia el final de la lista de prioridades después del marido, los hijos, el trabajo, la casa y el dinero. En algún lugar entre las barbacoas y el interés por la música. No es así para nosotras. Mi madre me dice: «Ya verás cuando te tomes en serio a los chicos y a los estudios. Ya verás cuando te vuelvas competitiva». Pero está equivocada. No permitiremos que eso nos ocurra a nosotras.

Con el tiempo, la amistad de nuestras madres dejó de basarse en ellas y pasó a basarse en nosotras, las hijas. Se convirtieron en algo parecido a divorciados, que no tienen mucho en común excepto los niños y el pasado. En realidad, se sentían incómodas unas con otras, sobre todo después de lo que le ocurrió a la madre de Bridget. Es como si hubiera alguna desilusión o quizá incluso varios secretos entre ellas, y por eso se quedan en la frágil superficie.

Ahora nosotras somos las «Septiembre». Las auténticas. Ellas lo son todo para mí, como yo lo soy para ellas. No necesitamos decirlo; sencillamente es así.

A veces parece que estamos tan unidas que formamos una única persona completa, en lugar de cuatro separadas. Encajamos en unos tipos: Bridget, la atleta; Lena, la belleza; Tibby, la rebelde, y yo, Carmen, la... ¿qué? La que tiene mal genio. Pero la que más se preocupa. La que se preocupa de que sigamos unidas.

¿Sabes cuál es el secreto? Es muy sencillo. Nos queremos. Nos llevamos bien. ¿Sabes lo raro que es eso?

Mi madre dice que no va a ser siempre así, pero yo creo que sí. Los pantalones vaqueros son como un augurio. Representan la promesa que nos hicimos mutuamente, que pase lo que pase, seguiremos unidas. Pero también representan un reto. No basta con quedarse en Bethesda, Maryland, y recluirse en casas con aire acondicionado. Nos hemos prometido mutuamente que algún día saldremos al mundo para comprender ciertas cosas.

Puedo fingir que fui una profunda, leal e inmediata entusiasta de los pantalones vaqueros o puedo ser honesta y decirte que fui yo quien estuvo a punto de tirarlos a la basura. Pero eso requiere volver atrás un poco y contarte cómo nació el clan de los Pantalones Vaqueros Compartidos.

La suerte nunca se regala:
se presta.

Antiguo proverbio chino

Puedes cerrar esa maleta? -le pidió Tibby - a Carmen-. Me está poniendo nerviosa.

Carmen echó un vistazo a la bolsa de lona indecorosamente abierta en medio de la cama. De pronto deseó tener ropa interior nueva. En sus mejores braguitas satinadas brotaban pequeñas gomas elásticas de la cinturilla.

—A *mí* me está poniendo nerviosa -dijo Lena-. Todavía no he empezado a hacer la maleta. Mi vuelo sale a las siete.

Carmen cerró la maleta de golpe y se sentó en el suelo enmoquetado. Estaba ocupada quitándose el esmalte azul marino de las uñas de los pies.

—Lena, ¿podrías no decir más esa palabra? -pidió Tibby, un poco mustia en el borde de la cama de Carmen-. Me está poniendo nerviosa.

—¿Qué palabra? -preguntó Bridget-. ¿Maleta? ¿Vuelo? ¿Siete?

Tibby reflexionó un momento.

—Todas esas.

—Oh, Tibs -dijo Carmen, mientras agarraba el pie de Tibby desde donde estaba sentada-. Todo irá bien.

Tibby recuperó su pie.

—Todo irá bien para ti. Tú te marchas. Vas a pasar todo el verano en barbacoas y encendiendo petardos y todo eso.

Tibby tenía unas ideas absurdas sobre lo que hace la gente en Carolina del Sur, pero Carmen sabía que era mejor no contradecirla.

Lena dejó escapar un murmullo de lástima.

Tibby se volvió hacia ella.

—No hagas esos ruidos compasivos, Lena.

Lena carraspeó.

—No he hecho nada -dijo rápidamente, aunque sí lo había hecho.

—No te obsesiones -le pidió Bridget a Tibby-. Te estás obsesionando.

—No -exclamó Tibby, y levantó las manos en cruz juntando las muñecas para rechazar el conjuro de Bridget-. Nada de charlas para levantarme el ánimo. No es justo. Solo te dejo que me des charlas cuando eres tú la que necesita que yo le suba la moral.

—No estaba dándote una charla -dijo Bridget a la defensiva, aunque sí lo estaba haciendo.

Carmen levantó una ceja y puso cara de lista.

—¡Oye, Tibs! Quizá, si eres lo bastante desagradable, no nos echarás de menos, ni nosotras a ti.

—¡Carma! -gritó Tibby, que se levantó y apuntó a Carmen con el brazo rígido-. ¡Sé lo que estás haciendo! Me estás haciendo un análisis psicológico. ¡No! ¡No!

Carmen se sonrojó.

—No lo estaba haciendo -dijo en voz baja.

Las tres se sentaron, enmudecidas por el enfado.

—Por Dios, Tibby, ¿hay algo que nos permitas decir? -preguntó Bridget.

Tibby lo pensó.

—Puedes decir... -su mirada recorrió la habitación. Sus ojos se estaban llenando de lágrimas, pero Carmen sabía que no quería que se notasen-. Puedes decir...

Su mirada se posó sobre unos pantalones doblados, encima de una pila de ropa, en la cómoda de Carmen.

—Puedes decir: «Oye, Tibby, ¿quieres esos vaqueros?».

Carmen estaba desconcertada. Tapó el quitaesmalte, se acercó a la cómoda y cogió los pantalones. A Tibby por lo general le gustaba la ropa fea o distinta. Estos no eran más que unos vaqueros.

—¿Te refieres a estos?

Tres arrugas los surcaban por falta de atención.

—Esos -asintió Tibby hoscamente.

—¿De verdad los quieres? -Carmen no quiso mencionar que había pensado tirarlos. Así se apuntaba un tanto mayor.

—Sí.

Tibby estaba pidiendo una pequeña demostración de afecto incondicional. Bien mirado, estaba en su derecho. Al día siguiente las tres se embarcaban en una gran aventura, mientras Tibby iniciaba su carrera profesional en el supermercado Wallman's, en la pintoresca Bethesda, por el sueldo mínimo más cinco centavos.

—Toma -dijo Carmen benévola, entregándole los vaqueros.

Tibby abrazó los pantalones distraída, algo desinflada al salirse con la suya tan fácilmente.

Lena los estudió.

—¿No son esos los vaqueros que compraste en la tienda de segunda mano al lado de ¡Sí!?

—¡Sí! -chilló Carmen.

Tibby los desdobló.

—Son geniales.

De repente, Carmen vio los pantalones con otros ojos. Ahora que a alguien le interesaban, parecían un poco más bonitos.

—¿No crees que deberías probártelos? -sugirió Lena con sentido

práctico-. Si a Carmen le caben, a ti no te van a quedar bien.

Carmen y Tibby acribillaron a Lena con la mirada, sin estar seguras de quién debía sentirse más ofendida.

—¿Qué? -dijo Bridget, que acudió en ayuda de Lena-. Las dos tenéis una constitución completamente distinta. ¿No es evidente?

—Bueno -dijo Tibby, contenta de estar enfurruñada de nuevo.

Tibby se quitó los estropeados pantalones cargo de color marrón y dejó ver su ropa interior azul de algodón. Se volvió de espaldas a sus amigas mientras se ponía los pantalones, para así darle más emoción. Se subió la cremallera, los abrochó y se dio la vuelta.

—¡Tachan!

Lena la miró detenidamente.

—¡Vaya!

—Tibs, estás genial -proclamó Bridget.

Tibby intentó que no se extendiera su sonrisa. Se acercó al espejo y se volvió de lado.

—¿Crees que me sientan bien?

—¿De verdad son esos mis vaqueros? -preguntó Carmen.

Tibby tenía las caderas estrechas y las piernas largas para su pequeño cuerpo. Los pantalones caían por debajo de la cintura y abrazaban estrechamente las caderas. Dejaban ver una franja blanca de tripa plana y un bonito ombligo pequeño.

—Pareces una chica de verdad -añadió Bridget.

Tibby no protestó. Sabía perfectamente que los pantalones demasiado grandes que solía llevar la hacían flaca y sin forma. Los vaqueros se hacían pliegues a la altura del tobillo, pero eso no le importaba a Tibby.

De pronto, Tibby pareció dudar.

—No sé. Quizá se los debería probar una de vosotras -despacio, los desabrochó y bajó la cremallera.

—Tibby, estás loca -dijo Carmen-. Esos pantalones te quieren a ti. Te quieren por tu cuerpo y por tu inteligencia -ahora no podía evitar ver los vaqueros de una forma totalmente distinta.

—Toma. Ahora tú -dijo Tibby lanzando los vaqueros a Lena.

—¿Por qué? -protestó Lena-. Están hechos para ti.

Tibby se encogió de hombros.

—Tú pruébatelos -dijo.

Carmen observaba a Lena, que miraba los pantalones con bastante interés.

—¿Por qué no? Pruébatelos, Lena -dijo.

Lena miró los vaqueros de forma recelosa. Se despojó de sus pantalones caqui y se los puso. Se aseguró de que estaban abrochados y bien asentados en las caderas antes de mirarse en el espejo.

Bridget la estudió.

—Lenny, me pones enferma -proclamó Tibby.

—Jesús, Lena -dijo Carmen. *Perdón, Jesús*, añadió para sí.

—Están bien estos vaqueros -dijo Lena con reverencia, casi en un susurro.

Estaban acostumbradas a Lena, pero Carmen sabía que para el resto del mundo Lena era despampanante. Tenía una piel mediterránea que se bronceaba bien, pelo oscuro liso y brillante, y grandes ojos de un color verde manzana. Su cara era tan bonita, con una estructura tan delicada, que a Carmen le provocaba algo parecido a un dolor de estómago. En una ocasión Carmen le confesó a Tibby que le preocupaba que algún director de cine pudiera descubrir a Lena y llevársela, y Tibby admitió que tenía exactamente la misma preocupación. A pesar de todo, las personas especialmente guapas son como las especialmente raras. Una vez que las conoces, apenas te fijas en ello.

Los pantalones se ajustaban a la cintura de Lena y seguían la línea de las caderas. Se mantenían próximos a la forma de sus muslos y caían exactamente sobre el empeine del pie. Cuando avanzó dos pasos, fue como si abrazaran todos los músculos con el movimiento. Carmen contemplaba asombrada el aspecto tan diferente que le daban a Lena aquellos pantalones comparados con los anodinos caquis que eran como su uniforme.

—Muy *sexy* -comentó Bridget.

Lena volvió a mirar al espejo. Cuando se miraba en el espejo siempre se colocaba de forma un tanto forzada, con el cuello hacia delante. Entonces hizo una mueca.

—Creo que me están demasiado ajustados -dijo.

—¿Bromeas? -soltó Tibby-. Son increíbles. Un millón de veces mejor que esos pantalones tan sosos que sueles llevar.

Lena se giró hacia Tibby.

—¿Eso era un cumplido?

—En serio, tienes que quedártelos -dijo Tibby-. Es como si... te transformasen.

Lena jugueteó con la cinturilla. Nunca se encontraba cómoda cuando se hablaba de su aspecto.

—Siempre estás guapísima -añadió Carmen-. Pero Tibby tiene razón... estás... diferente.

Lena deslizó los pantalones por las caderas.

—Se los tiene que probar Bi.

—Sí, tú -confirmó Lena.

—Es demasiado alta para esos pantalones -dijo Tibby.

—Tú pruébatelos -insistió Lena.

—No necesito más vaqueros -replicó Bridget-. Tengo nueve pares.

—¿Qué pasa? ¿No te atreves con ellos? -la retó Carmen. Los desafíos tontos como ese siempre daban resultado con Bridget.

Bridget le arrebató los pantalones a Lena. Se quitó sus vaqueros azul oscuro, a patadas los tiró al suelo en un gurrño y se puso los pantalones. Primero intentó subírselos por encima de la cintura, para que le quedaran cortos, pero en cuanto los soltó se asentaron con gracia sobre la cadera.

—Du-du-du-du —cantó Carmen, entonando la sintonía de la serie *Twilight Zone*.

Bridget se dio la vuelta para mirarse por detrás.

—¿Qué tal?

—No te están cortos; te están perfectos —dijo Lena.

Tibby ladeó la cabeza y estudió a Bridget detenidamente.

—Casi pareces... pequeña, Bi. No la amazona habitual.

—Continúan desfilando los insultos —rió Lena.

Bridget era alta, con hombros anchos, piernas largas y manos grandes. Podía parecer corpulenta, pero era sorprendentemente estrecha de caderas y cintura.

—Tiene razón —dijo Carmen—. Los pantalones te sientan mejor que los que sueles llevar.

Bridget se colocó de espaldas al espejo.

—Sí que sientan bien —dijo—. Uau. Creo que me encantan.

—Tienes un culito estupendo —señaló Carmen.

Tibby se rió.

—Y eso lo dice la reina de los culos —tenía una mirada traviesa—. ¿Sabéis cómo podemos averiguar si estos vaqueros de verdad son mágicos?

—¿Cómo? —preguntó Carmen.

Tibby balanceó un pie en el aire.

—Pruébatelos tú. Ya sé que son tuyos y todo eso, yo solo digo que, desde un punto de vista científico, es imposible que estos vaqueros te queden bien a ti también.

Carmen se mordió la lengua.

—¿Estás poniendo mi culo en entredicho?

—Uf, Carma. Ya sabes que me da envidia. Simplemente no creo que estos pantalones lleguen a cubrirlo —explicó Tibby razonablemente.

Bridget y Lena asintieron.

De repente Carmen temió que los pantalones, que abrazaban el cuerpo de todas sus amigas con delicada elegancia, no fuesen a entrarle por los muslos. En realidad no era gordita, pero había heredado el culo directamente de la mitad puertorriqueña de su familia. Tenía una forma agradable y la mayoría de los días se sentía orgullosa de él, pero con esos pantalones y ante sus tres amigas escasamente dotadas de trasero, no le apetecía destacar por gorda.

—Bah. No los quiero —comentó Carmen, mientras se levantaba y se preparaba para intentar cambiar de tema.

Seis ojos seguían fijos sobre los vaqueros.

—Sí —dijo Bridget—. Tienes que hacerlo.

—Carmen, ¡por favor...! -pidió Lena.

Vio que había demasiada expectación en los rostros de sus amigas, para ceder sin oponer resistencia.

—De acuerdo. No esperéis que me queden bien. Estoy segura de que me van a quedar mal.

—Carmen, son *tus* vaqueros -señaló Bridget.

—Ya, lista, pero nunca me los he probado -dijo Carmen con la suficiente fuerza para prevenir nuevos comentarios.

Se quitó los pantalones de campana negros y se puso los vaqueros. No se atascaron en los muslos. Subieron hasta las caderas sin protestar. Los abrochó.

—¿Y? -no estaba preparada para mirarse en el espejo.

Nadie dijo nada.

—¿Qué? -Carmen se sintió apesada-. ¿Qué? ¿Tan mal me están? -encontró el valor para mirar directamente a Tibby-. ¿Qué?

—Yo... yo... -Tibby no terminó la frase.

—Madre mía -dijo Lena en voz baja.

Carmen hizo una mueca de disgusto y apartó la mirada.

—Me los quitaré y haremos como si nada de esto hubiera pasado -dijo, poniéndose colorada.

Bridget recuperó el habla.

—¡Carmen, no es lo que piensas! ¡Mírate! Eres una preciosidad. Eres un sueño. Eres una supermodelo.

Carmen apoyó la mano en la cadera y torció el gesto.

—Eso, lo dudo.

—En serio. Mírate -le ordenó Lena-. Estos vaqueros son mágicos.

Carmen se miró en el espejo. Primero de lejos, después de cerca. De frente y luego de espaldas.

El CD que estaban escuchando se terminó, pero nadie pareció advertirlo. El teléfono sonaba a lo lejos, pero nadie se levantó a contestar. Las calles, habitualmente bulliciosas, estaban tranquilas.

Carmen, por fin, respiró.

—Estos pantalones son mágicos.

Fue idea de Bridget. El descubrimiento de los vaqueros mágicos en un día como ese, justo antes de su primer verano separadas, merecía una visita a Gilda's. Tibby compró la comida y fue a buscar la cámara de vídeo. Carmen trajo la espantosa música disco de los ochenta. Lena proporcionó la decoración. Bridget llevó unas horquillas grandes y los pantalones. Se ocuparon del tema padres de la forma habitual: Carmen le dijo a su madre que iba a casa de Lena, Lena le dijo a su madre que iba a casa de Tibby, Tibby le dijo a su madre que iba a casa de Bridget y Bridget le pidió a su hermano que le dijera a su padre que estaba en casa de Carmen. Bridget pasaba tanto tiempo en casa de sus amigas que era poco probable que Perry diera el mensaje o que a

su padre se le ocurriera preocuparse, pero era parte de la tradición.

Se encontraron todas en la entrada de Wisconsin Avenue a las diez menos cuarto. El local estaba oscuro y cerrado, por supuesto, y aquí es donde intervenían las horquillas. Conteniendo la respiración todas observaron a Bridget forzar con pericia la cerradura. Habían hecho esto por lo menos una vez al año durante los últimos tres años, pero el momento de forzar la entrada nunca perdía emoción. Por suerte, el sistema de seguridad de Gilda's era tan malo como siempre. En cualquier caso, ¿qué había que robar? ¿Apestosas colchonetas azules? ¿Una caja de pesas oxidadas y desaparejadas?

La cerradura cedió, el pomo de la puerta giró y todas subieron corriendo al primer piso, con el fin de crear intencionadamente un poco de histeria en la oscuridad de la escalera. Lena desplegó las mantas y encendió las velas. Tibby sacó la comida: masa de galletas cruda de un tubo refrigerado, galletas de fresa cubiertas de azúcar rosa, ganchitos de queso, gominolas ácidas con forma de lombriz y unas cuantas botellas de zumo.

Carmen puso la música, primero una horrible canción antigua de Paula Abdul, mientras Bridget brincaba delante de la pared de espejo.

—Creo que este era el sitio de tu madre, Lenny -gritó Bridget sin parar de saltar sobre una tabla hundida de la tarima.

—Muy gracioso -dijo Lena. Conservaban una famosa foto de las cuatro madres con las mallas de aeróbic de los ochenta y la tripa abultada, y la madre de Lena era, con diferencia, la más gigantesca. Lena pesó al nacer más que Bridget y su hermano Perry juntos.

—¿Listas? -Carmen bajó la música y colocó los pantalones con mucha ceremonia en el centro de la manta.

Lena todavía estaba encendiendo velas. —Vamos, Bi -le gritó Carmen a Bridget, que estaba riéndose de sí misma delante del espejo.

Cuando se reunieron todas y Bridget dejó de hacer ejercicio, Carmen comenzó a hablar.

—La última tarde antes de la diáspora -hizo una breve pausa para que todas admirasen el uso de la palabra- descubrimos la magia -sintió un cosquilleo en el arco de los pies-. La magia toma muchas formas.

Esta noche llega a nosotras en forma de unos pantalones vaqueros. Propongo que estos pantalones nos pertenezcan a todas por igual y que viajen a todos los sitios donde vamos, y así nos mantendrán unidas cuando estemos separadas.

—Vamos a realizar el juramento de los pantalones vaqueros compartidos -Bridget, nerviosa, agarró la mano de Lena y de Tibby. Bridget y Carmen eran las que siempre organizaban rituales de amistad sin ningún pudor. Tibby y Lena eran las que actuaban como si hubiera una cámara de televisión en la habitación.

—Esta noche creamos El clan de los Pantalones Vaqueros -entonó

Bridget cuando terminaron de formar un círculo-. Esta noche entregamos a los pantalones el cariño de nuestro clan para que podamos llevarnos ese cariño donde quiera que vayamos.

Las velas parpadeaban en la gran habitación de techos altos.

Lena tenía una expresión solemne. El rostro de Tibby dejaba ver que se intentaba contener, pero Carmen no sabía si se trataba de risa o de lágrimas.

—Deberíamos escribir las reglas -sugirió Lena-. Para saber qué hacer con ellos, ya sabéis, quién los tiene y cuándo, esas cosas.

Todas estuvieron de acuerdo, por lo que Bridget cogió una hoja del papel de Gilda's y un bolígrafo de la pequeña oficina.

Picaron algo y, mientras elaboraban las reglas, Tibby grabó todo para la posteridad. El Manifiesto, como lo llamó Carmen.

—Me siento como uno de los padres fundadores -dijo sintiéndose importante.

Lena fue la encargada de escribirlo, porque tenía la mejor letra. Tardaron un rato en decidir las reglas. Lena y Carmen querían centrarse en reglas relacionadas con la amistad, sobre cómo mantenerse en contacto durante el verano y asegurar que los pantalones fueran pasando de una a otra. Tibby prefería fijarse en cosas aleatorias que estaban o no estaban permitidas con los pantalones puestos, como meterse el dedo en la nariz. Bridget tuvo la idea de escribir los recuerdos del verano en los pantalones una vez que se reunieran de nuevo. Cuando por fin se pusieron de acuerdo sobre diez reglas, Lena mostró una lista variopinta que abarcaba desde lo sincero a lo absurdo. Carmen supo que las cumplirían.

Después debatieron sobre cuánto tiempo deberían quedarse los pantalones antes de pasar a otra, para decidir finalmente que cada una los enviaría cuando le pareciera el momento oportuno. Pero, con el fin de que los vaqueros circularan, nadie debería quedárselos más de una semana, a menos que realmente los necesitase. Esto suponía que los pantalones podían hacer la ronda completa dos veces antes del final del verano.

—Lena debería tenerlos la primera -dijo Bridget, mientras ataba dos lombrices de caramelo y mordía el nudo pegajoso-. Grecia es un buen sitio para comenzar.

—¿Puedo ir yo después? -pidió Tibby-. Yo soy la que los voy a necesitar para sacarme de la depresión.

Lena asintió comprensiva. Luego iría Carmen. Después, Bridget. Entonces, solamente para liar el tema un poco, los pantalones viajarían en dirección contraria. De Bridget a Carmen a Tibby y por fin a Lena.

Mientras charlaban, llegó la medianoche que dividiría su último día juntas del primer día separadas. Se respiraba la emoción en el ambiente y Carmen apreciaba, en la cara de sus amigas, que ella no era la única que lo sentía. Los vaqueros parecían imbuidos de las promesas del verano. Aquel iba

a ser el primer verano que Carmen pasaría entero con su padre desde que era pequeña. Se imaginaba con él, divirtiéndose, haciéndole reír, llevando los vaqueros.

Solemnemente Lena colocó el manifiesto encima de los pantalones. Bridget pidió un momento de silencio.

—En honor de los pantalones -dijo.

—Y del Clan -añadió Lena.

Carmen sintió que le subía la carne de gallina por el brazo.

—Y de este momento. Y de este verano. Y del resto de nuestra vida.

—Juntas y separadas -concluyó Tibby.

Nosotras, el Clan, por la presente establecemos las siguientes reglas que rigen el uso de los pantalones vaqueros compartidos.

1. Nunca debes lavar los pantalones.

2. Nunca debes llevar el dobladillo de los pantalones con vuelta. Es hortera. Nunca habrá una ocasión en que esto no sea hortera.

3. Nunca debes decir la palabra “gorda” mientras lleves los pantalones. Nunca debes pensar: “Estoy gorda” mientras lleves los pantalones.

4. Nunca debes permitir que un chico te quite los vaqueros (aunque puedes quitártelos tú en su presencia)

5. No debes meterte el dedo en la nariz mientras lleves los pantalones. Está permitido, sin embargo, rascarse disimuladamente la nariz, aunque en realidad estés metiéndote el dedo en la nariz.

6. En nuestro reencuentro, debes seguir el procedimiento adecuado para documentar el tiempo que se han llevado los vaqueros:

. En la pernera izquierda de los vaqueros, escribe el sitio más emocionante que has visitado mientras los llevabas puesto.

. En la pernera derecha de los pantalones, escribe lo más importante que te ha ocurrido mientras los llevabas puestos. (Por ejemplo: “Me enrollé con mi primo segundo, Iván, mientras llevaba los vaqueros.)

7. Debes escribir a los demás miembros del Clan durante el verano, independientemente de cuánto te estés divirtiendo sin ellas.

8. Debes pasar los vaqueros a los demás miembros de acuerdo con las especificaciones establecidas por el Clan. El incumplimiento resultará en unos buenos azotes en nuestro reencuentro.

9. No debes llevar los vaqueros con una camisa por dentro y cinturón. Ver regla nº 2.

10. Recuerda. Pantalones = Amor. Ama a tus amigas. Ámate a ti misma.

Hoy es el mañana que nos
preocupaba ayer.

Anónimo

Un día, cuando Tibby tenía unos doce años, se dio cuenta de que podía juzgar su felicidad a partir de su hámster, Mimi. Cuando se sentía ocupada, llena de planes y propósitos, salía corriendo de su habitación, pasaba frente a la jaula de cristal de Mimi y sentía una ligera tristeza porque Mimi no hacía otra cosa más que estar agazapada entre las virutas de madera, mientras la vida de Tibby era tan completa.

Sabía que estaba deprimida cuando contemplaba a Mimi con envidia y deseaba ser ella la que pudiera beber grandes gotas de agua de un bebedero situado a la altura exacta de la boca. Deseaba ser ella la que estuviera acurrucada entre las cálidas virutas y solo tuviera que decidir si daba unas cuantas vueltas en la rueda o se echaba otra siesta. Ninguna decisión, ninguna decepción.

Tibby tenía a Mimi desde los siete años. Entonces pensaba que Mimi era el nombre más bonito del mundo. Llevaba casi un año reservándolo, esperando. Era muy fácil gastar tu nombre favorito en un muñeco de peluche o en una amiga imaginaria. Pero Tibby aguantó. En aquellos tiempos Tibby se fiaba de sus gustos. Después, si le encantaba el nombre de Mimi para dar nombre a algo, pensaba que esa era una buena razón para llamar a ese algo Frederick.

Aquel día, con su bata verde de Wallman's arrugada bajo un brazo, sin nadie para escuchar sus quejas, sin nada positivo a la vista, a Tibby la corroía la envidia.

¿Acaso alguien había mandado a un hámster a trabajar? Se imaginó a Mimi con una bata como la suya. Mimi era totalmente improductiva.

Un aullido que surgió de la cocina le recordó a Tibby las otras dos criaturas improductivas de la casa: su hermano de dos años y su hermana de uno. Eran todo ruido, destrucción y pañales malolientes. Hasta la droguería parecía un templo comparada con su casa a la hora de comer. Guardó su cámara de vídeo digital en la funda y la dejó en un estante alto por si Nicky conseguía entrar otra vez hasta su habitación. Pegó un trozo de cinta aislante sobre el botón de encendido de su ordenador y otro trozo más largo encima de la unidad de CD. A Nicky le encantaba apagar su

ordenador y atascar compactos en la ranura.

—Me voy a trabajar -le gritó a Loretta, la niñera, mientras bajaba por las escaleras y salía directamente por la puerta principal. Nunca le gustaba expresar sus planes en forma de pregunta para que Loretta no creyera que tenía autoridad sobre ella.

Muchos estudiantes de los últimos cursos del instituto tenían carné de conducir. Tibby tenía una bicicleta. Recorrió la primera manzana sujetando como podía la bata y el monedero debajo del brazo, pero le era difícil maniobrar. Paró. La única solución razonable era ponerse la bata y meter el monedero en el bolsillo. Los colocó otra vez bajo el brazo y siguió.

En Brissard Lañe el monedero se resbaló de debajo del brazo y rebotó en el pavimento. Ella casi se empotró contra un coche en marcha. Se detuvo otra vez para recoger el monedero.

Con un rápido vistazo alrededor, decidió que no se encontraría a nadie conocido en las cuatro manzanas que quedaban hasta Wallman's. Se puso la bata por la cabeza, metió el monedero en el bolsillo y montó rápida como el viento.

—Eh, Tibby -oyó que llamaba una voz conocida cuando entraba en el aparcamiento. Se le cayó el alma a los pies. Recordó con añoranza las virtudes de madera-. ¿Qué tal?

Era Tucker Rowe, en su opinión, el chico que estaba más bueno de todo segundo en el instituto Westmoreland. Para el verano se había dejado crecer una perilla flipante justo debajo del labio inferior. Estaba de pie junto a su coche, un deportivo clásico de los setenta que era para desmayarse.

Tibby no podía mirarlo. La bata le quemaba. Mantuvo la cabeza baja mientras ponía el candado a su bici. Se deslizó dentro de la tienda, con la esperanza de que tal vez creyese que se había equivocado, que tal vez la pobre colgada de la bata de poliéster, con pinzas por pecho, no era en realidad Tibby, sino una copia mucho menos enrollada.

Querida Bi:

Te adjunto un recorte muy pequeño del forro de mi bata. Por una parte, he disfrutado mutilando la prenda y, por otra, quería comprobar lo grueso que es el poliéster de dos capas.

Tibby

—¿Vreeland, Bridget? -la directora del campamento, Connie Broward, leyó los nombres uno a uno.

Bridget ya estaba de pie. No aguantaba más tiempo sentada. No podía mantener quietos los pies.

—¡Aquí! -gritó.

Se echó la bolsa sobre un hombro y la mochila al otro. Una cálida brisa

soplaba desde la bahía Concepción. Se veía la bahía turquesa desde el edificio principal del campamento. Sintió que la emoción le subía por las venas.

—Cabaña cuatro, sigue a Sherrie -le indicó Connie.

Bridget advirtió que se posaban muchos ojos en ella, pero no le dio importancia. Estaba acostumbrada a que la gente la mirase. Sabía que su pelo era poco común. Lo tenía largo y liso, del color de un plátano pelado. A la gente siempre le causaba impresión. Además, era alta y sus facciones eran correctas: la nariz recta, todo en su sitio. La combinación de cualidades llevaba a la gente a confundirla con una belleza.

No era una belleza. No como Lena. No había poesía ni una gracia especial en su rostro. Lo sabía, y también sabía que los demás probablemente se daban cuenta, una vez que superaban lo del pelo.

—Hola, soy Bridget -le dijo a Sherrie, mientras lanzaba sus cosas sobre la cama que la habían asignado.

—Bienvenida -dijo Sherrie-. ¿Vienes de muy lejos?

—De Washington -respondió Bridget.

—Es un viaje largo.

Sí que lo era. Bridget se había despertado a las cuatro de la mañana para coger un vuelo a las seis a Los Angeles, después un vuelo de dos horas de Los Angeles al minúsculo aeropuerto de Loreto, un pueblo a la orilla del mar de Cortés, en la costa este de la península de Baja. Luego había hecho un viaje en furgoneta, lo bastante largo para dormirse profundamente y despertarse desorientada.

Sherrie pasó a atender a otra chica que llegaba. La cabaña contenía catorce camas individuales de estructura metálica sencilla, cada una con un colchón fino. El interior de la cabaña estaba sin rematar, con tablas de pino mal unidas. Bridget salió al pequeño porche delante de la cabaña.

Si el interior era lo normal para tratarse de un campamento, el exterior era mágico. El campamento estaba frente a una amplia cala de arena blanca con palmeras. La bahía era de un azul tan perfecto, que parecía que la hubieran retocado para un folleto turístico. Al otro lado de la bahía se elevaban protectoras montañas, unas tras otras, a lo largo de la península de Concepción.

Detrás del campamento se levantaban colinas más bajas y escarpadas. Milagrosamente, alguien había logrado hacer un hueco para dos preciosos campos de fútbol de tamaño reglamentario, regados hasta obtener un uniforme y vivo color verde, entre la playa y las áridas colinas.

—Hola. Hola -saludó Bridget a dos chicas que entraban en la cabaña con sus cosas a cuestas. Tenían piernas de futbolista, bronceadas y fuertes.

Bridget las siguió hasta dentro de la cabaña. Casi todas las camas estaban ocupadas.

—¿Queréis ir a nadar? -les preguntó.

A Bridget no la cohibían los desconocidos. A menudo le caían mejor

que las personas que conocía.

—Tengo que deshacer la maleta -apuntó una de las chicas.

—Creo que tenemos que ir a cenar en unos minutos -respondió la otra.

—Bueno -dijo Bridget, despreocupada-. Por cierto, me llamo Bridget. Hasta luego -dijo al darse la vuelta.

Se puso el bañador en una de las duchas de fuera y se aventuró hasta la arena. El aire parecía estar a la misma temperatura que su piel. El agua recogía todos los colores de la puesta de sol. Débiles rayos le rozaban los hombros al desaparecer detrás de las colinas. Se zambulló en el agua y estuvo mucho tiempo sumergida.

«Estoy contenta de encontrarme aquí», pensó Bridget. Por un instante se acordó de Lena y de los vaqueros compartidos, de lo impaciente que estaba por tenerlos y vivir su propia aventura con ellos.

Un poco más tarde, cuando llegó a cenar, se alegró de ver las largas mesas preparadas en la gran terraza a un lado del edificio de la cafetería, en lugar de estar apretujadas dentro, en el comedor de techo bajo. Una melena de espesa buganvilla magenta colgaba del techo y recorría la barandilla. Parecía una locura pasar ni siquiera un minuto dentro.

Esa noche se sentó con las demás chicas de la cabaña cuatro. Había un total de seis cabañas, lo cual, calculó rápidamente, suponía ochenta y cuatro chicas, todas ellas buenas atletas. No podías ir a ese campamento si no lo eras. Conocería y probablemente incluso sería amiga de esas chicas al final del verano, pero esa noche era difícil recordar quién era quién. Estaba casi segura de que la chica de pelo oscuro por los hombros se llamaba Emily. Delante de ella con el pelo rubio encrespado estaba Olivia, a quien llamaban Ollie. Al lado de Ollie una chica negra con el pelo que le llegaba a la mitad de la espalda, se llamaba Diana.

Mientras cenaban tacos de marisco, montañas de arroz y judías, y limonada que sabía como si fuera de polvos, Connie, frente a un podio improvisado, habló de sus años en el equipo olímpico femenino de Estados Unidos. Repartidos por las distintas mesas había varios entrenadores y monitores.

De vuelta en su cabaña, Bridget se deslizó en el saco de dormir y contempló un rayo de luna que se colaba entre dos tablas de madera del techo. De pronto pensó: Estaba en Baja. ¿Por qué contentarse con una rendija del cielo cuando podía tenerlo todo? Se levantó e hizo un rebusco con la almohada y el saco de dormir bajo el brazo.

—¿Alguien quiere dormir en la playa? -preguntó al grupo.

Hubo un silencio y comentarios sueltos.

—¿Está permitido? -quiso saber Emily.

—No he oído que esté prohibido -respondió Bridget. No era crucial para sus planes que alguien la siguiera, pero le pareció bien cuando se

apuntaron dos chicas: Diana y otra que se llamaba Jo.

Colocaron los sacos de dormir al principio de la ancha playa. ¿Quién sabía cuánto subía la marea? El suave rumor del oleaje resonaba en la playa. Las estrellas se desplegaban encima de ellas, maravillosas.

Bridget estaba tan contenta, tan colmada, que le costaba acostarse en el saco de dormir. Se oyó suspirar ante el cielo que latía extendido sobre ella.

—Me encanta este sitio.

Jo se acurrucó más al fondo en su saco.

—Es increíble.

Durante un rato, las tres contemplaron el cielo en silencio.

Diana levantó la cabeza y la apoyó en una mano.

—No sé si me puedo dormir. Es tan... devastadora, ¿verdad? La sensación de ser insignificante. Tu mente comienza a vagar por ahí arriba y no puede parar.

Bridget rió en señal de aprecio. En ese momento, Diana le recordaba a Carmen en el mejor sentido, llena de filosofía y cháchara psicológica.

—¿En serio? -comentó Bridget-. Nunca se me había ocurrido.

«Los aviones son tan limpios.» A Carmen eso le gustaba. Le gustaba el disciplinado olor corporativo y la cantidad de envoltorios en su bandeja de comida. Admiraba la comida misma, la miniatura de manzana. Exactamente del tamaño, la forma y el color correctos. Un poco falsa, pero tranquilizadora al mismo tiempo. La guardó en su bolso. Reservaría un poco de orden para más tarde.

Nunca había estado en el piso de su padre, siempre era él quien iba a verla. Pero se lo había imaginado. Su padre no era un desastre, pero tampoco tenía ese segundo cromosoma X. Imaginó que no habría cortinas en las ventanas ni volantes en las camas ni bicarbonato en la nevera. Habría unas cuantas pelusas deambulando por el suelo. Quizá no justo en medio de la habitación, sino junto al sillón. (Habría un sillón, ¿verdad?) Esperaba dormir entre sábanas de algodón. Conociendo a su padre, podía tener las de mezcla de poliéster. Carmen tenía un problema con el poliéster. No podía evitarlo.

Tal vez entre los partidos de tenis, las películas de John Woo y cualquier otra cosa que hicieran los sábados por la tarde, le llevaría a una tienda lujosa para comprar juegos de toallas y una tetera de verdad. Él protestaría, pero ella lograría que se divirtiesen y después él se lo agradecería. Se imaginó que quizá, al final del verano, él se entristecería y buscaría un colegio y le preguntaría en serio si podía llegar a sentirse como en casa en Carolina del Sur.

Carmen bajó la vista a la fila de bultitos en su antebrazo que ponía de punta el fino vello oscuro.

No había visto a su padre desde Navidad. La Navidad siempre era para ellos. Desde que tenía siete años, cuando sus padres se separaron, su

padre había ido a verla todos los años, se hospedaba en un buen hotel de Friendship Heights durante cuatro días y pasaban todo el tiempo juntos. Iban al cine, a correr por el canal y a devolver los estrafalarios regalos que recibía de sus tías paternas.

A menudo compartían otras noches, tal vez tres o cuatro al año, cuando su padre volaba a Washington por motivos de trabajo. Ella sabía que aprovechaba casi cualquier excusa para viajar al área cercana a Washington. Siempre cenaban en un restaurante que ella escogía. Intentaba elegir restaurantes que le gustasen a su padre. Siempre espiaba su rostro detenidamente mientras él estudiaba la carta y luego cuando comía el primer bocado. Ella casi no probaba su plato.

Oyó un chirrido debajo el avión. Se estaba cayendo un motor o bien las ruedas se estaban desplegando para aterrizar. Había demasiadas nubes para calcular a qué distancia estaban de tierra. Pegó la frente a la fría ventanilla de plástico. Entornó los párpados y buscó un hueco entre las nubes. Quería ver el océano. Quería determinar dónde estaba el norte. Quería una vista general antes de aterrizar.

—Por favor, suba su mesita -dijo una azafata cantarina al hombre sentado a su lado en el asiento del pasillo; después recogió los restos de la bandeja de Carmen. El hombre junto a Carmen era gordo y prácticamente calvo y se pasó todo el tiempo empujando su cartera de polipiel contra la espinilla de Carmen.

En los aviones, Bridget siempre se sentaba al lado de universitarios encantadores que le pedían el número de teléfono antes de aterrizar. Carmen siempre terminaba en el asiento del medio entre hombres con dedos gordos, anillos de la universidad e informes de ventas.

—Tripulación, a sus asientos, por favor -dijo el comandante por el altavoz. Carmen sintió un cosquilleo en el estómago. Desdobló las piernas y apoyó ambos pies en el suelo. Se santiguó como hacía siempre su madre al despegar y aterrizar. Se sentía un poco farsante, pero ¿acaso era el momento de romper con las supersticiones?

Tibby:

Estás conmigo, aunque no lo estés. Me encanta todo lo relacionado con este viaje excepto que estemos separadas y que sé que estás triste por tener que quedarte en casa. Por eso me siento culpable de estar contenta. Me siento tan rara sin vosotras. Como no estás aquí para ser tú, yo hago un poco de Tibby; pero muy mal comparada contigo.

Infinitos besos y abrazos,

Carma

¿Puedes obligarte a querer?
¿Puedes obligar a otros a
quererte?

Lena Kaligaris

Lo primero fue la puerta principal. Estaba pintada del tono más brillante de amarillo yema de huevo. Rodeando la puerta, la fachada de la casa estaba pintada del azul más vivo posible. ¿Quién podía imaginar un azul así? Lena levantó la cara hacia el cielo despejado del atardecer. Oh.

En Bethesda, si pintabas tu casa de esos colores, te tomarían por drogadicto. Tus vecinos te demandarían. Llegarían por la noche con pistolas de pintura y la repintarían de color *beige*. Aquí el color reventaba por todas partes sobre el fondo de paredes blancas encaladas.

—¡Vamos, Lena! -gimió Effie mientras empujaba la maleta de Lena hacia delante con el pie.

—¡Bienvenidas, niñas! ¡Bienvenidas a casa! -dijo la abuela, dando palmas. Su abuelo encajó la llave en la cerradura y abrió la puerta del color del sol.

La combinación del desajuste horario, el sol y aquellos viejos extraños le producía a Lena la impresión de estar alucinando, hipotéticamente por supuesto. Nunca se había tomado nada para alucinar, con la excepción quizá de una gamba en mal estado una vez.

Si Lena estaba aturdida y con la mirada vidriosa; Effie, debido a la falta de sueño, estaba sencillamente enfurruñada. Lena siempre contaba con su hermana menor para dar conversación, pero Effie estaba demasiado enfadada para charlar. Por lo tanto, el camino desde el diminuto aeropuerto de la isla había transcurrido casi en silencio. La abuela se daba la vuelta constantemente en el asiento delantero del viejo Fiat para decir:

—¡Hay que ver, niñas! ¡Lena, qué guapa estás!

Lena deseaba en serio que dejase de repetirlo porque era irritante y, además, ¿cómo se iba a sentir la enfurruñada de Effie?

La abuela hablaba un buen inglés debido a los años que había pasado al frente de un restaurante para turistas, pero a Bapi no parecía que le hubiera beneficiado de la misma manera. Lena sabía que su abuela era quien atendía a los clientes y la estimada figura pública del restaurante, que encandilaba a todos con oleadas de cariño. Bapi se había quedado casi siempre detrás, donde se encargaba de la cocina al principio y después de llevar el negocio.

Lena se sentía avergonzada por no hablar griego. Según sus padres, el griego fue su primera lengua cuando era un bebé, pero poco a poco lo fue dejando al comenzar el colegio. Sus padres ni siquiera se lo plantearon con Effie. Para empezar, era un alfabeto completamente distinto. En ese momento a Lena le hubiera gustado saber griego, al igual que quería ser más alta o

cantar como una estrella en potencia. Era algo que quería, pero no esperaba que ocurriese.

—Abuela, me encanta tu puerta -observó Lena al cruzarla. El interior de la casa estaba, en comparación, tan oscuro que Lena sintió que podía desmayarse. Todo lo que veía al principio eran destellos flotando.

—¡Ya estamos aquí! -exclamó la abuela, aplaudiendo otra vez. Bapi venía trotando detrás con las dos maletas y la mochila de peluche verde fosforito de Effie a la espalda. Era enternecedor y deprimente al mismo tiempo.

La abuela rodeó a Lena con los brazos y la abrazó con fuerza. Exteriormente Lena se alegró, pero justo bajo la superficie le hacía sentir incómoda. No estaba segura de cómo corresponder su gesto.

La casa se veía ahora con claridad. Era más grande de lo que esperaba, con suelo de baldosas y bonitas alfombras.

—Seguidme niñas -pidió la abuela-. Os enseñaré vuestra habitación y después podemos beber algo, ¿de acuerdo?

Dos zombis la siguieron escaleras arriba. El descansillo era pequeño, pero se abría a dos habitaciones, un baño y un pasillo corto, al final del cual Lena vio otras dos puertas.

La abuela entró por la primera puerta.

—Esta para la preciosa de Lena -dijo orgullosa. A Lena no le pareció gran cosa la sencilla habitación hasta que la abuela abrió las pesadas contraventanas de madera.

—¡Oh! -exclamó Lena, suspirando.

La abuela señaló por la ventana.

—Caldera -anunció-. Caldero, decís vosotras.

—¡Oh! -repitió Lena con verdadera admiración.

Aunque Lena todavía estaba insegura en cuanto a su abuela, se enamoró instantáneamente de Caldera. El agua era una copia oscura del cielo, perturbada por el viento lo justo para hacerla brillar y resplandecer. La estrecha isla semicircular abrazaba la amplia extensión de agua. Una minúscula isla se elevaba en el centro.

—Oia es el pueblo más bonito de Grecia -proclamó la abuela, y Lena no pudo imaginar que fuera de otro modo.

Lena bajó la vista hacia los edificios encalados, muy parecidos a aquella casa, aferrados a los acantilados que descendían hasta el mar. No se había fijado antes en lo empinado que era, lo extraño que era aquel sitio para vivir. Santorini era un volcán, al fin y al cabo. Sabía por los relatos de la familia, que era el lugar donde había ocurrido la peor explosión en la historia, además de incontables maremotos y terremotos. El centro de la isla se había hundido literalmente en el mar, y todo lo que había quedado era esa media luna estrecha y escarpada de acantilados volcánicos y algo de arena teñida de ceniza negra. El caldero estaba tranquilo y precioso, pero a los auténticos

habitantes de Santorini les gustaba recordar a los visitantes que podía comenzar a burbujear y a arrojar lava en cualquier momento.

Aunque Lena había crecido en un barrio residencial verde y llano, donde la gente no temía ningún desastre natural peor que los mosquitos o el tráfico en la autovía, siempre había sabido que sus raíces estaban en Grecia. Y ahora, mientras contemplaba el mar, brotó un profundo recuerdo atávico y se sintió realmente en casa.

—Me llamo Duncan Howe y soy el ayudante del encargado -señaló con un gran dedo pecos a la tarjeta de plástico-. Y ahora que ha concluido la presentación, quisiera daros la bienvenida a Wallman's como nuevas profesionales de ventas.

Hablaba con tal autoridad que cualquiera creería que se dirigía a cientos de personas en lugar de a dos chicas aburridas que mascaban chicle.

Tibby imaginó que una hebra de babas le colgaba de un lado de la boca hasta llegar a los rozados cuadrados de linóleo.

El estudió su lista.

—Ahora, eh, Tai-by -comenzó, pronunciando el nombre.

—Tibby -le corrigió ella.

—Me gustaría que desembalaras inventario en higiene personal, pasillo dos.

—Creía que era una profesional de ventas -comentó Tibby.

—Brianna -continuó, ignorando a Tibby-, puedes empezar en la caja cuatro.

Tibby frunció el entrecejo disgustada. A Brianna le tocaba mascar chicle ante una caja vacía porque tenía un peinado de una altura singular y unas tetas gigantescas que incluso las pinzas de la bata no podían acomodar.

—Ahora poneos los auriculares y vamos a trabajar -ordenó Duncan con aire de importancia.

Tibby intentó reprimir la risa, que salió como una combinación de tos y bufido. Se tapó la boca con la mano. Duncan no pareció advertirlo.

Lo único bueno es que había encontrado a su estrella. Había decidido, la mañana después del juramento de los pantalones, que iba a grabar una película de su verano de descontento, un documental del desastre, un pastiche del muermo. Duncan acababa de hacerse merecedor de un papel.

Se encasquetó el auricular sobre los oídos y se apresuró hacia el pasillo dos antes de que le dieran la patada. Por una parte, habría estado fenomenal que la despidiesen; pero por otra, necesitaba ganar dinero si alguna vez se quería comprar un coche. Sabía por propia experiencia que no existían muchas oportunidades para una chica con un *piercing* en la nariz, que no sabía escribir a máquina y no se le daba bien el trato con la gente.

Tibby fue al almacén de atrás, donde una mujer con uñas excepcionalmente largas señaló una caja de cartón muy grande.

—Monta eso en desodorantes y antitranspirantes -le ordenó en un tono aburrido.

Tibby no podía apartar la vista de las uñas. Se curvaban como diez guadañas. Rivalizaban con las uñas del tipo indio en el *Libro Guinness de los Récords*. Eran como Tibby imaginaba que serían las uñas de un cadáver después de unos años bajo tierra. Se preguntó cómo podía levantar una caja con esas uñas. ¿Podía marcar un número de teléfono? ¿Podía teclear en la caja registradora? ¿Podía lavarse el pelo? ¿Podía despedirse a una persona por tener las uñas demasiado largas? ¿Podía quizá cobrar pensión por invalidez? Tibby se miró sus uñas mordidas.

—¿De alguna forma especial? -preguntó Tibby.

—Es un expositor -dijo la mujer, como si cualquier idiota supiera montar uno-. Tiene instrucciones en la caja.

Tibby cargó la caja hacia el pasillo dos, mientras pensaba cómo quedarían las uñas de la mujer en su película.

—El auricular se te está resbalando -advirtió la mujer.

Cuando Tibby sacó las cosas de la caja, se le cayó el alma a los pies al encontrar por lo menos doscientos antitranspirantes *roll-on* y un complicado artilugio de cartón. Se quedó boquiabierta ante la cantidad de flechas y diagramas dibujados en las instrucciones. Hacía falta un título de ingeniería para montarlo.

Con la ayuda de un poco de papel celo del pasillo ocho y del chicle que tenía en la boca, Tibby logró por fin construir una pirámide de *roll-on* con la cabeza de cartón de una esfinge en la cúspide. ¿Qué relación había entre antitranspirantes y el antiguo Egipto? Imposible saberlo.

—¡Tibby! -Duncan llegó con paso firme y aires de importancia.

Tibby levantó la mirada de la pila monumental de antitranspirantes.

—¡Te he llamado cuatro veces! ¡Te necesitamos en la caja tres!

Tibby se había olvidado de encender su auricular resbaladizo. Había estado demasiado ocupada burlándose del aparato para atender a Duncan cuando explicó cómo se usaba.

Después de pasar una hora en la caja y vender exactamente dos pilas triple-A a un adolescente con granos, terminó su turno.

Se quitó la bata, devolvió su auricular y cruzó la puerta en medio de un bombardeo ensordecedor de pitidos. Duncan se interpuso en su camino con una velocidad asombrosa para una persona en el extremo más gordo de la gordura.

—Perdona, Tibby, ¿me podrías acompañar dentro otra vez?

Tibby lo veía claramente en su rostro: «Nunca debimos contratar a la chica con el pendiente en la nariz».

Le pidió ver el contenido de sus bolsillos. No tenía ningún bolsillo.

—¿Tu bata? -insistió.

—Oh. Sacó la arrugada bata de debajo del brazo. Del bolsillo extrajo su monedero y... un rollo de papel celo a medio usar.

—Ah, eso -dijo Tibby-. Sí. Verás, es que lo usé para...

La cara de Duncan adoptó una resignada expresión de «he oído todas las excusas habidas y por haber».

—Mira, Tibby. Nuestra política en Wallman's es dar una segunda oportunidad, así que lo dejaremos pasar. Pero estás advertida: no tengo más remedio que cancelar tus ventajas como mejor empleado, es decir, el quince por ciento de descuento Yo-soy-Wallman's en todos los artículos.

Después Duncan apuntó cuidadosamente que el precio de la cinta adhesiva se deduciría del sueldo del primer día. Luego desapareció por un momento y regresó con una bolsa de plástico transparente con dos asas.

—¿Podrías guardar aquí tus cosas de ahora en adelante, por favor? -le pidió.

Querida Carmen:

Supongo que cuando tienes familiares cercanos a los que nunca has visto, no puedes evitar idealizarlos en tu imaginación. Es como los niños adoptados, que siempre creen que su padre biológico es un científico y su madre biológica una modelo.

Supongo que con mis abuelos era algo parecido. Mis padres siempre han dicho que yo era tan guapa como mi abuela. Por eso no sé cómo, durante todos estos años me imaginaba a mi abuela como Cindy Crawford. Es vieja, lleva una permanente barata y un chándal de velow de señora mayor y tiene unas uñas callosas que sobresalen de sus sandalias planas de color rosa. Es bastante corriente, ¿sabes?

Bapi, el legendario hombre de negocios de la familia Kaligaris, imaginaba que medía por lo menos uno noventa. Para nada. Es canijo. Tal vez de mi altura, lleva pantalones marrones de un tejido grueso a pesar de que aquí estamos a más de un millón de grados y una camisa blanca con una cremallera en el cuello. Sus zapatos son de vinilo color beige. Es algo mohoso y moteado, como son los viejos. Es muy tímido.

Siento que debería quererlos desde el primer momento. Pero, ¿cómo se hace? No puedes obligarte a querer a alguien, ¿no?

Estoy cuidando mucho los vaqueros y te hecho de menos. Sé que no serás dura conmigo aunque sea una malcriada, porque siempre tienes mejor opinión de mí de la que merezco.

*Con mucho cariño,
Lena.*

No existe una única diversión
para toda la familia.

Jerry Seinfeld

La puesta de sol era demasiado bonita. Casi le provocó a Lena una reacción de pánico, porque no podía conservarla. Los pegotes de pintura de su paleta, que habitualmente despertaban su inspiración, parecían totalmente apagados. La puesta de sol brillaba con un billón de vatios de luz. No había luz en sus pinturas. Colocó la paleta y la tabla, cuidadosamente preparada, encima del armario para no tener que verlas.

Se encaramó al alféizar de la ventana, contempló el pálido sol que se sumergía en Caldera e intentó apreciarlo aunque no pudiera hacerlo suyo. ¿Por qué siempre sentía que *debía* hacer algo ante la belleza?

Oyó el trajín de la fiesta que se preparaba abajo. La abuela y Bapi celebraban su llegada con un festín y un montón de vecinos. Sus abuelos

habían vendido el restaurante hace dos años, pero no habían perdido su afición por la comida, decidió Lena. Intensos olores a especias flotaban, uno tras otro, escaleras arriba hasta la habitación de Lena y se mezclaban entre sí en un avance de lo que sería la comida.

—¡Lena! ¡Casi listos! -gritó la abuela desde la cocina-. ¡Vístete y baja!

Lena lanzó su maleta y su bolsa sobre la cama, porque así podía seguir mirando por la ventana. Arreglarse rara vez le divertía. Usaba ropa práctica, «suelta, aburrida y patética», según sus amigas. No le gustaba que la gente tuviese un motivo más para mirarla, para creer que por su aspecto la conocían. Había sido el poni de exposición demasiado a menudo cuando era pequeña.

Esa noche, sin embargo, había algo que burbujeaba en el fondo de su estómago. Con cuidado, rebuscó bajo las capas de ropa para sacar los vaqueros. Resultaban un poco más pesados de lo que se merecían. Aguantó la respiración mientras los desdoblaba y liberaba un millar de deseos en el aire. Era el principio de su historia, de su existencia como los pantalones compartidos. Al ponérselos sintió la enorme responsabilidad de hacerlos valer. Por un momento intentó imaginarse a sí misma viviendo momentos importantes con los pantalones. Por algún motivo no podía librarse de la visión de Effie con los pantalones puestos en lugar de ella.

Se calzó un par de mocasines marrones muy usados y bajó las escaleras.

—He hecho una albóndiga -declaró Effie orgullosa desde la cocina.

—*Keftedes* -aclaró la abuela por encima del hombro con el mismo orgullo-. Effie es una Kaligaris. ¡Le gusta cocinar y le gusta comer! -abrazó a Effie para confirmar lo estupendo que era aquello.

Lena sonrió y entró en la cocina para elogiar e investigar.

Effie y ella ya estaban actuando como la liebre y la tortuga. Todo el mundo prestaba mucha atención a Lena al principio porque era muy atractiva, pero pasadas unas cuantas horas o unos días, siempre terminaban por hacer caso únicamente a la exuberante y afectuosa Effie. Lena creía que Effie se lo merecía. Lena era muy introvertida. Sabía que tenía dificultades para conectar con la gente. Siempre había pensado que su físico era como un falso cebo, al parecer ofrecía un puente a otras personas, pero ella no lograba cruzarlo fácilmente.

La abuela echó una mirada a su atuendo.

—¿Vas a llevar eso a la fiesta?

—Eso pensaba. ¿Debería arreglarme más? -preguntó Lena.

—Bueno... -la abuela no tenía una expresión particularmente severa o sentenciosa. Más bien traviesa, como si tuviera un secreto y quisiera que le sonsacaras-. No es una fiesta elegante, pero...

—¿Debería cambiarme yo también? -preguntó Effie. Su camisa estaba cubierta de migas de pan.

A la abuela se le daba tan bien guardar un secreto como a Effie. Miró a Lena con complicidad.

—Verás, hay un chico, es como un nieto para Bapi y para mí. Es un *buen* chico... -guiñó un ojo.

Lena intentó congelar la buena cara que mostraba. ¿En serio intentaba su abuela emparejarla con un chico cuando no habían pasado aún ni seis horas desde que había llegado? Lena *odiaba* que le hicieran eso.

Effie sintió lástima por ella.

—Se llama Kostos -la abuela continuó machacona, sin darse cuenta-. Es el nieto de nuestros buenos amigos y vecinos.

Al estudiar la cara de su abuela, a Lena le surgió la sospecha de que no se le había ocurrido aquella idea en la última hora. Sospechó que la abuela había estado planificando algo durante mucho tiempo. Sabía que los matrimonios concertados todavía se veían con buenos ojos entre padres griegos, especialmente en las islas, pero ¡por favor!

Effie se rió, incómoda.

—¡Eh, abuela! Los chicos adoran a Lena, pero ella es muy dura con ellos.

Las cejas de Lena se dispararon hacia arriba.

—¡Effie! ¡Muchas gracias!

Effie se encogió de hombros con dulzura.

—Es verdad.

—Lena no conoce a Kostos -dijo la abuela con confianza-. Todo el mundo quiere a Kostos.

—¡Cariño!

El corazón de Carmen despegó más rápido que sus pies al ver a su padre agitando los brazos detrás de la pared baja de plexiglás que delimitaba la puerta cuarenta y dos. Se sentía como un cliché, al correr de esa manera, pero aun así le encantaba.

—¡Hola, papá! -exclamó, lanzándose contra él. Se recreaba al decir esa palabra. La mayoría de los niños la usaban constantemente, sin pensar. Para ella yacía inutilizada, guardada muchos meses del año.

Su padre la abrazó el tiempo justo. La soltó y ella miró hacia arriba. Le encantaba lo alto que era. Él cogió su bolso y se lo echó al hombro, aunque no pesaba. Ella sonrió al verlo con el bolso de lentejuelas turquesas.

—¡Hola, cariño! -dijo contento, colocando el brazo que quedaba libre sobre su hombro-. ¿Qué tal el vuelo? -preguntó mientras la llevaba hacia la zona de recogida de equipajes.

—Perfecto -respondió ella.

Sus zancadas desiguales con el brazo apoyado en el hombro siempre resultaban torpes, pero le gustaba demasiado como para que le importara. Otras chicas que veían a sus padres todos los días podían protestar. Ella veía al suyo sólo unas cuantas veces al año.

—Estás preciosa, corazón -observó resuelto-. Parece que has crecido -puso la mano sobre su cabeza.

—Sí -dijo orgullosa, siempre complacida con la idea de que, en altura, se parecía a él-. Mido uno sesenta y ocho -le informó-. Casi uno setenta.

—¿De verdad? -dijo él desde su metro noventa-. Vaya.... ¿Cómo está tu madre?

Siempre hacía la pregunta obligada en los primeros cinco minutos.

—Está bien -respondía siempre Carmen, pues sabía que su padre no quería una respuesta detallada. Año tras año, la madre de Carmen continuaba sintiendo una rabiosa curiosidad sobre su padre, pero él únicamente preguntaba por su madre por educación.

Silenciosas gotas de culpabilidad colorearon la satisfacción de Carmen. Ella casi medía un metro setenta, pero su madre no medía ni uno cincuenta. Su padre le había llamado corazón y le había dicho que estaba preciosa, pero su madre ya no le importaba.

—¿Cómo están tus amigas? -preguntó al estrujarse para subir juntos la escalera mecánica, su brazo todavía sobre el hombro de Carmen.

El sabía la relación que tenía con Tibby y Lena y Bridget. Siempre recordaba los detalles de la vida de sus amigas de la última vez que había hablado con ella.

—Es un verano raro para nosotras -contestó-. Es nuestro primer verano separadas. Lena está en Grecia con sus abuelos; Bridget está en un campamento de fútbol en Baja California. Tibby se ha quedado en casa, sola.

—Y tú estás aquí todo el verano -dijo él, con una pregunta casi

imperceptible en la mirada.

—Estoy tan contenta de estar aquí -respondió ella, su respuesta alta y clara-. Estoy impaciente. Es un poco raro, ¿sabes? Digo, no en el mal sentido. Raro en el buen sentido. Será bueno para nosotros variar un poco. Ya sabes cómo somos -estaba desvariando, era consciente de ello. Odiaba que su padre vacilase.

Él señaló una cinta transportadora, que daba vueltas a las maletas.

—Creo que es la de tu vuelo.

Carmen se acordó de una ocasión en Washington, cuando él le sujetó las manos por encima de la cabeza, mientras ella montaba en el carrusel hasta la mitad. Entonces un guarda les regañó y su padre la sacó de allí.

—Es una grande, negra y con ruedas. Como la de todo el mundo -dijo Carmen.

Era extraño que él nunca hubiera visto su maleta. Ella nunca lo había visto a él sin la suya.

—¡Ahí! -dijo de pronto, y su padre se abalanzó sobre ella. Levantó la maleta de la cinta transportadora como si su vida le hubiera preparado exclusivamente para esa tarea. Las lentejuelas turquesas de su bolso relampaguearon.

Cargó con el maletón en lugar de llevarlo rodando.

—¡Estupendo! Vamos -señaló en dirección al aparcamiento.

—¿Aún tienes el Saab? -preguntó ella. Los coches eran una de las aficiones que compartían.

—No. Lo cambié esta primavera por un coche familiar.

—¿Ah, sí? -no lograba entenderlo-. ¿Y te gusta?

—Cumple su función -repuso él justo cuando llegaban al coche. Se trataba de un Volvo *beige*. El Saab que tenía era rojo-. Ya estamos aquí.

Le abrió la puerta a Carmen y la acomodó con su bolso antes de meter la maleta detrás. ¿Dónde aprendían los padres a hacer esas cosas? ¿Por qué no se las enseñaban a sus hijos?

—¿Cómo has terminado el curso? -le preguntó a Carmen, mientras maniobraba para salir del aparcamiento.

—Muy bien -respondió. Siempre le hacía ilusión ponerle al corriente-. He sacado un sobresaliente en matemáticas, biología, inglés y francés, y un notable alto en historia del mundo.

Su madre pensaba que se preocupaba demasiado por el colegio. Para su padre, las notas tenían su importancia.

—Cariño, eso es fabuloso. Y segundo es un curso importante.

Ella sabía que su padre quería que estudiase en la misma universidad a la que había ido él; él sabía que ella también quería, a pesar de que no se lo dijeran en alto el uno al otro.

—¿Qué tal el tenis? -preguntó él.

La mayoría de las chicas que conocía odiaba esas preguntas típicas de

padre, pero Carmen se preparaba todo el año para ellas.

—Bridget y yo jugamos de primer equipo de dobles. Solo perdimos un partido.

No se molestaría en contarle que había sacado un insuficiente en alfarería -no iba a aparecer en su expediente- ni que el chico que le había gustado todo el año le había pedido a Lena ir al baile de fin de curso ni que había hecho llorar a su madre el domingo de Pascua. Aquellas conversaciones trataban de sus victorias.

—Tengo una pista reservada para el sábado -dijo su padre, mientras aceleraba para incorporarse a la autopista.

Carmen estudió el paisaje. Había moteles y casas adosadas igual que en los alrededores de casi cualquier aeropuerto, pero allí el aire olía más pesado y salado. Estudió el rostro de su padre. Ya estaba moreno. Eso resaltaba sus ojos azules. Siempre había deseado tener sus ojos en vez de los ojos marrones de su madre. Parecía que se había cortado el pelo hace poco y su camisa estaba bien planchada y cuidadosamente arremangada. Se preguntó si le habrían subido el sueldo o algo así.

—Estoy impaciente por ver tu casa -comentó Carmen.

—Sí -respondió distraído, mientras echaba un vistazo al espejo retrovisor para cambiar de carril.

—¿No es increíble que nunca haya estado aquí antes? -preguntó ella.

Su padre se concentró en la carretera.

—Sabes, no es que no quisiera que hubieras venido mucho antes. Solo quería tener una vida más ordenada antes de traerte.

Había un rastro de disculpa en sus ojos cuando la miró. Carmen no quería que se sintiera incómodo.

—Papá, no me importa si tienes una vida ordenada o no. No te preocupes por eso. Nos lo pasaremos estupendamente. ¿A quién le importa el orden?

Tomaron una salida de la autopista.

—No veía cómo podía traerte con mi estilo de vida tan frenético. Trabajaba mucho, vivía solo en un apartamento de un dormitorio. Comía siempre fuera.

—Eso es lo que quería -Carmen no lograba hablar lo bastante rápido-. Me encanta comer fuera. Estoy harta de la vida ordenada -lo decía en serio. Aquel era el verano de Al y Carmen.

Él no dijo nada mientras atravesaban una zona residencial de estrechas calles arboladas con grandes casas de estilo Victoriano a cada lado. Las gotas de lluvia reventaron contra el parabrisas. El cielo se oscureció tanto que casi parecía de noche. Redujo la velocidad y se paró frente a una casa de color marfil con contraventanas verde grisáceo y un porche alrededor.

—¿Dónde estamos? -preguntó Carmen.

Su padre apagó el motor y se giró hacia ella.

—En casa.

Su mirada estaba distante y un poco misteriosa. No daba la impresión de asimilar la sorpresa evidente en la de Carmen.

—¿Esa casa? ¿Ahí? Creía que vivías en un apartamento en el centro.

—Me he mudado. Apenas hace un mes.

—¿Sí? ¿Por qué no me lo dijiste por teléfono?

—Porque... son cuestiones importantes. Cosas que quería decirte en persona -respondió él.

Carmen no estaba segura de lo que opinaba acerca de las cuestiones importantes. Se volvió en su asiento.

—¿Y? ¿Me lo vas a contar? -nunca se tomaba las sorpresas con mucha dignidad.

—¿Vamos dentro, de acuerdo?

Abrió la puerta y rápidamente llegó hasta su lado antes de que Carmen asintiera. No sacó la maleta. Sujetó su chaqueta sobre la cabeza de ambos y subieron los escalones de piedra hasta la casa.

La sujetó del brazo.

—Cuidado. Estos escalones resbalan cuando llueve -dijo al subir los escalones de madera pintados del porche delantero. Era como si siempre hubiera vivido allí.

El corazón de Carmen latía con fuerza. No tenía ni idea de dónde estaban ni de qué se iba a encontrar. Sintió la forma de la manzana dentro del bolso.

Su padre abrió la puerta sin llamar, de un empujón.

—¡Ya estamos aquí! -gritó.

Carmen advirtió que estaba aguantando la respiración. ¿Quién estaba allí?

A los pocos segundos entró una mujer en la habitación con una chica que parecía de la edad de Carmen. Carmen se quedó perpleja y rígida mientras la mujer y después la chica la abrazaban. Las siguió enseguida un chico alto, de unos dieciocho años, supuso Carmen. Era rubio y fuerte, como un atleta. Se alegró de que él no le diera un abrazo.

—Lydia, Krista, Paul, esta es mi hija, Carmen -dijo su padre.

El nombre sonaba extraño en su boca. Siempre la llamaba cariño o mi vida o corazón. Nunca la llamaba Carmen. Ella creía que se debía a que era el nombre de su abuela puertorriqueña, y Carmen, su abuela, había enviado a su padre varias cartas desagradables después del divorcio. La madre de su padre había muerto. Se llamaba Mary.

Todos la miraban fijamente, expectantes, sonriendo. Carmen no tenía ni idea de qué decir o qué hacer.

—Carmen, esta es Lydia -pausa, pausa, pausa-. Mi prometida. Y Krista y Paul, sus hijos.

Carmen cerró los ojos y los volvió a abrir. Las tenues luces de la

habitación creaban manchas que flotaban en su campo de visión.

—¿Desde cuándo tienes una prometida? -inquirió casi en un susurro. Sabía que no era la forma más educada de expresarse.

Su padre se rió.

—Desde el veinticuatro de abril, para ser exactos -respondió-. Me mudé a mediados de mayo.

—¿Y os vais a casar? -sabía que era un comentario increíblemente estúpido.

—En agosto —dijo él-. El diecinueve.

—Oh -replicó ella.

—Es increíble, ¿verdad? -le preguntó.

—Increíble -repitió ella débilmente, aunque su tono no era igual que el suyo.

Lydia le cogió la mano. Carmen tuvo la sensación de que ya no formaba parte de su cuerpo.

—Carmen, estamos *tan* contentos de tenerte este verano. ¿Por qué no pasas dentro y descansas? ¿Quieres tomar un refresco o una taza de té? Albert te enseñará tu habitación para que puedas ordenar tus cosas.

¿Albert? ¿Quién llamaba a su padre Albert? ¿Y qué era eso de ordenar sus cosas? ¿Qué estaba haciendo en aquella casa? Aquí no era donde iba a pasar su verano.

—¿Carmen? -intervino su padre-. ¿Un refresco? ¿Un té?

Carmen se giró hacia él, los ojos como platos, sin oírlo realmente. Asintió.

—¿Qué? ¿Los dos? -insistió su padre.

Echó un vistazo a la cocina. Electrodomésticos de acero, como tenían los ricos. Había una alfombra oriental en el suelo. ¿Quién tenía alfombras orientales en la cocina? Había un ventilador de estilo antiguo del sur en el techo. Giraba despacio. Podía oír la lluvia que batía contra las ventanas.

—¿Carmen? ¿Carmen? -su padre intentaba ocultar la impaciencia.

—Lo siento -murmuró. Se dio cuenta de que Lydia estaba junto al armario, esperando una indicación-. Nada para mí. ¿Me podrías decir, por favor, dónde dejo mis cosas?

Su padre tenía una expresión afligida. ¿Veía lo consternada que estaba? ¿Se daba cuenta? Su expresión se desvaneció.

—Sí. Ven conmigo. Te llevaré a tu habitación y luego te subo la maleta.

Subió detrás de él por la escalera enmoquetada y pasó frente a tres dormitorios, hasta un dormitorio que daba al jardín de atrás con una gruesa moqueta de color melocotón, muebles antiguos y dos cajas de pañuelos de papel en metacrilato: una encima de la cómoda y una en la mesilla. Tenía cortinas y un volante que cubría el canapé, cómo no. Y apostaría un billón de dólares a que por lo menos había un envase de bicarbonato abajo en la

nevera.

—¿Esta es la habitación de invitados? -preguntó.

—Sí -contestó él, sin entender lo que quería decir-. Tú empieza a ordenar tus cosas -dijo, empleando esa estúpida palabra otra vez-. Yo te subiré la maleta.

Se dirigió hacia la puerta.

—Oye, papá.

Se dio la vuelta. Tenía aspecto de recelar.

—Solo quería decir... -no terminó la frase. Quería decirle que era bastante desconsiderado por su parte no haberle advertido de nada. Era bastante duro entrar en una casa llena de extraños sin ninguna preparación.

En sus ojos había un ruego. Más que verlo, lo sintió. El solo quería que todo marchase bien entre ellos.

—Nada -dijo débilmente.

Lo observó cuando se marchaba y comprendió que se parecía a él en otra cosa. Cuando estaba con él, no le gustaba contar las cosas difíciles.

Querida BÍ:

El verano de Al y Carmen no sobrevivió más allá del viaje desde el aeropuerto. Mi padre ahora es Albert y se va a casar con Lydia y vive en una casa llena de cajas de pañuelos de papel y actúa como el padre de dos personas rubias. Olvida todo lo que me imaginé. Soy una invitada en la habitación de invitados de una familia que nunca será la mía.

Perdona, BÍ. Estoy siendo una egocéntrica otra vez. Sé que soy una llorona, pero se me está pudriendo el corazón. Odio las sorpresas.

Te quiere y te echa de menos,
Carmen.

El amor es como la guerra:
fácil de empezar, difícil de
terminar.

Proverbio

—Lena.

Lena levantó la vista de su diario al aparecer Effie en la puerta. Effie entró como pudo y se sentó en la cama.

—La gente ya está aquí, ¿sabes? La fiesta está empezando.

Lena había oído voces abajo, pero estaba preparada para fingir lo contrario.

—*El* está aquí -continuó Effie con especial énfasis.

—¿Él?

—Kostos.

—¿Y?

Effie puso una cara expresiva.

—Lena, no estoy bromeando, tienes que verlo.

—¿Por qué?

Effie se inclinó hacia delante y se apoyó en los codos.

—Ya sé que esperabas que fuera... un niño de la abuela, pero Lena, es... es... -cuando Effie se ponía nerviosa, no terminaba las frases.

—¿Es qué?

—Es...

Lena levantó una ceja.

—Espectacular -declaró Effie.

Naturalmente Lena sentía algo de curiosidad, pero no lo iba a admitir.

—Eff, no he venido a Grecia a buscar novio.

—¿Me lo puedo quedar yo?

Lena sonrió de corazón.

—Sí, Effie. ¿Importa el hecho de que ya tienes novio?

—Importaba hasta que he visto a Kostos.

—¿Tan bien está?

—Ya verás.

Lena se levantó.

—Entonces, vamos.

Resultaba conveniente que hubieran alabado tanto a Kostos. Cuando lo viera seguro que se llevaba una desilusión.

Effie se detuvo.

—Le has dicho a la abuela que subías a cambiarte.

—Ah, sí.

Lena revolvió en su maleta. Hacía fresco ahora que se había puesto el sol. Se puso un jersey marrón de cuello vuelto -la prenda menos *sexy* que

tenía- y se recogió el pelo en una austera coleta. Aun así, los pantalones eran los pantalones.

—Sabes, esos vaqueros sí parecen algo mágicos -se entusiasmó Effie-. Te quedan genial. Incluso mejor de lo normal.

—Gracias -respondió Lena-. Vamos.

—¡Sííí! -dijo Effie, nerviosa.

Kostos no resultó una decepción. Era alto. Parecía un hombre, más que un chico; debía tener por los menos dieciocho años. Era lo bastante guapo para hacer sospechar a Lena.

De acuerdo, Lena sospechaba de muchas cosas. Pero muchos se habían merecido sus sospechas. Lena conocía a los chicos: nunca miraban más allá del físico. Fingían que eran tus amigos para lograr tu confianza y, en cuanto te fiabas de ellos, se lanzaban a meter mano. Fingían que querían colaborar en un trabajo de historia o ser voluntarios en la campaña de donantes de sangre para atraer tu atención. Pero en cuanto les entraba en el cráneo que no querías salir con ellos, de repente perdían interés por las líneas cronológicas o la alarmante escasez de sangre. Lo peor de todo, a veces incluso salían con una de tus mejores amigas para acercarse a ti y le rompían el corazón a esa amiga cuando se descubría la verdad. Lena prefería los chicos normales a los guapos, pero hasta los normales resultaban decepcionantes.

Ella personalmente creía que la única razón por la cual la mayoría de las chicas soportaba a los chicos era porque necesitaban una confirmación de que eran guapas. Eso era algo, probablemente lo único, que Lena sabía de sí misma sin necesidad de confirmación.

Las amigas de Lena la llamaban Afrodita, la diosa del amor y la belleza. La parte de la belleza no iba desencaminada, pero la parte del amor era un chiste. Lena no era una romántica.

—Lena, este es Kostos -dijo la abuela.

Lena advirtió que la abuela intentaba conservar la calma, pero estaba a punto de explotar de la emoción.

—Kostos, esta es mi nieta Lena -dijo la abuela con un gesto florido como si estuviera enseñando a un concursante el flamante coche rojo que acaba de ganar.

Lena le tendió una mano rígida y estrechó la suya, atajando el espontáneo beso en la mejilla de los griegos.

El estudió su rostro mientras le daba la mano. Ella sabía que estaba intentando aguantarle la mirada un momento, pero desvió la vista hacia abajo.

—Kostos va a ir a la universidad en Londres este otoño -presumió la abuela como si fuera su nieto-. Se presentó a unas pruebas con el equipo de fútbol nacional -añadió-. Estamos todos muy orgullosos de él.

Ahora Kostos era el que miraba hacia abajo.

—Valia alardea más que mi propia abuela -murmuró.

Lena se fijó en que hablaba inglés con acento, pero con seguridad.

—Pero este verano Kostos está ayudando a su *bapi* -anunció la abuela, y literalmente enjugó una lágrima que asomaba a la comisura del ojo-. Bapi Dounas tiene un problema de... -la abuela se dio unas palmaditas en el corazón-. Kostos cambió sus planes este verano para quedarse en casa y ayudar.

Ahora Kostos estaba realmente incómodo. A Lena de pronto le dio lástima.

—Valia, Bapi está tan fuerte como siempre. Sabes que me gusta trabajar en la forja.

Lena sabía que estaba mintiendo, y eso le gustó en él. Entonces tuvo una idea mejor.

—Kostos, ¿te han presentado ya a mi hermana, Effie?

Effie había estado pululando a su alrededor todo el tiempo, así que no fue difícil encontrar su brazo y acercarla hasta ellos.

Kostos sonrió.

—Sí que parecéis hermanas -dijo, y a Lena le dieron ganas de abrazarlo. Por alguna razón, la gente prestaba más atención a las diferencias que a las semejanzas entre ellas. Quizá había que ser griego para verlas-. ¿Quién es mayor? -preguntó.

—Yo soy mayor, pero Effie es más simpática -replicó Lena.

—Por favor -dijo la abuela, prácticamente en un bufido.

—Solo un año mayor -apuntó Effie-. Quince meses, en realidad.

—Ya veo -respondió Kostos.

—Solo tiene catorce años -la abuela sintió la necesidad de aclararlo-. Lena cumplirá dieciséis al final del verano.

—¿Tienes hermanos? -preguntó Effie, siempre impaciente por cambiar de tema.

La expresión de Kostos se volvió sutilmente cautelosa.

—No... soy hijo único.

—Oh -dijeron las dos.

A juzgar por la expresión de Kostos, Lena supuso que el asunto era más complicado y calladamente rogó por que Effie no preguntase nada más sobre ello. No quería entrar en intimidades en ese momento.

—Kostos... eh... juega al fútbol -intervino Lena, solo para asegurarse.

—¿Que juega al fútbol? -exclamó la abuela casi a gritos, como si estuviera escandalizada-. ¡Es un campeón! ¡Es un héroe en Oia!

Kostos se rió, así que Lena y Effie también se rieron.

—Vosotros, los jóvenes. Vosotros, hablad -ordenó la abuela y desapareció.

Lena decidió que podía ser una buena oportunidad para dejar a Kostos y Effie solos un momento.

—Voy a buscar más comida -dijo.

Luego se sentó en la única silla fuera junto a la puerta principal y

comió unas deliciosas hojas de parra rellenas, que se llaman *dolmades*, y aceitunas. Aunque había comido miles de veces platos griegos en Maryland, nunca sabían precisamente así.

Kostos se asomó por la puerta.

—Aquí estás -dijo. ¿Te gusta estar sola?

Ella asintió. Había escogido ese sitio fundamentalmente por la silla solitaria.

—Ya veo.

Era muy, muy guapo. Tenía el pelo oscuro y ondulado, y los ojos de un color entre verde y amarillo. Tenía una ligera elevación en el caballete de la nariz.

«Eso quiere decir que deberías marcharte», le instó ella en silencio.

Kostos avanzó hasta el camino que pasaba delante de la casa y serpenteaba acantilado arriba. Señaló hacia abajo.

—Esa es mi casa -dijo, apuntando a una construcción similar unas cinco casas más abajo. Tenía un balcón de hierro forjado en el primer piso, pintado de un vivo color verde, que sostenía una avalancha de flores.

—Ya. Todo un paseo -dijo ella.

Él sonrió.

Lena estuvo a punto de preguntarle si vivía con sus abuelos, pero en ese momento se dio cuenta de que sería una invitación para conversar.

El se apoyó contra el muro encalado del camino. Y decían que los hombres griegos eran bajitos.

—¿Te apetece dar un paseo conmigo? -preguntó-. Me gustaría enseñarte Ammoudi, el pueblecito al pie del acantilado.

—No, gracias -replicó ella. Ni siquiera dio una excusa. Había aprendido hace mucho que los chicos tomaban las excusas como una razón más para pedirle salir.

Él estudió su rostro un momento, abiertamente decepcionado.

—Tal vez en otra ocasión -dijo.

Ella quería que entrase en la casa de nuevo e invitase a Effie a ver Ammoudi, pero lejos de eso, bajó la colina despacio y se metió en su casa.

«Siento que me pidieras salir», le dijo ella calladamente. «Si no, quizá me habrías gustado.»

Había chicos en el campamento de fútbol, después de todo. Había un chico. No, había más de un chico, pero para Bridget, en ese momento, había un chico.

Era un entrenador, aparentemente. Estaba al otro lado del campo, consultando algo con Connie. Tenía el pelo oscuro y liso, y la piel varios tonos más morena que la suya. Parecía latino-americano. Tenía el físico elegante de un centrocampista. Incluso desde allí, su cara parecía demasiado complicada para ser un entrenador de fútbol. Era guapísimo.

—Es de mala educación quedarse mirando fijamente.

Bridget se dio la vuelta y sonrió a Ollie.

—No lo puedo evitar.

Ollie asintió.

—Está buenísimo.

—¿Lo conoces? -preguntó Bridget.

—Del año pasado -explicó Ollie-. Era el ayudante del entrenador de mi equipo. Se nos cayó la baba todo el verano.

—¿Cómo se llama?

—Eric Richman. Es de Los Angeles. Juega al fútbol en la Universidad de Columbia. Supongo que estará en segundo este año.

Así que era mayor, pero no mucho mayor.

—No te hagas ilusiones -dijo Ollie, que adivinó sus pensamientos-. El campamento tiene una política estricta de no confraternizar, evidentemente. Él la cumple, aunque muchas han intentado que no lo hiciera.

—¡Acercaos todas! -gritó Connie a los grupos de chicas que pululaban alrededor.

Bridget se sacó el pelo del elástico. Cayó sobre los hombros y dio la impresión de que atrapaba mucho más sol de lo que le correspondía. Se acercó a donde estaba Connie con los otros entrenadores.

—Voy a leer en alto los equipos -informó Connie al grupo. Al igual que muchos otros entrenadores con experiencia, tenía una voz tan potente como un megáfono cuando era necesario-. Esto es importante, ¿de acuerdo? Vais a estar con vuestro equipo durante dos meses, desde los primeros partidos de prueba hasta la Copa Coyote al final del verano. ¿De acuerdo? Conoce a tu equipo. Quiere a tu equipo -miró a su alrededor a la colección de rostros-. Todos sabéis que el buen fútbol no se basa en grandes jugadores. Se basa en grandes equipos.

La multitud dejó escapar una pequeña ovación. A Bridget le encantaban esas charlas. Sabía que eran cursis, pero siempre surtían efecto. Se imaginó a Tibby poniendo los ojos en blanco.

—Antes de leer la lista de los equipos, me vais a permitir que presente al resto del personal: entrenadores, ayudantes y monitores.

Connie presentó a todos, dio el nombre y contó un poco de la experiencia de cada uno, y terminó con Eric. ¿Se llevó Eric un aplauso más fuerte o se lo imaginó Bridget?

Connie explicó que había seis equipos, que no coincidían con la distribución de las cabañas. Los equipos tenían su propio color y cada una iba a recibir varias camisetas de su equipo cuando leyeran su nombre. Por el momento se llamarían por el número, de uno a seis, y más adelante los equipos tendrían el honor de escoger un nombre. Bla, bla, bla. Connie asignó a cada equipo un entrenador jefe, un ayudante y un monitor. Eric estaba con el equipo cuatro.

«Por favor, que me toque su equipo», rogó Bridget en silencio.

Connie consultó la omnipresente lista.

—Aaron, Susanna, equipo cinco.

Era el momento de tranquilizarse; la lista estaba en orden alfabético. Bridget descubrió que odiaba a todas las chicas que escogían para el equipo cuatro.

Por fin la «V».

—Vreeland, Bridget, equipo tres.

Se llevo una desilusión. Pero cuando avanzó decidida a recoger sus tres camisetas idénticas de color verde, se sintió complacida al comprobar que Eric, fuera lo que fuera, no era inmune a su pelo.

Carma:

Quién sino yo se iba a enamorar en un campamento de chicas. Ni siquiera he hablado con él. Se llama Eric. Es guapísimo. Lo quiero.

Me gustaría que pudieras verlo. Te encantaría. Pero no puedes tenerlo. ¡Es mío! ¡Mío!

Estoy loca. Me voy a nadar. Este sitio es muy romántico. BÍ.

Regla n° 1: El cliente siempre tiene razón.

Regla n° 2: Si el cliente no tiene razón, por favor, consulte la regla n° 1

Duncan Howe

“Me estoy muriendo lentamente en Wallman’s”, decidió Tibby la tarde siguiente bajo el zumbido de las luces fluorescentes. Su trabajo probablemente no causaría la muerte antes de tiempo. Pero sería una muerte muy dolorosa.

“¿Por qué este tipo de tiendas nunca tiene ventanas?”, se preguntó. ¿Acaso imaginaban que un rayo de sol iba a provocar que sus pálidos empleados enjaulados salieran corriendo?

Ese día estaba de vuelta en el pasillo dos, ahora reponiendo pañales geriátricos. ¿Qué había entre ella y la higiene personal? La noche anterior su madre le había pedido que usara su descuento especial para comprar pañales para sus hermanos. No le confesó que ya había perdido el descuento.

Mientras apilaba los paquetes, parecía que sus funciones corporales y cerebrales se ralentizaban hasta su nivel más bajo. Imaginaba sus ondas cerebrales como una línea plana en una de esas máquinas de hospital. Muriéndose, sin más, en Wallman's.

De pronto oyó un estruendo y giró rápidamente la cabeza. Fascinada, observó cómo se derrumbaba la pirámide entera de antitranspirantes bajo el peso de una niña que se estaba cayendo. La niña no se sujetó, como esperaba Tibby, sino que se desplomó en el suelo y su cabeza resonó hueca en el linóleo.

“Dios mío”, pensó Tibby, al acercarse corriendo a la niña. A Tibby le dio la impresión de que lo estaba viendo en televisión, no que lo estuviera viviendo en realidad. Los antitranspirantes rodaban en todas direcciones. La niña tenía tal vez unos diez años. Sus ojos estaban cerrados. El pelo rubio se desplegaba, por el suelo. ¿Estaba muerta? Tibby dudó presa del pánico. Se acordó de su auricular.

—¡Hola! ¡Hola! -gritó mientras apretaba varios botones, deseando saber cómo funcionaba.

Llegó corriendo hasta las cajas de delante.

—¡Emergencia! ¡Tenemos una emergencia en el pasillo dos! ¡Llama a una ambulancia! -ordenó. Rara vez decía tantas palabras seguidas sin una pizca de sarcasmo-. ¡Hay una niña inconsciente en el pasillo dos!

Tras asegurarse de que Brianna estaba llamando, Tibby volvió corriendo con la niña. Seguía tirada en el suelo, sin moverse. Tibby le cogió la mano. Buscó el pulso y sintió como si hubiera aterrizado de repente en una serie de urgencias en la televisión. El pulso latía. Alargó la mano para coger el monedero de la niña de su bolso y entonces se detuvo. ¿No se

suponía que no debías tocar nada hasta que llegara la policía? No, eso era si se había cometido un crimen. Estaba confundiendo las series de policías con las de médicos. Metió la mano y encontró el monedero. Quienes fueran los padres de aquella niña seguramente querrían saber que estaba tirada inconsciente en medio de Wallman's.

Había un carné de biblioteca. Una práctica tarjeta de horóscopo recortada de una revista. La foto de colegio de una niña dentada con el nombre de Maddie por detrás y un montón de besos y abrazos. Cuatro billetes de un dólar. Qué inutilidad más absoluta. Era exactamente el tipo de cosas que llevaba Tibby en su monedero cuando tenía su misma edad.

En ese momento tres tipos de urgencias llevando una camilla irrumpieron en el pasillo. Dos de ellos comenzaron a toquetear a la niña y el otro estudió un brazalete médico plateado que rodeaba su muñeca izquierda. A Tibby no se le había ocurrido comprobar su muñeca.

El tercero tenía preguntas que hacerle a Tibby.

—¿Qué ha pasado? -inquirió-. ¿Lo has visto?

—No exactamente -respondió Tibby-. Oí un ruido y me di la vuelta y la vi cayéndose sobre ese expositor. Se golpeó la cabeza contra el suelo. Supongo que se desmayó.

El de urgencias ya no estaba mirando a Tibby a la cara, sino al monedero que tenía en la mano.

—¿Qué es eso? -preguntó.

—Eh, ah, su monedero.

—¿Has cogido su monedero?

Los ojos de Tibby se abrieron como platos. De repente se dio cuenta de lo que parecía.

—Bueno, yo solo...

—Por qué no me lo devuelves -dijo el hombre despacio. ¿La estaba tratando como a una delincuente o estaba paranoica?

Tibby no tenía ganas de ponerlo en ridículo con su famosa verborrea. Tenía ganas de llorar.

—Quería encontrar su número de teléfono -explicó, entregándole el monedero bruscamente-. Quería decirle a sus padres lo que había pasado.

La expresión del hombre se suavizó.

—Por qué no te tranquilizas un poco mientras la montamos en la ambulancia. El hospital se ocupará de ponerse en contacto con sus padres.

Tibby agarró el monedero y siguió a los hombres y a la camilla hasta afuera. En unos segundos habían metido la camilla. Tibby adivinó por la mancha en los vaqueros de la niña y la humedad que había dejado que se había hecho pis encima. Volvió la cabeza rápidamente, como hacía siempre que veía llorar a un desconocido. Un desmayo y un golpe en la cabeza se podían presenciar sin problemas, pero aquello era demasiada información.

—¿Puedo ir yo? -Tibby no sabía por qué lo había preguntado.

Solo sabía que le preocupaba que la niña se despertase y no viera más que a los tremendos tipos de urgencias. Hicieron un hueco para que Tibby pudiera sentarse cerca de la niña. Estiró el brazo y cogió la mano de la niña. De nuevo, no estaba segura de por qué, a no ser porque tenía la impresión de que si ella estuviera en una ambulancia bajando a toda velocidad por Old Georgetown Road, querría que alguien le diera la mano.

En la intersección de Wisconsin y Bradley, la niña recobró el conocimiento. Miró a su alrededor parpadeando confusa. Estrechó la mano de Tibby y después miró a ver de quién era. Cuando vio a Tibby, puso cara de perplejidad y luego de escepticismo. Con los ojos muy abiertos la niña asimiló la identificación «¡Hola, soy Tibby!» y su bata verde. Después se giró hacia el tipo de urgencias que estaba sentado al otro lado de ella.

—¿Por qué me está cogiendo la mano la chica de Wallman's? -preguntó.

Llamaron a la puerta. Carmen miró hacia la puerta y se incorporó en la alfombra. Tenía la maleta abierta, pero no había sacado nada.

-¿Sí?

—¿Puedo pasar?

Estaba casi segura de que era Krista.

«No, no puedes.»

—Eh, sí.

La puerta se abrió tímidamente.

—¿Carmen? ¿Es, eh, hora de cenar? ¿Estás lista para bajar?

Únicamente se asomó la cabeza de Krista por la puerta. Carmen podía oler su brillo de labios. Sospechaba que Krista hablaba con un tono de interrogación constante. Incluso las afirmaciones le salían como preguntas.

—Bajo en un minuto -dijo Carmen.

Krista retrocedió y cerró la puerta.

Carmen se tumbó otra vez en el suelo un momento. ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Qué había ocurrido? Se imaginó a la Carmen del universo alternativo, mientras se zampaba una hamburguesa con su padre en un restaurante del centro, antes de retarlo a una partida de billar. Estaba celosa de esa Carmen.

Carmen se arrastró escaleras abajo y se sentó en su sitio en la recargada mesa. Más de un tenedor está bien en un restaurante, ¿pero en tu propio comedor? Había un juego de fuentes blancas con tapa que resultó que contenían todo tipo de comida casera. Chuletas de cordero, patatas asadas, calabacín y pimiento rojo frito, ensalada de zanahoria y pan caliente. Carmen dio un brinco cuando sintió la mano de Krista que tomaba la suya. La apartó bruscamente sin pensar.

Las mejillas de Krista enrojecieron.

—Perdona -murmuró-. Nos damos la mano para bendecir la mesa.

Carmen miró a su padre. Estaba alegremente cogido de la mano de Paul por un lado y por el otro le tendía la mano para coger la suya. “Eso es lo que hacen ellos. ¿Nosotros qué hacemos?”, quiso preguntar a su padre. “¿No se supone que también somos una familia?” Se sometió a cogerse de la mano y a una bendición desconocida. Su padre era el que se había negado a convertirse al catolicismo para complacer a los abuelos maternos de Carmen. ¿Ahora era el señor Bendición?

Carmen pensó con tristeza en su madre. Ahora su madre y ella bendecían la mesa, pero no lo hacían cuando su padre vivía aún con ellas.

Miró fijamente a Lydia. ¿Qué clase de poderes poseía esta mujer?

—Lydia, esto es fabuloso -comentó su padre.

—Es estupendo -apuntó Krista.

Carmen sintió que los ojos de su padre se posaban en ella. Debía hacer algún comentario. No lo hizo y siguió masticando.

Paul estaba callado. Miró a Carmen y después miró hacia abajo.

La lluvia azotaba la ventana. Los cubiertos chirriaban y los dientes masticaban.

—Bueno, Carmen -se aventuró Krista-. No te pareces en nada a lo que imaginaba.

Carmen tragó un bocado grande sin masticar. Aquello no ayudaba. Se aclaró la garganta.

—¿Quieres decir que parezco puertorriqueña? -fijó la mirada en Krista.

Krista soltó una risita ahogada y después dio marcha atrás.

—No, yo solo me refería a... ya sabes... tienes ¿ojos oscuros y pelo moreno y rizado?

“¿Y piel morena y un culo grande?”, estuvo a punto de añadir Carmen.

—Exacto -dijo Carmen-. Parezco puertorriqueña, como *mi* madre. Mi madre es de Puerto Rico. Es decir, hispana. Mi padre a lo mejor no lo ha mencionado.

El tono de Krista bajó tanto que Carmen ni siquiera estaba segura de si seguía hablando.

—No sé si él... -la voz de Krista se fue apagando y terminó articulando las palabras hacia su plato.

—Carmen tiene mi altura y mi talento para las matemáticas -apuntó su padre. Algo pobre, pero Carmen lo agradeció de todos modos.

Lydia asintió con seriedad. Paul tampoco dijo nada esa vez.

—Carmen -Lydia dejó su tenedor sobre el plato-. Tu padre me cuenta que eres muy buena jugando al tenis.

Carmen tenía la boca totalmente llena en ese momento. Dio la impresión de que tardaba unos largos cinco minutos en masticar y tragar.

—No juego mal -fue la gran recompensa a tanto masticar.

Carmen sabía que estaba siendo mezquina con sus cortas respuestas.

Podía haber dicho algo más o haber hecho una pregunta. Pero estaba enfadada. Estaba tan enfadada que no se entendía a sí misma. No quería que la comida de Lydia estuviera buena. No quería que a su padre le gustase tanto. No quería que Krista fuera como una muñequita con su chaqueta azul lavanda. Quería que Paul dijese algo en lugar de estar ahí sentado pensando que ella era una lunática estúpida. Odiaba a esas personas. No quería estar ahí. De pronto se mareó. Notaba que el pánico le atenazaba el estómago. El corazón le rebotaba irregularmente.

Se puso de pie.

—¿Puedo llamar a mamá? -le preguntó a su padre.

—Por supuesto -dijo él, levantándose también-. ¿Por qué no usas el teléfono de la habitación de invitados?

Se marchó de la mesa sin decir una palabra más y corrió escaleras arriba.

—Mamááá -le sollozó al teléfono un minuto más tarde.

Todos los días, desde que terminó el colegio, había apartado a su madre poco a poco, como preparando el verano con su padre. Ahora necesitaba a su madre y necesitaba que ella olvidase esos días.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Papá se va a casar. Ahora tiene toda una familia. Tiene una mujer y dos hijos rubios y una casa elegante. ¿Qué hago yo aquí?

—Oh, Carmen. Madre mía. Así que se va a casar, ¿eh? ¿Quién es ella?

Su madre no podía evitar que asomase un poco de su curiosidad entre su preocupación.

—Sí. En agosto. Se llama Lydia.

—¿Lydia qué?

—Ni siquiera lo sé -Carmen se tiró sobre la colcha de flores.

Su madre suspiró.

—¿Cómo son los hijos?

—No lo sé, rubios, callados.

—¿De qué edad?

Carmen no quería contestar a ninguna pregunta. Quería que la mimasen y se compadeciesen de ella.

—Adolescentes. El chico es mayor que yo. En realidad no lo sé exactamente.

—Pues debería habértelo dicho antes de que hicieras el viaje hasta allí.

Carmen detectó un tono de ira en la voz de su madre. Pero no quería preocuparse de ello en ese momento.

—No pasa nada, mamá. Me ha dicho que quería hablarlo en persona. Solo que... ya ni tengo ganas de quedarme aquí.

—Cariño, estás desilusionada porque no tienes a tu padre para ti sola.

Dicho así, Carmen no encontraba el resquicio apropiado para su indignación.

—No es eso -gimió-. Son tan...

—¿Qué?

—No me caen bien -el enfado de Carmen no le permitía expresarse.

—¿Por qué no?

—Porque no. Yo tampoco les caigo bien a ellos.

—¿Cómo lo sabes? -preguntó su madre.

—Lo sé -dijo Carmen hoscamente, odiándose porque se comportaba como una cría.

—¿Estás enfadada con esos desconocidos o estás enfadada con tu padre?

—No estoy enfadada con papá -dijo Carmen rápidamente, sin tomarse siquiera un momento para considerarlo. No era su culpa si se había enamorado de una mujer que tenía zombis por hijos y una habitación de invitados directamente sacada del hotel Holiday Inn.

Se despidió de su madre y prometió llamarla al día siguiente. Después se dio la vuelta y lloró por motivos que no comprendía del todo.

Una parte racional de su cerebro le decía que debía alegrarse por su padre. Había conocido a una mujer a la que quería lo suficiente para casarse. Ahora tenía una vida completa. Era, evidentemente, lo que él quería. Sabía que debía querer para él lo que él quisiera para sí mismo.

Pero todavía los odiaba. Y se odió a sí misma por odiarlos a ellos.

Despacio, Bridget se adentró en el agua templada. Miles de peces ballesta se abalanzaron en torno a sus tobillos.

—Me gusta Eric -le dijo a Diana, que estaba en el equipo cuatro-. ¿Te cambiarías conmigo? -no era la primera vez que se lo proponía.

Diana se rió de ella.

—¿Tú crees que se darían cuenta?

—Va a dirigir una carrera a las cinco -señaló Emily.

Bridget miró su reloj.

—Mierda, quedan cinco minutos.

—No pensarás ir en serio -dijo Diana.

Bridget ya estaba fuera del agua.

—Sí, me voy.

—Son diez kilómetros -apuntó Emily.

En realidad Bridget no había corrido ni un kilómetro en los últimos dos meses.

—¿Dónde se van a reunir?

—Junto a la caseta donde se guarda el material -dijo Emily mientras se adentraba en el agua.

—Hasta luego -gritó Bridget por encima del hombro.

En la cabaña se puso unos pantalones cortos de un tirón encima de la parte de abajo del biquini y se cambió la de arriba por un sujetador de deporte. Se puso calcetines y las zapatillas de correr. Hacía demasiado calor para

preocuparse de si era aceptable correr en sujetador y nada más.

El grupo ya había salido. Bridget tuvo que perseguirlos por un camino de tierra. Debía haberse tomado un minuto para estirar.

Había unos quince corredores. Bridget se quedó atrás el primer kilómetro o dos hasta que encontró su ritmo. Tenía las piernas largas y no cargaba ningún peso extra. Eso le hacía ser una buena corredora por naturaleza, incluso cuando no estaba en forma.

Avanzó hasta el centro del grupo. Eric se fijó en ella. Avanzó hasta acercarse a él.

—Hola. Me llamo Bridget -dijo.

—¿Bridget? -se dejó alcanzar.

—Pero la mayoría me llama Bi.

—¿Bi? ¿Como hace la abeja?

Ella asintió y sonrió.

—Yo me llamo Eric -se presentó.

—Lo sé -dijo ella.

El se volvió de frente al grupo.

—Vamos a hacer cuatro minutos y medio por kilómetro. Doy por sentado que tenemos buenos corredores en este grupo. Si os cansáis, simplemente bajad hasta vuestro propio ritmo. No espero que todo el mundo termine conmigo.

Qué horror. Cuatro minutos y medio por kilómetro. El camino era cuesta arriba. Bridget levantó el polvo del árido suelo. Pasadas las colinas, el terreno se allanaba otra vez. Corrieron a lo largo del cauce de un río, que no era más que un hilillo de agua en temporada seca.

Bridget estaba sudando, pero su respiración estaba bajo control. Se quedó delante con Eric.

—Me han dicho que eres de Los Angeles -dijo. Hay a quien le gusta hablar mientras corre. Otros lo odian. Ella estaba interesada en probar de qué tipo era.

—Sí -respondió.

Ya lo había asignado al tipo dos, cuando abrió la boca de nuevo.

—Pero he pasado mucho tiempo aquí.

—¿Aquí en Baja? -preguntó ella.

—Sí. Mi madre es mexicana. Es de Mulegé.

—¿Ah, sí? -preguntó Bridget, realmente interesada. Eso explicaba su aspecto-. Está a unos kilómetros al sur de aquí, ¿no?

—Justo -asintió él-. ¿Y tú?

—Soy de Washington. Mi padre es de Amsterdam.

—Vaya. Así que conoces el síndrome del padre extranjero.

Ella se rió, satisfecha con cómo marchaban las cosas.

—Lo conozco.

—¿Y tu madre?

Y aquí, sin avisar, se enfrentó directamente a una segunda prueba. Esa era una que habitualmente se reservaba para mucho más adelante, si podía.

—Mi madre... -¿Es? ¿Era? Aún estaba indecisa en cuanto al tiempo del verbo cuando se refería a ello-. Mi madre... era de Alabama. Murió.

Bridget había pasado cuatro años diciendo que su madre “había fallecido”, pero luego la expresión comenzó a molestarla en serio. No encajaba con lo que había ocurrido.

Él giró la cabeza y la miró de frente.

—No sabes cómo lo siento por ti.

Ella sintió que el sudor se secaba sobre la piel. Era de una sinceridad que desarmaba. Apartó la mirada. Por lo menos no había dicho “Lo siento”. De repente se sintió expuesta en su sujetador de deportes.

Con la mayoría de los chicos lograba evitar el tema indefinidamente. Había salido con algún chico durante varios meses y no había tenido esa conversación. Era extraño que con Eric hubiera surgido en los primeros dos minutos. Carmen lo tomaría como una señal de algo, pero claro, Carmen siempre estaba buscando una señal. Bridget nunca lo hacía.

—¿Vas a Columbia? -preguntó ella, dejando atrás su desasosiego en el camino.

—Sí.

—¿Te gusta?

—Es una universidad rara para un atleta. En los deportes no se hace mucho énfasis precisamente.

—Pero tiene un buen programa de fútbol, y los profesores, evidentemente, son buenos. Eso tuvo mucha importancia para mi madre.

—Tiene sentido -dijo ella. Su perfil era realmente bonito.

Estaba acelerando el ritmo. Ella se lo tomó como un reto. Siempre le divertía un reto.

Dio un vistazo atrás y comprobó que el grupo se había reducido bastante. Ella siguió a su lado, zancada a zancada. Le encantaba la sensación de tensión en los músculos, la euforia que acompañaba al creciente agotamiento.

—¿Cuántos años tienes? -preguntó él a bocajarro.

Ella esperaba poder esquivar ese tema con astucia. Sabía que era de las más jóvenes del campamento.

—Dieciséis -contestó. Pronto los cumpliría. ¿Acaso era un delito redondear al alza?-. ¿Y tú?

—Diecinueve -respondió.

No era una diferencia tan grande. Sobre todo si tuviera dieciséis años.

—¿Estás pensando ya en la universidad? -preguntó el.

—Quizá la Universidad de Virginia -dijo ella.

En realidad no tenía ni idea. La verdad es que el entrenador de la Universidad de Virginia ya había hablado con su entrenador del colegio. Bridget sabía que no tenía que preocuparse demasiado por la universidad,

aunque sus notas no fueran precisamente espectaculares.

Ahora ella estaba apurando el ritmo. Se encontraba bien y la emoción de estar tan cerca de Eric transmitía energía a sus músculos. Dieron la vuelta para terminar la carrera en la playa.

—Debes tomarte bastante en serio esto de correr -le dijo él.

Ella se *rió*.

—Hace meses que no corro.

Y con eso aceleró casi a tope. El resto del grupo se había quedado muy rezagado. Tenía curiosidad por ver si Eric mantendría su paso actual o si lo abandonaría para seguir a su lado.

Sintió el codo de Eric que rozaba el suyo. Bridget sonrió.

—Te echo una carrera -lo retó.

Corrieron a toda velocidad el kilómetro escaso de playa. Había tanta adrenalina en las venas de Bridget, que podría haber cubierto la distancia volando.

Se desplomó en la arena. El también.

—Creo que hemos batido un récord -dijo él.

Ella extendió los brazos, contenta.

—Siempre me motiva alcanzar mis objetivos.

Bridget se revolcó en la arena hasta quedar totalmente cubierta, como una rosquilla de azúcar. Él la miraba, riéndose.

El resto del grupo los alcanzaría en un par de minutos. Bridget se levantó y de una patada se quitó las zapatillas y los calcetines. No le quitó la vista de encima mientras se bajaba los pantalones cortos y descubría la parte de abajo del bikini, luego se sacó el elástico del pelo de un tirón. Mechones amarillos se quedaron pegados en su espalda y hombros sudorosos.

El apartó la vista.

—Vamos a nadar -propuso ella.

Él tenía ahora una expresión seria. No se movió.

Bridget no esperó a que lo hiciera. Se adentró unos cuantos metros y luego se zambulló. Cuando salió a la superficie, vio que él se había quitado la camiseta empapada. Ella no disimuló su mirada.

Eric se tiró al agua detrás de ella, como ella rogaba que hiciera. Pasó por su lado buceando y salió unos metros más allá.

Bridget levantó los brazos en el aire sin ningún motivo especial. Saltó una y otra vez en el agua, incapaz de contener su energía.

—Este es el mejor sitio del mundo.

El se rió otra vez, su seriedad ya había desaparecido.

Ella se sumergió en el agua y bajó como un plomo hasta el fondo arenoso. Despacio pasó junto a sus pies. Sin pensar, alargó una mano y le tocó el tobillo con un dedo, suavemente como un pez ballesta.

Cuando la vida te ofrece una
birria, di: "Sí, claro que me
gusta. ¿Qué más tienes?"

Henry Rollins

Cuando Lena entró en la cocina a la mañana siguiente para desayunar, solamente su abuelo estaba despierto.

—*Kalemera* -dijo ella.

Él asintió y parpadeó a modo de respuesta. Se sentó frente a él en la pequeña mesa de la cocina. El señaló una caja de Rice Krispies. A ella le encantaban esos cereales.

—*Efcharisto* -le dio las gracias, prácticamente agotado todo el griego que sabía. La abuela había dejado fuera cucharas y cuencos. Bapi le pasó la leche.

Comieron. Ella lo miró y él miró su desayuno. ¿Le molestaba que estuviera ella allí? ¿Le gustaba desayunar solo? ¿Estaba muy decepcionado porque ella no hablaba griego?

Él se preparó otro cuenco de cereales. Bapi era algo enjuto, pero obviamente tenía buen apetito. Era curioso. Al observar a Bapi, reconoció algunas de sus propias facciones. La nariz, por ejemplo. Casi todos los demás en su familia tenían la famosa nariz Kaligaris: su padre, su tía, Effie. La gran nariz prominente aportaba personalidad a todo el que la poseía. Por supuesto, su madre tenía una nariz diferente -una nariz Patmos-, pero incluso esa era bastante personal.

La nariz de Lena era pequeña, delicada, sin personalidad. Siempre se había preguntado de dónde había salido, pero ahora la veía en el centro de la cara de Bapi. ¿Quería eso decir que ella tenía la auténtica nariz Kaligaris? Desde que era pequeña había deseado secretamente tener la gran nariz de la familia. Ahora que veía de dónde era la suya, le gustaba un poco más.

Se obligó a apartar la vista de Bapi. Estaba haciendo, sin duda, que se sintiera incómodo. Definitivamente debía decir algo. Probablemente era muy violento por su parte estar ahí sentada y no decir nada.

—Voy a pintar un cuadro esta mañana -dijo. Gesticuló como si estuviera pintando.

Bapi pareció despertar de su ensueño de cereales. Lena conocía muy bien esa sensación. El arqueó las cejas y asintió. Si había entendido algo o no, ella no podía asegurarlo.

—Estaba pensando en bajar andando a Ammoudi. ¿Hay escalones todo el camino hasta abajo?

Bapi lo pensó y asintió. Ella notaba que quería volver a su contemplación de la caja de cereales. ¿Se había cansado de ella? ¿Acaso estaba enfadado?

—Bueno, pues, te veré luego. Que tengas un buen día, Bapi. *Andio*.

Subió las escaleras y metió sus útiles de pintura en la mochila con la

extraña sensación de que ella era Effie y que acababa de desayunar consigo misma.

Se puso los vaqueros con una arrugada camisa blanca de lino. Se echó la mochila sobre el hombro, con la paleta, el caballete plegable y las tablas.

Justo cuando alcanzó las escaleras, llegó Kostos a la puerta principal, con un plato de bollos recién horneados de parte de su abuela. La abuela lo abrazó, lo besó y le dio las gracias en un griego tan rápido que Lena no pudo reconocer una sola palabra.

La abuela divisó a Lena y en sus ojos apareció esa mirada. Rápidamente invitó a Kostos a pasar.

Lena deseó que Effie estuviera despierta. Se dirigió hacia la puerta.

—Lena, siéntate. Toma un bollo -ordenó la abuela.

—Me voy a pintar. Necesito empezar antes de que el sol esté muy alto y desaparezcan las sombras -alegó Lena. Técnicamente no era cierto, porque hoy iba a empezar un cuadro nuevo, con lo cual las sombras podían estar de cualquier manera.

Kostos también avanzó hacia la puerta principal.

—Tengo que irme a trabajar, Valia. Llego tarde.

La abuela se conformó con la idea de que al menos los dos tendrían que andar juntos hasta afuera. La abuela le guiñó un ojo a Lena, que cruzaba la puerta detrás de Kostos.

—Es un buen chico -le dijo en un aparte. Era el estribillo constante de la abuela.

—Te gusta pintar -observó Kostos una vez fuera bajo el sol.

—Sí, me encanta -dijo Lena-. Especialmente aquí.

No estaba segura de por qué había ofrecido el último comentario gratuito.

—Sé que esto es precioso -dijo Kostos pensativo, contemplando el agua centelleante-. Pero apenas lo veo. Este es el único paisaje que conozco.

Lena sintió que surgía en ella el deseo de una conversación de verdad. Le interesaba lo que él decía. Entonces pensó en su abuela, que probablemente los observaba por la ventana.

—¿Hacia dónde vas? -preguntó Lena. Era una trampa ligeramente cruel que estaba preparando.

Kostos la miró de lado, claramente intentaba determinar cuál sería la mejor respuesta. Prevalció la honestidad.

—Colina abajo. A la forja.

Muy fácil.

—Yo voy cuesta arriba. Hoy voy a pintar el interior.

Comenzó a andar cuesta arriba.

Él estaba evidentemente descontento. ¿Se había dado cuenta de que le había tendido una trampa? La mayoría de los chicos no eran tan sensibles al rechazo.

—Bueno -dijo él-. Que tengas un buen día.

—Tú también -replicó ella alegremente.

En cierto sentido, ir colina arriba era una lástima, porque ese día se había despertado con verdaderas ansias de pintar el cobertizo de los botes en Ammoudi.

Tíbba-dee:

Odiarías este sitio. Típicos americanos sanos haciendo deporte todo el día. Se pasan el día chocándola, incluso he visto un abrazo de grupo. No hay más que tópicos deportivos todo el día.

Casi te alegras de estar en Wallman' s, ¿verdad?

Es broma, Tib.

Por supuesto a mí me encanta. Pero todos los días que paso aquí, me alegro de que mi vida real no sea así, llena de gente como yo, porque entonces no os tendría a vosotras, ¿no?

Ah, estoy enamorada. ¿Te lo he contado ya? Se llama Eric. Es un entrenador y está 100% prohibido. Pero tú ya sabes cómo me pongo.

Quiere a tu BFF,

Bi

Cuando Tibby volvió a Wallman's descubrió dos cosas: primero, que había cometido una “falta merecedora de despido” al escaparse tanto tiempo durante su jornada (según le informó Duncan sin perder un instante). Tendría una última oportunidad, pero no iba a cobrar nada por la parte del día que trabajase. Tibby empezaba a pensar que iba a deber dinero a Wallman's al final del verano.

El segundo descubrimiento fue el monedero de la niña desmayada junto a su monedero en la bolsa de plástico transparente que había recibido por ser mal empleado. Oh, mierda.

Encontró el carné de biblioteca con el nombre de la niña: Bailey Graffman. Tibby salió a la cabina de teléfonos. En la guía telefónica aparecía,

gracias a Dios, un Graffman con dos “efes” en una calle cercana a Wallman's.

Tibby se montó otra vez en su bici y recorrió unas cuantas manzanas hasta casa de los Graffman. Una mujer, que supuso sería la señora Graffman, abrió la puerta.

—Hola, eh, me llamo Tibby y yo, eh...

—Tú eres quien encontró a Bailey en Wallman's -dijo la mujer con una expresión de agradecimiento.

—Sí. Bueno, resulta que había cogido su monedero para buscar información de contacto y, eh..., se me ha olvidado devolverlo -explicó Tibby-. Solo tenía cuatro dólares -añadió a la defensiva.

La señora Graffman miró a Tibby confusa.

—Ah. Sí. Por supuesto -entonces sonrió-. Bailey está arriba descansando. ¿Por qué no se lo das a ella? Estoy segura de que querrá darte las gracias personalmente.

—Arriba y de frente -informó la mujer, mientras Tibby subía los escalones sin mucho entusiasmo.

—Eh, hola -dijo Tibby torpemente desde la puerta.

La habitación estaba decorada con papel pintado de lazos y vaporosas cortinas amarillas, pero había pósteres de grupos de música de chicos a cada pocos metros.

—Soy, eh, Tibby. Yo...

—Tú eres la chica de Wallman's -dijo Bailey incorporándose.

—Sí -Tibby se acercó a la cama y le tendió el monedero.

—¿Me has robado el monedero? -demandó Bailey con ojos entornados. Tibby frunció el ceño. Qué cría más detestable.

—No te he robado el monedero. El hospital lo usó para ponerse en contacto con tus padres y yo lo guardé. De nada -lo lanzó sobre la cama.

Bailey lo agarró y lo abrió para contar los billetes.

—Creo que tenía más de cuatro dólares.

—Creo que no.

—Porque me los has quitado.

Tibby negó con la cabeza, incrédula.

—¿Estás bromeando? ¿Crees en serio que iba a robar tu dinero y después venir hasta aquí para traer tu patético monederito? ¿Qué hay que devolver además del dinero? ¿Tu horóscopo? ¿Vas a evitar una emergencia importante si no olvidas tu signo del Zodíaco?

Bailey parecía sorprendida.

Tibby se preocupó. Tal vez se había excedido.

Bailey, sin embargo, no se arredró.

—¿Y qué cosas importantes llevas en tu monedero? ¿Un carné para montar en bici? ¿Un carné de empleado de Wallman's? -dijo “Wallman's” con aún más desdén del que Tibby podía expresar.

Tibby parpadeó.

—¿Cuántos años tienes? ¿Diez? ¿Quién te ha enseñado a ser tan despiadada?

Las cejas de Bailey descendieron con furia.

—Tengo doce años.

Ahora Tibby se sentía peor. Siempre había odiado a la gente que asumía que tenía menos edad solo porque era bajita, delgada y con poco pecho.

—¿Y tú cuántos años tienes? -quiso saber Bailey. Tenía una mirada excitada y combativa-. ¿Trece?

—¡Bailey! Es hora de tomarte las pastillas -gritó la madre de Bailey al pie de las escaleras-. ¿Por qué no baja tu amiga?

Tibby miró alrededor. ¿Se suponía que ella era la “amiga”?

—Sí, claro -vociferó Bailey a su vez. Parecía divertida-. ¿Te importa?

Tibby negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Teniendo en cuenta cómo agradeces los favores.

Tibby bajó a regañadientes mientras se preguntaba qué demonios hacía allí.

La señora Graffman le entregó un vaso alto de zumo de naranja y un vaso pequeño de papel lleno de pastillas.

—¿Va todo bien allí arriba? -preguntó.

—Eh, supongo -respondió Tibby.

La señora Graffman escudriñó la cara de Tibby por un momento.

—A Bailey le gusta poner a prueba a la gente -comentó sin venir a cuento.

“A Tibby le gusta poner a prueba a la gente.” Era escalofriante. ¿Cuántas veces había oído decir a su madre esas mismas palabras?

—Estoy segura de que es a causa de su enfermedad.

Tibby no pensó antes de preguntar.

—¿Qué enfermedad?

La señora Graffman se sorprendió de que Tibby no lo supiera.

—Tiene leucemia.

La señora Graffman lo dijo como si intentara darle la mayor naturalidad. Como si hubiera dicho esa palabra un *millón* de veces y ya no le asustara. Pero Tibby pudo ver que sí le asustaba.

Tibby tuvo la sensación de que se hundía. La señora Graffman la observaba con demasiada intensidad, como si Tibby pudiera decir algo importante.

—Lo siento mucho -murmuró con rigidez.

Tibby se obligó a subir las escaleras de nuevo. Había algo demasiado triste en la mirada inquisitiva de una madre con un hijo enfermo.

Se detuvo ante la puerta de Bailey, creando oleaje en el zumo de naranja, reprochaba los comentarios mezquinos que había hecho. De acuerdo, Bailey había empezado, pero Bailey tenía leucemia.

Bailey estaba ahora erguida sentada en la cama, impaciente por volver a la batalla.

Tibby fijó algo que se aproximaba a una insulsa sonrisa amistosa en su rostro. Le entregó a Bailey sus pastillas.

—¿Así que mentiste sobre tu edad en Wallman's para conseguir el trabajo? ¿La edad mínima no son quince años? -preguntó Bailey.

Tibby se aclaró la garganta, con cuidado para evitar que decayera su sonrisa.

—Sí. Y en realidad tengo quince años.

Bailey estaba claramente enfadada.

—No aparentas quince años.

La sonrisa era forzada. Tibby no recordaba la sensación que producía una sonrisa normal. La suya probablemente se había degradado hasta convertirse en una mueca.

—Supongo que no -dijo Tibby en voz baja. Estaba deseando marcharse.

Los ojos de Bailey se llenaron de repente de lágrimas. Tibby apartó la mirada.

—¿Te lo ha dicho, verdad? -demandó Bailey.

—¿Me ha dicho qué? -preguntó Tibby a la manta y se odió por fingir que no lo sabía cuando lo sabía perfectamente. Odiaba a la gente que hacía eso.

—¡Qué estoy enferma! -la expresión bravucona de Bailey estaba aguantando tan bien como la sonrisa amistosa de Tibby.

—No -murmuró Tibby, odiando su propia cobardía.

—No pensaba que fueras una mentirosa -le soltó Bailey.

Los ojos de Tibby buscaban cualquier destino que no fuera la cara de Bailey y se posaron sobre un pedazo de tela de redecilla con una aguja pinchada y una hebra de lana roja encima de la colcha de Bailey. Cuidadosas puntadas formaban las palabras TU ERES MI. ¿Qué? ¿Sol? A Tibby se le antojó trágico y algo patético.

—Mejor me voy -dijo Tibby casi en un susurro.

—Estupendo. Vete -replicó Bailey.

—De acuerdo. Nos vemos -dijo Tibby automáticamente. Avanzó arrastrando los pies hacia la puerta.

—Bonita bata -Bailey prácticamente lo escupió a su espalda.

—Gracias -se oyó decir Tibby en su huida.

Querida Carmen:

Algún verano quisiera que viniéramos aquí todas juntas. Sería la mayor sensación de felicidad feliz que me puedo imaginar. El primer día bajé como un millón de escalones por el acantilado a un pueblo de pescadores llamado Ammondi, en la Caldera. Caldera quiere decir "caldero". Es un masa de agua que se llenó cuando un volcán monstruoso explotó y hundió la mayor parte de la isla. Después de pintar unos

preciosos botes griegos, el calor ya era como un horno, así que me desvestí hasta quedarme en bañador y me tiré al agua fría y transparente.

He pintado un cuadro para ti. Es la torre del campanario aquí en Oia. Mi tímido abuelo, que no habla inglés, se acercó y estudió el cuadro durante largo rato. Asistió en señal de aprobación, muy mono.

Effie y yo fuimos en moto a Fira, el pueblo más grande de la isla, y bebimos un café increíblemente fuerte en un café con mesas fuera. Las dos terminamos con los nervios de punta por la cafeína. Yo me quedé ansiosa y callada, y Effie coqueteó escandalosamente con los camareros e incluso con algunos transeúntes.

Hay un chico que se llama Kostos. Pasa delante de nuestra casa unas seis veces al día. Todo el rato intenta atraer mi atención y empezar una conversación, pero yo no le doy juego. La mayor ilusión de mi abuela sería que nos enamoráramos. ¿Qué puede haber menos romántico?

Aparte de eso, no ha pasado nada realmente importante. Nada lo bastante importante para los pantalones. Todavía están aquí esperando tranquilamente.

Estoy impaciente por recibir una carta tuya. El correo es aquí tan lento. Quisiera tener un ordenador. Espero que Al y tú lo estéis pasando muy bien.

Con cariño,

Lena

«¿Qué estoy haciendo aquí?» Carmen miró en torno a la ruidosa habitación. Ni un solo ruido o cara se distinguía en sus oídos ni a sus ojos. Vio a los típicos adolescentes de Carolina del Sur.

Krista estaba charlando con sus amigas en el jardín de atrás. Paul se estaba haciendo el importante con la tía buena de su novia y sus amigos deportistas. Carmen estaba sola junto a la escalera, ni siquiera le preocupaba parecer una colgada.

Se sentía extrañamente insensible e invisible. No era solo que echase de menos a sus amigas; comenzaba a dudar de si las necesitaba a su alrededor para sentir sencillamente que existía.

Lydia y su padre tenían entradas para un concierto de música de cámara. (Por cierto que su padre odiaba la música clásica.) Creían que el hecho de que Carmen fuera a una “fiesta divertida” con Krista y Paul lo arreglaría todo. Incluso una chica huraña que había pasado los últimos cuatro días de morros en la habitación de invitados no se podía resistir a una «fiesta divertida». Su padre estaba tan deprimentemente esperanzado con la idea, que había ido. ¿Qué importaba?

Un chico bajo rozó su hombro.

—Perdón -se excusó al derramar la mitad de la cerveza de su vaso de plástico en la moqueta. Se paró y la miró-. Hola -dijo.

—Hola -musitó Carmen.

—¿Quién eres? -preguntó. La miró al pecho, como si dirigiera allí la pregunta.

Ella cruzó los brazos.

—Soy, eh... Krista y Paul Rodman son... Su madre es mi...

Los ojos del chico ya se habían apartado de ella. No se molestó en

terminar la frase. ¿A quién le importaba?

—Hasta luego -dijo ella y se alejó.

De pronto se encontró de pie al lado de Paul. Aquello era lamentable. El le hizo un gesto con la cabeza. Tenía una Coca-Cola en la mano. Probablemente estaba entre una cerveza y otra.

—¿Conoces a Kelly? -preguntó.

El brazo de Kelly serpenteaba alrededor de la cintura de Paul. Era tan atractiva que llegaba a resultar fea. Sus pómulos eran demasiado prominentes, sus ojos estaban demasiado separados y le sobresalía la flaca clavícula.

—Hola, Kelly -dijo Carmen con aburrimiento.

—¿Y tú quién eres? -preguntó Kelly.

—Soy Carmen -comprendió que Kelly se sentía amenazada porque Paul conocía a una chica que ella no conocía. Y teniendo en cuenta que Paul decía un total de siete palabras al día, lo más probable es que no le hubiera explicado a Kelly que había una chica viviendo en su casa-. Vivo en casa de Paul -comentó, solo por hacerse la retorcida.

Las finas cejas de Kelly ascendieron hasta el nacimiento del pelo. Entonces Carmen se alejó.

—Voy a buscar algo de beber -murmuró, mientras le lanzaba miradas insinuantes a Paul.

Pobre Paul. Para explicar eso iba a necesitar las palabras de todo un año.

He visto el futuro y es como el presente, solamente que más largo.

Dan Quisenberry

—¿Tibby, le cortas el pollo a Nicky? —pidió la madre de Tibby.

Normalmente Tibby habría protestado, pero esa noche se inclinó y lo hizo. Nicky agarró su cuchillo.

—¡Yo *quero* cortar! ¡Yo *querol*

Pacientemente, Tibby desenroscó sus gordos dedos pringosos del cuchillo de la mantequilla.

—Los niños pequeños no usan cuchillos, Nicky -dijo Tibby en una cantinela que sonó exactamente igual que su madre.

Nicky expresó sus sentimientos cogiendo dos puñados grandes de espaguetis y tirándolos al suelo.

—¡Quítaselo! -ordenó su madre.

Tibby lo hizo. Siempre llegaba ese punto en la cena en el que Nicky comenzaba a tirar su comida al suelo. El truco consistía en encontrar el momento de quitarle el plato.

Tibby contempló con tristeza los espaguetis en la moqueta sintética lavable de color azul. Era tan resistente a las manchas que Tibby sospechaba que estaba hecha de plástico. Antes había una alfombra de esparto que picaba cuando la pisabas. Antes había candeleros mexicanos y un salero y un pimentero de arcilla que había hecho la propia Tibby. Ahora había unos comprados. Tibby no podía asegurar exactamente qué día desaparecieron su salero y su pimentero, pero podía

situar la época. Fue poco después de que su madre dejase de ser escultora y se presentase a un examen para convertirse en agente inmobiliario.

—¡*Yugur!* ¡Quero *yugurl* -exigió Nicky.

La madre de Tibby suspiró. Estaba dando un biberón de leche a una dormidísima Katherine.

—¿Tibby, te importaría darle un yogur? -le pidió cansada.

—Todavía estoy comiendo -protestó Tibby.

Especialmente en las noches en que su padre trabajaba hasta tarde, su madre esperaba la participación de Tibby como coprogenitor. Como si Tibby hubiera decidido tener los niños con ella. Era irritante.

—Estupendo.

La madre de Tibby se levantó y plantó a Katherine en el regazo de su hija mayor. Katherine comenzó a llorar. Tibby le metió otra vez el biberón en la boca.

Cuando Tibby era pequeña, su padre había trabajado de periodista, de

abogado de oficio y por poco tiempo en la agricultura ecológica, y siempre estaba en casa a la hora de cenar. Pero después de que su madre comenzara a pasar el tiempo en las casas grandes y limpias de otra gente, y viese todas las cosas bonitas que tenían, su padre comenzó a ejercer de abogado en un despacho privado y ahora solamente llegaba a casa a cenar la mitad de las noches. A Tibby le parecía una falta de planificación aquello de tener más niños y ya nunca estar en casa.

Antes sus padres hablaban de simplicidad constantemente, pero en la actualidad daba la impresión de que pasaban todo el tiempo comprando cosas nuevas que apenas tenían tiempo para usar.

Nicky estaba enterrando ambas manos en el yogur; después se chupaba los dedos. La madre de Tibby le arrebató el yogur y Nicky empezó a berrear.

Tibby había pensado mencionarle a su madre lo de Bailey y la leucemia, pero como de costumbre, era difícil encontrar un hueco para cualquier conversación.

Subió a su habitación y recargó las baterías de la cámara. Contempló su ordenador dormido, el botón de encendido parpadeaba bajo la cinta aislante como un latido lento.

Por lo general, su ordenador estaba relampagueando y runruneando toda la tarde mientras mandaba mensajes a sus amigas. Esa noche estaban todas muy lejos. En cierto modo la cinta aislante parecía una mordaza sobre la boca del ordenador.

—Oye, Mimi -dijo. Mimi estaba dormida. Tibby añadió comida al plato de Mimi y cambió el agua. Mimi siguió durmiendo.

Luego, cuando Tibby comenzó a adormilarse con la luz encendida y la ropa todavía puesta, sus pensamientos se desataron, como solía ocurrirle, y pensó en pañales geriátricos y antitranspirante y toallas húmedas esterilizadas y jabón antibacterias y *protege-slips* extraabsorbentes y en Bailey tirada en un revoltijo en el suelo.

—Ahí está tu novio -dijo Diana al ver a Eric, que llegaba dando zancadas a la terraza.

Bridget clavó en él su mirada. «Tú, levanta la vista.»

Lo hizo. Luego miró hacia otro lado tan rápido que fue casi halagador. Se había fijado en ella, desde luego.

Ocupó una silla al otro lado de la terraza. Bridget atacó su lasaña. Estaba muerta de hambre. Le encantaba la comida tipo cafetería de colegio servida en grandes cantidades. Era una de sus rarezas.

—Probablemente tiene una novia en Nueva York -dijo una chica que se llamaba Rosie.

—Eso ya lo veremos -replicó Bridget provocativa.

Diana le dio un codazo.

—Bridget estás loca.

Emily negaba con la cabeza.

—Déjalo. Te meterás en un lío enorme.

—¿Y quién va a ir contándolo? -preguntó Bridget.

Diana puso su cara de Sigmund Freud.

—De todas formas, meterse en líos es un poco de lo que se trata, ¿no?

—Por supuesto que no se trata de eso -respondió Bridget irascible-. ¿Le habéis dado un buen vistazo a ese tío?

Bridget se levantó y se acercó a la mesa del bufé para servirse otro plato de lasaña. Dio una vuelta innecesaria con el fin de pasar al lado de Eric. Sabía que sus amigas estaban mirando.

Se paró justo detrás de él. Esperó a una pausa en la conversación que tenía con Marci, su ayudante. Se inclinó hacia delante. El sitio era ruidoso, así que era perfectamente comprensible que se acercase a su oído. Una cortina de pelo cayó hacia delante cuando se inclinó y rozó su hombro.

—¿A qué hora es el partido de prueba? -preguntó ella.

Él apenas se atrevió a girar la cabeza.

—A las diez.

Lo estaba poniendo nervioso.

—De acuerdo. Gracias -se irguió de nuevo-. Os vamos a machacar a todos.

Entonces sí se dio la vuelta para mirarla, sorprendido y casi enfadado. Inmediatamente vio en su expresión que bromeaba.

—Eso lo veremos.

Por lo menos sonreía.

Bridget se deslizó hacia la mesa de la comida, permitiéndose una mirada rápida a sus impresionadas amigas.

—Ja -movió los labios en silencio.

Querida Carmen:

Las chicas de la cabaña han aumentado mis probabilidades con Eric a un 40/60. Estoy siendo una ligona y muy mala. Te reirías. ¿Qué puede hacer una chica desterrada a miles de kilómetros de distancia junto al océano?

Ayer fuimos de excursión al pueblo más cercano, Mulegé. Es donde nació la madre de Eric. Vimos una misión grande y una cárcel que se conoce como cárcel sin cerraduras. Dejan a los

prisioneros trabajar en el campo durante el día y volver a sus celdas para dormir por la noche.

Espero que lo estés pasando bien con Al.

Con cariño, Bi.

A Lena le quedaba un día más de pantalones y tenía que aprovecharlos. Hasta ahora había sido, como de costumbre, una sosa: solitaria y amante de la rutina, evitaba cuidadosamente cualquier camino que pudiera llevar a la interacción humana espontánea. Era, en general, una pésima primera beneficiaria de los pantalones vaqueros compartidos.

Ese día, sin embargo, tendría una aventura. Haría algo. No decepcionaría a sus amigas. Ni a los vaqueros. Ni a sí misma, pensándolo bien.

Andando, subió y subió hasta coronar la cima del acantilado y llegar al terreno llano en la cumbre. Arriba estaba mucho más despejado. A lo lejos se elevaban unas colinas, que probablemente delimitaban otro acantilado aún más alto que caía en picado al mar. Pero allí el terreno era amable. Aunque era árido, los acantilados rocosos se allanaban en extensos viñedos y praderas verdes. El aire parecía más caliente y el sol aún más fuerte.

«Estos vaqueros dan suerte», pensó aproximadamente un kilómetro más adelante, cuando se encontró una pequeña y exquisita arboleda. Era un olivar perfecto, árboles con brillantes hojas verde plateado. Las aceitunas eran pequeñas y duras, todavía recién salidas. En un extremo descubrió una pequeña laguna alimentada por un manantial. Era un lugar tan privado, tan silencioso, tan increíble que daba la impresión de ser suyo, como si ella fuera la primera persona que lo hubiera descubierto. Como si nunca hubiera existido hasta que llegó ella con los pantalones mágicos. Inmediatamente montó su caballete y empezó a pintar.

Cuando el sol llegó a lo alto del cielo, Lena ya estaba bañada de pies a cabeza en sudor salado. El sol pegaba tan fuerte que la mareaba. El sudor le caía desde su espeso pelo oscuro hasta el cuello y las sienes. Se lamentó de no haber traído un sombrero. Echó un vistazo anhelante a la laguna. Sobre todo se lamentó de no haberse acordado de traer su bañador.

Miró alrededor. No había nadie hasta donde le alcanzaba la vista. No distinguía ni una sola casa o granja. Sintió un pequeño riachuelo de sudor que recorría su columna. Tenía que meterse en el agua.

Tímida incluso consigo misma, Lena se quitó la ropa despacio. «No me puedo creer lo que estoy haciendo.» Se desvistió hasta quedarse en sujetador y bragas, y tiró su ropa haciendo un montón. Pensó en meterse en el agua con ropa interior, pero eso parecía realmente mojigato. Miró los vaqueros. La

desafiaron a desnudarse deprisa.

—Ahhhhhhhh -dijo Lena al adentrarse en el agua.

Resultaba gracioso oír su voz en alto. Sus pensamientos e impresiones, por lo general, subsistían tan profundamente en su interior, que rara vez salían a la superficie sin un esfuerzo deliberado. Incluso cuando veía algo realmente gracioso en televisión, nunca se reía en alto cuando estaba sola.

Se hundió entera bajo el agua y después volvió a salir. Flotó lánguidamente, solo la cara sobre la superficie. El sol le calentó las mejillas y los párpados. Chapoteó un poco, disfrutando del roce del agua por todo el cuerpo.

«Este es el momento más sublime de mi vida», decidió. Se sentía como una antigua diosa griega, sola bajo el sol.

Dejó que los brazos flotaran a cada lado, inclinó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y levitó, todos los músculos sueltos y relajados. Se quedaría así hasta que se pusiera el sol, hasta que volviera a salir, hasta el mes de agosto, hasta siempre tal vez...

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron al oír el rumor de la hierba. En una fracción de segundo sus pies encontraron el pedregoso fondo de la laguna y se puso de pie.

Dejó de respirar. Había alguien. Vio la sombra de una figura, oculta detrás de un árbol. ¿Era un hombre? ¿Un animal? ¿Había animales salvajes come-hombres en Santorini?

Su paz estaba rota, quebrada en pedazos. Sintió que el corazón casi se le salía del pecho de un salto.

El miedo le dijo que hundiera el cuerpo bajo el agua otra vez, pero un miedo mayor le dijo que saliera corriendo. Se arrastró a sí misma fuera del agua. La figura apareció.

Era Kostos.

Ella se quedó mirando directamente a Kostos y, mucho peor, Kostos se quedó mirándola a ella directamente. Estaba tan aturdida que tardó un momento en reaccionar.

—¡K-Kostos! -gritó, su voz un chillido desgarrado-. Qué haces...

—Lo siento -dijo él. Debía haber apartado la vista, pero no lo hizo.

En tres pasos Lena llegó hasta su ropa. La agarró y se tapó con el bulto.

—¿Me has seguido? -casi gritó-. ¿Me has estado espiando? ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Lo siento -dijo él otra vez, y murmuró algo en griego. Se dio la vuelta y se alejó andando.

—Todavía empapada, Lena se puso la ropa de cualquier manera. En una tempestad furiosa lanzó sus útiles de pintura dentro de la mochila y probablemente hizo que se corriera la pintura del cuadro. A zancadas cruzó el prado hacia el acantilado, demasiado furiosa para enlazar sus ideas.

¡La había estado siguiendo! Y si él... Llevaba los pantalones del revés. ¡Cómo se atrevía a quedarse mirando de esa manera! Iba a...

Se dio cuenta, cuando se acercaba ya a la casa, que se había abrochado la camisa dos botones más arriba, y que entre el agua de la laguna y el sudor, la tenía pegada al cuerpo de forma casi obscena.

Entró en casa dando un portazo y tiró su mochila al suelo. La abuela salió disparada de la cocina y dio un grito ahogado al verla.

—Lena, sol, ¿qué te ha pasado?

La cara de la abuela estaba llena de preocupación y eso le provocó a Lena ganas de llorar. Le tembló la barbilla como hacía cuando tenía cinco años.

—¿Qué? ¿Dime? -preguntó la abuela, que contemplaba los pantalones de Lena del revés y la camisa mal abrochada con grandes ojos confusos.

Lena farfulló buscando las palabras. Intentó controlar una o dos de las ideas que daban vueltas por su cabeza.

—¡K-Kostos *no* es un buen chico! -exclamó por fin, llena de rabia temblorosa.

Después subió a su habitación hecha una furia.

A veces eres el parabrisas, a veces eres el mosquito.

Mark Knopfler

Carmen observó a Krista, que luchaba con sus deberes en la mesa de la cocina. Estaba haciendo un curso de refuerzo en geometría. Carmen tenía la impresión de que Krista no iba a entrar en un club de superdotados ni nada por el estilo.

—¿Estás casi lista? -le gritó su padre desde el dormitorio, donde se estaba vistiendo para jugar al tenis.

—Sí, casi -contestó Carmen. Llevaba lista unos veinte minutos.

Krista no paraba de borrar. Constantemente soplabla trocitos de goma roja sobre el papel repleto de marcas. Era como una niña pequeña. Carmen sintió una punzada de compasión por ella y en seguida la rechazó. No pudo evitar dar un vistazo a los problemas en la hoja de Krista. Ella había dado geometría en noveno, como buena empollona de matemáticas, y era probablemente la clase que más le había gustado. Krista estaba atascada con un ejercicio. Carmen sabía, solo con mirar a través de ojos entornados desde el otro lado de la mesa, exactamente cómo hacerlo con el mínimo de pasos. Sus ansias por hacer ese ejercicio le parecía una extraña sensación. Sus dedos prácticamente se estremecían por coger el lápiz.

Oía a Lydia parlotando por teléfono en la sala de estar con su tono de boda. Eran los del *catering*, adivinó Carmen, porque Lydia continuamente mencionaba «suflés en miniatura».

—¿Lista? -le preguntó su padre, que apareció en la puerta de la cocina con su camiseta Williams y sus pantalones cortos de tenis de color blanco.

Carmen se levantó, su espíritu se elevó. Aquello era lo primero que iba a hacer con su padre en los cinco largos días que llevaba allí. Casi tenía la absurda sensación de que era un privilegio tenerle todo para ella.

Dejó la casa con un suspiro, solo lamentaba abandonar el ejercicio de geometría.

No fue hasta después de salir por la puerta cuando se le ocurrió que si Krista no fuese Krista, si no tuviese ninguna relación con su padre, le habría preguntado si necesitaba ayuda.

Querida BÍ:

Skeletor estuvo de visita esta tarde otra vez. Pasa aquí casi todo el tiempo que Paul está en casa. Es bastante triste que mi única alegría en la vida sea atormentar a esa tonta. Hoy me he puesto unos

pantalones cortos y una camiseta de tirantes recortada y he llamado a la puerta de Paul para pedirle prestado su cortaúñas. Está claro que Paul me odia profundamente, aunque nunca dice nada, así que es difícil asegurarlo. La idea de que yo le pudiera parecer atractiva a Paul y ser una amenaza para su felicidad y la de Skeletor es absurda. Pero ella no lo sabe.

Mucho cariño de tu malvada amiga, que tiene una pequeña parcela del corazón disponible para echar de menos desesperadamente a sus amigas.

Carmen

Por algún motivo incomprensible, Bailey se presentó en Wallman's al día siguiente.

—¿Qué haces aquí? -preguntó Tibby, olvidándose por un momento de ser amable.

—He pensado en darte otra oportunidad -dijo Bailey.

Vestía unos pantalones estilo cargo casi idénticos a los que se había puesto Tibby el día anterior. Llevaba una sudadera con capucha y un rastro de lápiz de ojos negro. Era evidente que intentaba parecer mayor.

—¿Qué quieres decir? -preguntó Tibby tontamente, de nuevo molesta consigo misma por su rápida disposición para la mentira.

Bailey puso los ojos en blanco, fastidiada.

—Otra oportunidad para no ser una imbécil.

A pesar de que no era su intención, Tibby montó en cólera.

—¿Quién es la imbécil aquí? -saltó.

Bailey sonrió.

—¿Oye, esa bata es el tipo de artículo de talla única que vendéis?

—Sí, ¿te la quieres probar? -ofreció Tibby, divertida por la expresión juguetona de Bailey.

—No. Es lo más feo que he visto -comentó Bailey.

Tibby se rió.

—Es de doble forro. Está hecha de petróleo.

—Qué bien. ¿Necesitas ayuda con eso? -preguntó Bailey.

Tibby estaba apilando cajas de tampones.

—¿Estás intentando conseguir trabajo en Wallman's?

—No. Pero siento haber destrozado el expositor de desodorante.

—Antitranspirante -puntualizó Tibby.

—Ya -dijo Bailey. Comenzó a apilar cajas-. Y ¿alguna vez te quitas la bata o la llevas todo el día?

Tibby se enfadó. No podía aguantar muchas más burlas acerca de la bata.

—¿Quieres dejar la bata tranquila? -dijo irritada. Estuvo tentada de sacar el tema del *petit point*. Su madre hacía *petit point* desde hacía tiempo.

Bailey tenía aspecto de sentirse satisfecha.

—¿Te puedo invitar a un helado o a otra cosa cuando termine tu turno de trabajo? -se apartó el pelo de los ojos-. Ya sabes, para agradecerte que no robaras todo mi dinero.

Tibby no quería quedar con una niña de doce años. Por otro lado, no creía que pudiera negarse.

—Sí, supongo.

—Estupendo -dijo Bailey-. ¿A qué hora?

—Salgo a las cuatro -respondió Tibby sin entusiasmo.

—Luego vuelvo -se ofreció Bailey. Se dio la vuelta para marcharse-. ¿Estás siendo simpática conmigo solo porque tengo cáncer? -preguntó por encima del hombro.

Tibby lo pensó un momento. Podía mentir más. Podía no mentir. Se encogió de hombros.

—Sí, supongo que sí.

Bailey asintió.

—Bueno.

Tibby aprendió rápidamente las reglas del juego de Bailey. No era difícil. Solamente eran dos: 1) No mentir. 2) No preguntar cómo estaba.

Aparte de eso, la conversación sobre brownies con helado y salsa de chocolate dio para mucho. Tibby se encontró hablando con un interés y una franqueza desacostumbrados sobre la película que estaba planificando. Bailey se comportó como si la fascinase, y Tibby no era inmune a una persona que creía que ella era superenrollada.

Le hizo a Tibby dudar de sí misma -tal vez echaba de menos a sus amigas aún más de lo que pensaba. ¿Estaba tan sola que se abriría a cualquier niña irritante de doce años?

Bailey, al parecer, tuvo la misma sospecha.

—¿Tienes amigas? -le preguntó en un momento dado.

—Sí -dijo Tibby a la defensiva. Pero cuando comenzó a describir a sus tres fabulosas amigas, guapísimas e increíbles, y los sitios alucinantes en donde pasaban el verano, se dio cuenta de que en realidad parecía que se las estaba inventando.

—¿Dónde están tus amigos? -quiso saber Tibby por fin, devolviéndole la pelota a Bailey.

Bailey parloteó un rato sobre Maddie, que vivía ahora en Minnesota, y sobre alguien más.

Tibby levantó la vista en cierto momento y vio a Tucker Rowe de pie en la barra. El corazón le empezó a latir más rápido. ¿Era él el único de su clase que se había quedado en casa ese verano aparte de ella? Ya había descubierto que trabajaba en una tienda de discos de sellos independientes de

supermoda, la cual compartía aparcamiento con Wallman's. Estaba cuatro tiendas más allá, pasado un Burger King, una pizzería y una tienda de animales, así que encontrárselo no estaba asegurado. Pero era muy probable. Ya había ocurrido una vez.

Algunas personas se desviven por encontrarse con quien les gusta. Tibby hacía todo lo que podía para evitarlo. Había comprobado que, casi siempre, Tucker aparcaba detrás del centro comercial. Por lo tanto, ella siempre se preocupaba por aparcar su bici delante. Y al parecer su estrategia funcionaba bien. Con la excepción de esa ocasión, en esa heladería, que se encontraba al otro lado de la tienda de animales. Tibby se reprochó en silencio la mala planificación.

Tucker tenía el ceño ligeramente fruncido y la cara arrugada, lo que le daba aspecto de recién levantado. Probablemente pasaba toda la noche en un bar, mientras ella descansaba para su próxima jornada en Wallman's. Confiaba en que tomase a Bailey por su hermana pequeña y no por su nueva mejor amiga.

—¿Por qué pones esa cara?

Tibby fulminó a Bailey con la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, metiendo las mejillas para adentro -Bailey exageró la imitación.

Tibby sintió calor en la cara.

—No hacía nada.

¿Cuándo había empezado Tibby a mentir? Se enorgullecía de ser directa, especialmente consigo misma. Pero Bailey era despiadadamente directa, mucho más que Tibby, y eso llevaba a Tibby a esconderse y encogerse, justo de lo que Tibby acusaba a otras personas.

Bailey no había terminado todavía. Sus ojos de águila recorrieron la entrada de la heladería.

—¿Te gusta ese?

Tibby estuvo a punto de fingir que no sabía a quién se refería, pero se contuvo.

—No está mal -accedió incómoda.

—¿Tú crees? -Bailey parecía dudar-. ¿Qué te gusta de él?

—¿Qué me gusta de él? -Tibby se enfadó-. Míralo.

Bailey lo miró fijamente sin disimular. Tibby se avergonzó, a pesar de que odiaba toda la tontería de las risitas y el «que no se dé cuenta de que estamos mirando».

—Yo creo que tiene pinta de estúpido -proclamó Bailey.

Tibby puso los ojos en blanco.

—¿Eso crees, eh?

—¿En serio cree que esos pendientes son chulos? Y, no sé, mira el pelo. ¿Cuánto fijador puede llevar en ese pelo?

Tibby nunca había pensado que en realidad Tucker dedicaba un tiempo a intentar lograr el aspecto que tenía. Era verdad que la altura de su pelo no parecía ser casualidad. Aun así, no quería reconocérselo a Bailey.

—Eh, no te ofendas, Bailey, pero tienes doce años. Todavía ni has llegado a la pubertad. Me disculparás si no acepto tu testimonio experto acerca de los chicos -dijo Tibby con superioridad.

—No me ofendo -replicó Bailey, que evidentemente se estaba divirtiendo-. Te diré una cosa. Encontraré un chico que *merezca* la pena algún día y tú me dirás si no estás de acuerdo.

—Muy bien -dijo Tibby, segura de que no iba a pasar el tiempo suficiente con Bailey para darle la oportunidad de identificar a ese chico que merecía la pena.

—Oh, oh -Diana levantó la vista de su libro-. Bi tiene su cara de pirata.

—No es verdad -protestó Bridget, aunque era completamente cierto.

Ollie estaba sentada en su cama con las piernas cruzadas. Muchas chicas de la cabaña ya se habían puesto el camisón.

—¿Quieres asaltar la cabaña de los entrenadores? -preguntó Ollie.

Bridget arqueó las cejas interesada.

—De hecho, eso suena interesante, pero no es lo que estaba pensando.

—¿Qué estabas pensando? -preguntó Diana con tono de sabelotodo.

—Dos palabras. Hotel Hacienda.

Era el único bar en todo Mulegé, el sitio donde había oído que iban los entrenadores por la noche.

—No creo que debamos ir -dijo Emily.

—¿Por qué no? -demandó Bridget-. Ollie tiene diecisiete años. Sarah Snell, dieciocho. Prácticamente la mitad de las chicas de aquí van a ir a la universidad en otoño -ella no era una de ellas, pero no sintió la necesidad de mencionarlo-. Esto no es el Campamento Kitchee donde apagas la linterna a las nueve. Vamos, hombre. Ni siquiera hay una edad mínima para beber alcohol en México.

No sabía en realidad si eso era cierto o no.

—El primer partido de prueba es mañana -señaló Rosie.

—¿Y? Las juergas te hacen jugar mejor -dijo Bridget alegremente.

Esa era una afirmación de la categoría de «Beber te hace conducir mejor» o «Emborracharte te ayuda en física», pero ¿qué importaba? Estaba en uno de sus estados de ánimo impulsivos.

—¿Cómo vamos a ir?-preguntó Diana. Era práctica, pero no era una cobarde.

Bridget lo pensó.

—Podemos robar una furgoneta o ir en bici. Creo que está a una

media hora en bici si se va rápido -Bridget no quería reconocer el hecho de que no tenía carné de conducir.

—Vamos en bici -propuso Ollie.

Diana, Ollie y Rosie se apuntaron. El resto pasó.

Se cambiaron de ropa rápidamente. Bridget se puso una falda prestada de Diana, que era casi tan alta como ella. Era un fastidio que Bridget no hubiera pensado en traer ropa que no le diera aspecto de chico.

Las cuatro volaron por la carretera de Baja y adelantaron como un rayo a las caravanas, lentas como caracoles. Bridget constantemente chocaba contra la rueda de atrás de Diana y le hacía gritar. La plácida bahía estaba a su izquierda, las colinas, a su derecha, y la luna llena sentada sobre el hombro de Bridget.

Pudieron oír la música, que vibraba desde el hotel, antes de que este apareciera.

—¡Yuju! -chilló Bridget.

Se reunieron en un corrillo rápido a la puerta.

—Escuchad -dijo Ollie-. Si está Connie, nos marchamos. No creo que a nadie más le importe. Vinimos un par de veces a finales del año pasado y ninguno de los entrenadores dijo nada.

Ollie se ofreció voluntaria para comprobarlo. Entró con disimulo y salió en seguida.

—Está lleno, pero no la he visto. Si aparece, nos vamos -miró a Bridget dubitativa-. ¿De acuerdo?

—De acuerdo -asintió Bridget.

—Esté o no esté Eric.

—He dicho que de acuerdo.

Bridget no había estado en muchos bares, pero siempre era igual. Todos los ojos, por lo menos todos los ojos masculinos, seguían su pelo. Quizá era la combinación de la luz del bar con el alcohol que lo hacía brillar aún más.

Se dirigieron a la pista de baile. A Bridget beber le era indiferente, pero bailar le encantaba. Agarró la mano de Diana y la arrastró a la pista de baile abarrotada. Bailar era como el fútbol o el minigolf o las cartas. Era, sencillamente, una de esas cosas que se le daban bien.

La salsa retumbó a través de su cuerpo. Hubo gritos y miradas y silbidos, que sospechó iban dirigidos a ella -o a su pelo, en cualquier caso. Buscó a Eric.

Al principio no lo vio, así que se entregó por completo a la música. Un poco más tarde, lo divisó con otros entrenadores en una mesa lejos de la pista. La mesa estaba cubierta de grandes vasos salados de margarita, en su mayoría vacíos.

La estaba mirando. Eric todavía no se había dado cuenta de que ella había visto cómo la miraba y tampoco quería que se diese cuenta. Se aseguraba

de no ser muy directa, pero quería que él pudiera mirarla si le apetecía.

Su aspecto era apacible a causa del sol, el ejercicio y probablemente el tequila. Tenía una forma *sexy* de inclinar la cabeza hacia un lado cuando miraba a la gente.

Los hombres pululaban a su alrededor constantemente, pero no abandonó a Diana, su compañera preferida. Unos minutos más tarde se unió Ollie, con una cerveza en la mano.

Ollie descubrió la mesa de los entrenadores y los saludó con la mano. Marci devolvió el saludo. Eric y Robbie, otro entrenador, les lanzaron miradas que decían: «Fingiremos que no hemos visto nada».

Pero una ronda de margaritas más tarde, los entrenadores también salieron a la pista de baile. Era embriagador e increíble. Bridget sintió que le iba a dar un subidón de bailar que rivalizaba con el subidón de correr. Ya no se podía resistir a sus encantos.

Se volvió hacia Eric y bailó cerca de él. Le tocó las manos por un momento. Le miró las caderas. Era instinto y técnica a la vez. Ella dejó que sus ojos se entretuvieran en los suyos. Por una vez, él no apartó la mirada.

Ella colocó las manos al final de su espalda, coordinando sus caderas con las de él. Estaba tan cerca que podía olerle el cuello. El acercó los labios a su oído. Provocó una avalancha de escalofríos que llegó hasta los pies.

Suavemente le tomó las manos y se las devolvió. En su oído susurró:
—No podemos hacer esto.

Lena se tiró sobre su cama, a punto de explotar por la preocupación que sentía por sí misma. Entonces oyó susurros abajo y después gritos. ¿Estaba gritando su silencioso abuelo? Se puso de pie de un salto y se quitó la camisa mojada, para cambiarla por una seca. Después se quitó los pantalones de un tirón y se los puso del derecho, con dedos temblorosos. ¿Qué estaba pasando?

Cuando Lena llegó al pie de la escalera, vio que la cara de Bapi estaba prácticamente morada y que avanzaba decidido hacia la puerta principal. La abuela pululaba a su alrededor, razonando con él en una nerviosa maraña de griego. No daba la impresión de que sus palabras tuvieran mucho efecto. Bapi salió furioso por la puerta y se dirigió cuesta abajo.

De pronto a Lena aquello comenzó a darle mala espina. Los siguió nerviosa. Supo, antes de que Bapi llegase a casa de los Dounas, que se detendría allí. Llamó a la puerta violentamente.

El abuelo de Kostos abrió la puerta. El hombre parecía completamente atónito ante la expresión en la cara de Bapi. Bapi Kaligaris comenzó a gritar. Lena lo oyó bramar el nombre de Kostos unas cuantas veces, pero por lo demás solo entendió el enfado. La abuela revoloteaba alrededor tímidamente.

En la cara de Bapi Dounas se transformó lentamente la confusión en indignación. Comenzó a responder a gritos.

—Oh, Dios -gimió Lena para sí.

Sin más, Bapi quiso entrar a la fuerza en casa de los Dounas. La abuela hacía esfuerzos por retenerlo, y Bapi Dounas se plantó en su camino.

—*Pou einai Kostos?* -rugió Bapi.

Lena estaba casi segura de que eso quería decir «¿Dónde está Kostos?». Justo en ese momento, apareció Kostos detrás de su abuelo con expresión desconcertada y alterada. Era evidente que quería tranquilizar al abuelo de Lena, pero su propio abuelo no le dejaba pasar.

Lena observó con profundo horror cómo su *bapi* alargaba sus nervudos brazos e intentaba apartar al otro anciano de su camino. Bapi Dounas, con ojos que se le salían de las órbitas, respondió a empujones. De pronto Bapi Kaligaris alzó un brazo y le dio un puñetazo en la nariz a Bapi Dounas.

Lena soltó un grito ahogado. La abuela chilló.

Los dos ancianos se dieron otro puñetazo cada uno antes de que Kostos pudiera dominarlos. Los separó, su rostro gris de angustia.

—*Stamatiste!* -bramó-. ¡Basta!

Querido papá:

¿Puedes mandarme más ropa? ¿Las camisetas de tirantes y los vestidos de tirantes del tercer cajón? También quiero el bikini negro. Ah, y faldas del cuarto cajón, la rosa corta y la turquesa.

Todavía me encanta esto. Tenemos partido de prueba hoy y yo empiezo de delantero. Te llamaré otra vez el sábado. Saluda a Perry de mi parte.

Con cariño,

Bi.

Si sientes que tienes el control, es que no vas lo bastante rápido.

Mario Andretti

—¿Te hace mucha ilusión la boda? -le preguntó Carmen a su padre por el camino, confiando en que no hubiera acritud en su voz.

—Sí, sí -dijo él, mirándola cariñosamente-. Estoy impaciente. Y no te haces una idea de lo que significa para mí que vayas a estar presente, corazón.

Carmen se sintió culpable. ¿Por qué se estaba portando así? ¿Por qué no podía dejarlo y ser simpática?

—Espero que te gusten los *souffles* en miniatura -comentó ella, sin un motivo concreto.

Su padre asintió.

—Lydia se está ocupando de todo eso.

—Me he dado cuenta de que le dedica mucho tiempo -dijo Carmen sin alterarse, quería y al mismo tiempo no quería que su padre captara la crítica implícita.

—Es muy importante para ella. Quiere que todos los detalles estén perfectos.

Carmen consideró fugazmente la desagradable pregunta de quién pagaba todo aquello.

—No tuvo una boda de verdad la primera vez -continuó su padre.

La mente de Carmen brincó entre varios posibles escándalos. ¿Se casó de penalti? ¿Se fugó con su novio?

—¿Por qué no?

—Estaba organizando con su madre una boda con todo detalle, pero su madre murió de repente seis semanas antes de la ceremonia. Le partió totalmente el corazón. Al final, la boda consistió en dos testigos y un juez de paz.

Carmen se quedó triste y deprimida.

—Es horrible -musitó.

—Ahora tiene otra oportunidad, y de verdad quiero que la disfrute.

—Sí -murmuró Carmen. Lo pensó un rato-. ¿Qué pasó con su antiguo marido?

—Se separaron hace cuatro o cinco años. Tiene un problema serio con el alcohol. Va de tratamiento en tratamiento.

Carmen suspiró otra vez. Eso sí era triste. No quería tenerle lástima a Lydia. Eso hacía más difícil que le cayera mal. Pero pensó en Lydia con su madre muerta y su marido borracho, y en el silencioso Paul con un padre inútil. En ese contexto, su silencio se asemejaba más a estoicismo. Y en

Krista, que evidentemente sentía un respeto reverencial por el padre de Carmen, sólido, amable, funcional... Qué agradecidos debían estar todos por su nueva vida con Al.

Carmen se prometió a sí misma que sonreiría a Lydia cuando llegasen a casa y que le haría al menos dos preguntas cordiales sobre la boda.

—Oye, ¿te importa si hacemos una parada antes del tenis? Paul juega en una liga de fútbol de verano y hoy tiene un partido importante. Le prometí que pasaría un momento.

—Bueno -refunfuñó Carmen, y de golpe volvió a estar enfadada.

Bridget fue a nadar sola al amanecer. Cuando estaba nerviosa, no podía dormir. Nadó mar adentro, muy lejos, con la esperanza de ver un delfín, pero ese día no había delfines. De vuelta hacia la orilla, rodeó nadando los espigones que separaban su playa de la parte principal de la bahía Coyote. Las caravanas cubrían la arena.

Volvió nadando hasta su playa y se tumbó en la arena. Se durmió otra hora más o menos. Entonces oyó el tumulto del desayuno. Corrió hasta la cabaña para vestirse. Estaba muerta de hambre, como de costumbre.

Llevó sus tres cajitas de cereales, dos *bricks* pequeños de leche y un plátano al otro lado de la terraza y se sentó al lado de Diana.

—¿Pero tú duermes? -preguntó Diana-. ¿Dónde estabas esta mañana?

—Nadando -respondió Bridget.

—¿Sola?

—Desgraciadamente, sí.

Buscó a Eric por las mesas. No estaba. ¿Tenía resaca de la noche anterior? ¿Estaba empollándose a fondo su manual? El recuerdo de haber bailado con él la noche anterior encendió sus mejillas. «No podemos hacer esto», había dicho. No había dicho: «No puedes hacer esto».

—Vamos a calentar -le propuso a Diana.

El primer partido comenzó a las nueve. El equipo uno, El Burro, ya ganaba al equipo dos, Ballenas Grises, por dos goles. El equipo tres, recientemente apodado Los Tacos, y el equipo cuatro, Los Cocos, tenían el otro campo para calentar.

Bridget se sentó en la banda y observó a Eric, que repasaba la estrategia con Marci y un par de sus jugadoras.

Se abrochó los cordones de las botas. Un famoso viejo actor, no recordaba cuál, había dicho que empezaba su personaje por los zapatos. La faceta preferida de Bridget era con las botas de fútbol puestas, estuviera claqueteando por el vestuario, con dos centímetros de altura de más, o corriendo a toda velocidad por la mullida hierba del campo. Sus botas estaban desgastadas y embarradas, perfectamente moldeadas a la forma de sus pies. Le hacían andar como un deportista, pero también eso le gustaba.

Miró a Eric hasta que le devolvió la mirada. Ella sonrió; él no. «Os

vamos a dar una paliza», le prometió a quienquiera que, aparte de ella, estuviera oyendo sus pensamientos.

La entrenadora de su equipo, Molly Brevin, llamó a todas.

Bridget se puso las espinilleras y se recogió el pelo con una goma elástica. Ollie y Emily le chocaron las manos cuando se unió al grupo. Era la primera vez que jugaban como un equipo.

Molly leyó en alto las posiciones de partida, a pesar de que todas las sabían. Bridget saltaba sin parar para activar la circulación.

—Eh, Tacos. Escuchad. Todo lo que me importa son los pases - proclamó Molly-. Lo digo en serio. No me importa qué más hagáis en este partido. Quien monopolice el balón se va fuera.

¿Por qué miró a Bridget al decirlo?

Los equipos se reunieron en el campo. Bridget pasó al lado de Diana y le dio un rápido apretón en la cintura. Diana saltó sorprendida.

—Os vamos a dar una paliza -bromeó Bridget, como si tuviera cinco años. Se colocó en su posición en el centro del campo y espero el silbido largo.

Bridget necesitaba centrarse en un único objetivo. Tenía demasiada energía, lo sabía, y una buena dosis de talento indisciplinado en bruto. En casi cualquier momento de su vida, necesitaba una única meta sencilla para seguir avanzando deprisa. De lo contrario, existía la posibilidad de ir hacia atrás, adonde no quería ir.

Ese día su centro de atención era Eric. Se trataba de enseñarle de lo que era capaz. Él era la idea unificadora que mantenía todas sus células a raya.

Su energía explotó en cuanto el balón se puso en movimiento. Inmediatamente le robó el balón a Doris Raines y lo subió por el campo. Se situó para un disparo claro a puerta, congregó a dos de las tres defensas y dio un pase a la delantera desmarcada, Alex Cohén. Alex se quedó encerrada y le pasó el balón de nuevo a Bridget.

Cuando Bridget tenía todo bien enfocado, el tiempo se ralentizaba para ella. Le daba tiempo a analizar las opciones. Le daba tiempo a evaluar la posición y la trayectoria del portero. Echó la pierna hacia atrás y metió el pie bajo el balón para darle unos metros de altura. Pasó volando junto a la cabeza del portero. Sus compañeras de equipo la arrollaron. A través de los huecos entre cuerpos y piernas, vio a Eric. Estaba hablando con sus ayudantes en la banda. Quería tanto que se fijase en ella.

Seguiría machacándolos hasta que lo hiciera. Robó balón tras balón. Sentía una elasticidad extraña, la capacidad de ser tanto infinitamente buena como infinitamente mediocre, según su humor. Ese día había rebasado todas las marcas. Las había destrozado. Dejaba a otras jugadoras, totalmente aceptables y consistentes, fuera de lugar en el campo.

—¡Vreeland, pasa! -bramó Molly. A un nivel de juego más elevado,

Bridget no tendría que aguantar esas estupideces. Cuando tu jugador está en el área, le dejas jugar. Le das el balón.

Bridget dio un pase. El balón volvió en seguida. Sus compañeras de equipo reconocían su fuerza en ese momento, aunque su entrenadora no lo hiciera. Marcó otra vez. ¿Era el tercero o el cuarto?

Molly tenía aspecto enfadado. Le hizo una seña al arbitro, que sopló su silbato.

—¡Sustitución! -vociferó Molly-. Vreeland, sal.

Bridget también se enfadó. Llegó hasta la banda a grandes zancadas y se sentó en la hierba, la barbilla apoyada en las manos. Ni siquiera se había quedado sin respiración.

Molly se acercó.

—Bridget, esto es un partido de prueba. Todo el mundo debe jugar. Se trata de que yo vea lo que tenemos. Vas de heroína. Eso ya lo veo, y todos los demás también, ¿de acuerdo? Resérvatelo para el campeonato.

Bridget dejó caer la cabeza. De repente sentía toda esa intensidad desplomándose sobre ella. Tuvo ganas de llorar.

Ahora sabía que debía haberse moderado. ¿Por qué le resultaba tan difícil pararse los pies?

Querida Tibby:

Canapés de gamba a la plancha, salmón marinado (¿qué demonios es eso?), espinacas crujientes y solomillo de cerdo al horno. Los adornos florales consisten en nardos(¿eh?) y flores de magnolia (¡su preferida!), Podría seguir durante cuarenta y cinco páginas más, Tib, pero te lo ahorraré. Es DE LO ÚNICO QUE HABLAN en esta casa, los que de hecho hablan, quiero decir. Me estoy volviendo loca. ¿En dónde se ha metido mi padre?

Con cariño y amargura,
Carmen Lucille.

—¿Quién es el suyo? -oyó Carmen que le preguntaba un hombre a su padre.

Taciturna, se había quedado a unos metros en la banda. Paul era la estrella del equipo. En los ocho minutos que llevaban allí, ya había marcado dos goles. Su padre lo animaba como loco. Cerca de la portería estaba Skeletor, más pintada que una azafata. Cada pocos segundos interrumpía su entusiasmo histérico para lanzar una mirada malévolamente a Carmen.

—¿Qué quién es el mío? -repitió su padre confuso.

—¿Quién es su hijo? -aclaró el hombre.

Su padre dudó, pero no el tiempo suficiente.

—Paul Rodman. Juega de delantero -lo señaló.

Carmen sintió un escalofrío que le recorrió la columna y subió hasta el cuero cabelludo.

—Es un jugador increíble -comentó el hombre. Se giró hacia su padre-. Tiene una complexión muy parecida a la suya -añadió, y luego se alejó a lo largo de la banda para seguir el avance del balón.

«¿Cómo puede tener una complexión como la tuya? ¡No es tu hijo!», quería chillar Carmen a voz en grito. «¡Yo soy tu hija!»

Su padre se acercó y le pasó un brazo por los hombros. No le gustó tanto como hace cinco días.

«Ahora tienes el hijo que siempre quisiste», pensó Carmen amargamente. Sabía que eso le hubiera gustado. ¿Cómo no iba a querer? Tenía una ex mujer refunfuñona, una hija huraña, cuatro hermanas locas. Aquí estaba un chico grande, silencioso, sencillo, con su misma complexión.

A Carmen le dieron ganas de vomitar. Paul marcó otro gol. Lo odió por ello.

Ella era pésima jugando al fútbol. Cuando tenía seis años había jugado en una liga de niños. Corría por todo el campo y no tocaba el balón ni una vez. Su padre también iba a esos partidos.

—¿Está emocionante, verdad? -le preguntó entonces su padre-. ¿Te importa si nos quedamos el resto de este tiempo?

—¿A mí? ¿Importarme? -su aspereza no tuvo un impacto aparente.

—Estupendo. Tienen muchas pistas en el club. No deberíamos tener ningún problema.

De pronto apareció Skeletor. Sonrió con dulzura al padre de Carmen.

—Hola, señor Lowell, ¿qué tal está? -gorjeó.

—Bien, gracias, Kelly. ¿Conoces a mi hija, Carmen? -preguntó él.

Kelly se esforzó por evitar una expresión de asco.

—Sí, de sobra. Hola, Kelly -se adelantó Carmen.

—Hola -dijo Skeletor con frialdad. Se volvió hacia Al-. ¿Verdad que Paul está hoy fantástico? Debe de estar tan orgulloso de él.

Carmen arqueó una ceja. ¿Acaso era Skeletor más inteligente de lo que Carmen había imaginado?

—Pues, sí, por supuesto -murmuró su padre.

Ni Carmen ni su padre retomaron el hilo de la conversación. Skeletor toleraba muy mal las situaciones incómodas.

—Hasta luego -se despidió de Al y se volvió otra vez hacia la portería por la banda-. ¡Vamos, Paul! -chilló cuando Paul hizo algo heroico.

De repente Carmen reconoció la pálida figura de Lydia, que prácticamente corría hacia ellos desde el aparcamiento.

En cuanto Al la vio, soltó a Carmen y se acercó rápidamente a su futura mujer.

—¿Qué ocurre?

—La Plantación. Han llamado para decir que tienen demasiadas reservas. Una de las bodas se tiene que retirar. Me han dicho que nosotros fuimos los segundos en reservar -explicó Lydia sin aliento.

Carmen veía las lágrimas que temblaban entre sus párpados.

—Querida -dijo Al, abrazándola de forma protectora-. Eso es terrible. ¿Qué podemos hacer?

La llevó a un lado para hablar en privado. Su padre siempre había tenido un instinto natural para guardar su intimidad, incluso cuando lo que se interponía entre él y la intimidad era únicamente su hija.

Un minuto más tarde volvió.

—Carmen, tengo que ir a La Plantación con Lydia. Jugamos mañana, ¿vale?

No era el tipo de vale que requería otro vale como respuesta. Ya había pasado al siguiente asunto.

—Dejaré las llaves del coche contigo y Paul te llevará a casa -le dio un beso en la frente-. Lo siento, corazón, tendremos nuestro partido de tenis. No te preocupes.

Carmen podía haber actuado como una chica madura, pero en vez de eso se tumbó en la hierba, justo en la banda. Era una suerte que se hubiera vuelto invisible en Carolina del Sur, porque de lo contrario podía haberse considerado un comportamiento horterero.

Si fuera de verdad y no invisible, si pudiera verse a través de los ojos de sus amigas o de su madre, quizá hubiera sido capaz de analizar sus sentimientos. Sola se sentía etérea y transparente.

El sol brillaba gozoso en la cara. Finalmente oyó el largo silbido que indicaba el final del partido. Una sombra se posó encima de ella. Con la mano, tapó el sol lo suficiente para ver que era Paul. Él la miró durante un minuto. Si la encontraba estafalaria, no lo dejaba ver.

—¿Quieres jugar al tenis? -le preguntó.

Era la comunicación más larga que habían tenido hasta el momento. Ella dijo que sí.

Procedió a machacarlo 6-0, 6-0.

El problema no es el problema.
El problema es tú actitud ante el
problema. ¿Entendido?

El entrenador Brevin

Horas después de la pelea, Lena estaba sentada entre dos ancianos malhumorados en una clínica en Fira. Su abuela había ido a buscar café y algo de picar, pero Lena sospechaba que ya no aguantaba más las malas caras y los quejidos. Claramente afectado, Kostos había vuelto en seguida a la forja. Ni siquiera miró a Lena.

Bapi terminó con cuatro puntos en el pómulo, y aunque Bapi Dounas se quejó amargamente de tener la nariz rota -había sangrado mucho- en realidad no lo estaba. Mientras Lena esperaba bajo las luces fluorescentes sin siquiera el consuelo de una revista *People*, se fijó en una manchita de sangre en los pantalones que se estaba secando.

—Disculpadme -les dijo en voz baja.

Fue al baño e intentó frotar la mancha con un poco de papel higiénico mojado. Por un momento se sintió culpable, al recordar la regla de no lavarlos, pero ¿quién quería la sangre de un viejo griego malhumorado en los pantalones mágicos durante el resto de la eternidad?

Se echó un vistazo en el espejo. El pelo le había quedado raro al secarse, a causa del agua de la laguna. Estaba un poco hueco, en lugar de suave y liso. Tenía la impresión de estar un poco ida. Acercó la cara hasta pegarla al espejo. «¿Esa soy yo de verdad?»

Al volver a la sala de espera, pudo ver qué ridículos resultaban los abuelos. Las sillas de plástico estaban una al lado de la otra, pero en su afán por desdeñarse mutuamente se habían sentado casi de espaldas. Lena sabía qué ridículo, qué absurdo -qué cómico, incluso- era todo aquello. Pero aunque parecía gracioso, realmente no sentía que fuera gracioso. Era espantoso. Estaba avergonzada. Evidentemente su abuela creía que Kostos la había atacado físicamente y se lo había dicho a Bapi. Ahora los dos pensaban que su querido Kostos era una especie de violador malvado.

Lena veía ahora lo desmedido de su reacción. Debía haberle dicho a la abuela la verdad y no permitir que se precipitase a sacar conclusiones dramáticas.

Kostos la había espiado. La había visto desnuda. Era un comportamiento indebido, estúpido e infantil. Aun así, se había sentido aliviada al ver su faceta fuerte y sólida intervenir en la pelea y calmar a los dos ancianos antes de que se matasen entre ellos.

Kostos la había espiado y estaba enfadada con él por eso. Pero no había hecho lo que sus abuelos creían que había hecho.

¿Ahora qué? Cuando todo se hubiera calmado y todos hubieran tenido

tiempo de descansar, pediría perdón a sus abuelos y les explicaría exactamente lo que había ocurrido.

Y luego se lo explicaría a Kostos.

Y al final todo se arreglaría.

Lena:

He jugado con demasiada intensidad hoy en el partido de prueba. Tengo que relajarme. ¿Qué me dices siempre? Tranquiliza ese cuerpo, Bi. Lo estoy intentando, pero mis piernas tienen el baile de San Vito. Me iré a correr. Con Eric. Lo QUIERO. ¿Te lo he dicho ya? Ya sé que tú estás por encima de tus hormonas, pero algunas no podemos controlarnos.

Con cariño,

Biff.

—Hola, me llamo Bailey Graffman. Soy amiga de Tibby. ¿Está en casa?

Tibby escuchó atónita desde lo alto de la escalera mientras Bailey en la puerta principal se presentaba a Loretta por encima de los gritos de la malhumorada Katherine. ¿Se había cargado con una pesada de doce años?

Tibby metió a Mimi en su jaula con cuidado y rogó que Loretta, por algún motivo, no supiera que estaba en casa. No hubo suerte. Sin lugar a dudas, unos segundos más tarde, Tibby oyó a Bailey, que subía saltando por las escaleras.

—Hola -dijo Bailey, saludando desde la puerta de la habitación.

—¿Bailey, qué haces aquí?

Bailey se acomodó en la cama deshecha de Tibby.

—No puedo dejar de pensar en tu película. Suena genial. Te quiero ayudar.

—No puedes. Ni siquiera he empezado todavía -protestó Tibby.

—Entonces no hay duda de que necesitas ayuda -razonó Bailey-. Yo seré el cámara; o el técnico de sonido; o el electricista; o ayudante del electricista.

—No tienes pinta de nada de eso -señaló Tibby.

—Podría ser simplemente tu ayudante. Ya sabes, secretaria para todo. Llévate las cosas y eso.

Bailey estaba tan genuinamente ilusionada, que era difícil rechazar su oferta.

—Gracias, pero de verdad que no necesito ayuda -dijo Tibby.

Bailey estaba de pie y examinaba a Mimi.

—¿Quién es? -preguntó.

—Se llama Mimi. La tengo desde que tenía siete años -explicó Tibby con hastío. Tendía a actuar como si Mimi no le importase mucho cuando estaba con sus amigas.

—Qué mona -dijo Bailey. Arrugó la nariz y le puso caras a Mimi-. ¿La puedo coger?

Desde que tenía unos ocho años ni una sola persona, con la excepción de Nicky, había expresado interés por coger a Mimi. Quizá aquello era el incentivo de ser amiga de una niña pequeña.

—Claro.

Cuidadosamente, con seguridad, Bailey la sacó de su jaula en el hueco de la mano. A Mimi no pareció importarle. Aposentó su gordo cuerpo sobre el pecho de Bailey.

—Huy. Está caliente. Yo no tengo mascota.

—No hace gran cosa -dijo Tibby, sintiéndose un poco desleal a Mimi-. Es bastante mayor. Duerme mucho.

—¿Tú crees que se aburre ahí dentro? -preguntó Bailey.

Tibby nunca se lo había planteado. Se encogió de hombros.

—No lo sé. Creo que ahí está bastante contenta. No creo que eche de menos vivir en libertad ni nada de eso.

Bailey se sentó con Mimi en una silla.

—¿Has decidido a quién vas a hacer la primera entrevista? -preguntó.

Tibby estuvo a punto de decir que no. Se contuvo.

—Probablemente a Duncan, un bicho raro de Wallman's -respondió.

—¿Por qué es un bicho raro? -inquirió Bailey.

—Dios, simplemente es... habla otro idioma. El idioma de ayudante del encargado. Se cree tan importante. Es para partirse de risa.

—Ah -Bailey le rascó la tripa a Mimi.

—También hay una señora con unas uñas increíbles -continuó Tibby-. Y creo que Brianna se merece algo de tiempo en pantalla con ese peinado que desafía a la ley de la gravedad. Y hay una chica que trabaja en los cines Pavillion, a la que me encantaría entrevistar. Puede recitar escenas de películas enteras, pero solo de las realmente bobas.

Bailey se agitó inquieta en la silla.

—Siempre he querido hacer un documental -dijo melancólica.

Tibby tenía la impresión de que estaba a punto de jugar la baza de la leucemia.

—¿Por qué no haces uno?

—No tengo cámara. No sé cómo hacerlo. Me encantaría que me dejaras ayudarte.

Tibby suspiró.

—Estás intentando que me sienta culpable porque tienes leucemia, ¿verdad?

Bailey soltó un bufido.

—Sí. La verdad -sostenía a Mimi muy cerca-. Oye, ¿esa de ahí abajo era tu hermana pequeña?

Tibby asintió.

—Una buena diferencia de edad, ¿eh?

—Catorce años -dijo Tibby-. También tengo un hermano de dos años. Está durmiendo la siesta.

—Vaya... ¿Es que se ha vuelto a casar tu padre o tu madre? -preguntó Bailey.

—No. Son los mismos padres. Se han casado otra vez con un estilo de vida nuevo.

Bailey parecía interesada.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, no lo sé -Tibby se arrellanó en la cama-. Cuando mis padres me tuvieron a mí, vivíamos en un apartamento diminuto, encima de un restaurante, en Wisconsin Avenue, y mi padre escribía para un periódico socialista mientras estudiaba derecho. Después, cuando se cansó de ser abogado de oficio, vivimos en una caravana en una hectárea de terreno más allá de Rockville y mi padre se dedicó al cultivo ecológico, mientras mi madre hacía esculturas de pies. Una primavera entera vivimos en una tienda de campaña en Portugal -Tibby miró a su alrededor-. Ahora vivimos así.

—¿Eran muy jóvenes cuando te tuvieron? -preguntó Bailey.

—Diecinueve años.

—Tú fuiste un poco como un experimento para ellos -dijo Bailey, que colocó a la dormida Mimi en su regazo.

Tibby la miró. Nunca lo había pensado en esos precisos términos, pero reproducían sus sentimientos.

—Supongo que sí -dijo con más franqueza de la que era su intención.

—Luego se hicieron adultos y quisieron tener niños de verdad -especuló Bailey.

Tibby estaba asombrada y a la vez desconcertada por el giro que tomaba la conversación. Lo que Bailey había dicho era totalmente cierto. Cuando todos los amigos de sus padres comenzaron a tener niños, fue como si ellos quisieran otra oportunidad para hacerlo como debe ser. Con monitores para escuchar al bebé y protectores de cuna a juego y pequeños móviles musicales. No como fue con Tibby, un bebé accesorio de pelo enredado que arrastraban en su aventura.

Bailey la miró con grandes ojos comprensivos. Tibby estaba triste. No estaba segura de cómo había llegado a hablar de eso. Quería estar sola.

—Me tengo que ir, eh, ir en un momento. Es mejor que te vayas -dijo

Tibby.

Por una vez, Bailey no intentó imponerse. Se levantó para marcharse.
—Deja a Mimi donde estaba, ¿de acuerdo?

Tibby:

Estoy metida en un lío. Kostos me pilló bañándome desnuda y a mí me dio un ataque de histeria. Ya sabes cómo me tomo lo de la intimidad. Así que me pongo la ropa de cualquier manera (de hecho conseguí ponerme lo vaqueros del revés -¡eso sí que es magia!) y me voy corriendo a casa hecha una furia. Mi abuela me ve así y asume algo mucho peor de lo que ocurrió en realidad.

Así que, Dios, cómo cuesta contar esto, le dice a mi abuelo (en griego evidentemente) lo que cree que ha ocurrido y, no te estoy tomando el pelo, Bapi va a darle una paliza a Kostos. El abuelo de Kostos no le deja entrar en su casa y los dos abuelos se lían a puñetazos. Suena gracioso, lo sé, pero fue horrible.

Ahora mis abuelos están enfrentados con sus mejores amigos y Kostos me odia profundamente y nadie excepto nosotros sabe lo que pasó.

Tengo que decir la verdad y ya está, ¿no?

Este ha sido mi primer gran episodio con los vaqueros compartidos. No estoy segura si los vaqueros tienen el efecto que esperábamos. Ah, y se mancharon un poco de sangre -lo cual puede inhibir la magia un poco más (aunque hice lo que pude por limpiarlos). Te los mando por el correo más rápido que haya en Santorini (puede tardar bastante). Sé que tú usarás los pantalones mejor que yo.

Quisiera que estuvieras aquí, Tib. No. Borra eso. Quisiera que estuviéramos todas juntas en cualquier sitio menos aquí.

Con cariño,

Lena.

El padre de Carmen y Lydia todavía estaban en una fiesta. Su padre, que prácticamente nunca había tenido amigos, de repente era una mariposa social. Los amigos de Lydia eran también sus amigos, así sin más. Se metió en una vida previamente formada. Casa, hijos, amigos. Lo que resultaba extraño era lo poco de su vida anterior que traía consigo.

Paul estaba por ahí con Skeletor, y Krista estaba en plena sesión de belleza casera con dos amigas en su habitación. Krista educadamente había invitado a Carmen a participar, pero con solo pensarlo Carmen se deprimía. Le hacía echar de menos a sus amigas.

Estaba harta de la habitación de invitados. Todos los muebles estaban cubiertos de ropa; el resto estaba en el suelo. Era una hipócrita, lo sabía. Creaba el desorden, pero no lo toleraba.

En la cocina vio que Krista había dejado sus deberes de geometría sobre la mesa. Carmen los ojeó con ansia. Krista lo había dejado en la mitad del segundo ejercicio y quedaban otros ocho por hacer.

La casa estaba en silencio. Cogió las hojas. Las estudió y cogió también el

lápiz. Comenzó a hacer operaciones, Esos ejercicios de geometría eran un verdadero placer. Partías con el problema y la solución.

Estaba tan concentrada que no advirtió que Paul había llegado a casa hasta que estaba de pie en la cocina mirándola. Afortunadamente no estaba con Skeletor. Tenía una expresión de perplejidad.

Ella sintió que se sonrojaba. ¿Qué razones podía tener para hacer los deberes de Krista?

El se entretuvo un momento más.

—Buenas noches -dijo.

—Paul, ¿has hecho mis deberes de matemáticas? -preguntó Krista a la mañana siguiente en el desayuno. Su tono sonaba entre enfurruñado y agradecido.

Era domingo y Al había hecho tortitas para todos. ¡Ahora también cocinaba! Lydia incluso había sacado su vajilla de flores especial para poner la mesa. Qué detalle.

Paul no respondió en seguida.

—¿Pensaste que soy demasiado tonta para hacerlo yo? -preguntó Krista.

«Probablemente», le dieron tentaciones de decir a Carmen.

—No -respondió Paul con su economía habitual.

Krista se enderezó en su silla.

—¿No hiciste los deberes o no pensaste que soy tonta?

—No y no -dijo él.

—¿Y quién lo hizo? -inquirió Krista.

Carmen esperó que los ojos de Paul se posaran en ella. No lo hicieron. No dijo nada, solo se encogió de hombros.

Si Paul no iba a descubrirla, ¿debía implicarse? Carmen lo dudó.

—Me tengo que marchar -dijo Paul-. Gracias por las tortitas, Albert.

Salió de la cocina y cogió una bolsa de lona que estaba junto a la puerta principal, antes de dejar la casa.

—¿Adonde va? -preguntó Carmen, aunque no era asunto suyo.

Lydia y Krista se miraron. Lydia abrió la boca, en seguida la volvió a cerrar.

—Va a... ver a... un amigo -dijo finalmente.

—Ah -Carmen no estaba segura de por qué era una pregunta tan difícil.

—¿Sabes qué? -Lydia cambió de conversación, repentinamente parlanchina-. Se nos ha ocurrido un plan de emergencia para el banquete.

Se dirigía a Carmen. Carmen comprendió que eso se debía a que ella era la única que todavía no lo sabía.

—Ah -dijo Carmen otra vez. Sabía que debía preguntar de qué se trataba.

—Va a ser en nuestro propio jardín. ¡Hemos alquilado una carpa gigante! ¿No suena divertido?

—Sí, muy divertido -Carmen dio el último sorbo a su zumo de naranja.

—Estaba tan disgustada ayer, sabes -continuó Lydia-, pero quería ser fuerte. Y Albert tuvo la fantástica idea de celebrarlo aquí, en casa. Estoy emocionada con nuestra solución.

—Suenan... emocionante -dijo Carmen. Se hubiera sentido culpable de ser sarcástica, pero no pareció que nadie más lo apreciase.

—Oye, niña -dijo su padre empujando su silla hacia atrás-. Deberíamos marcharnos al club.

Carmen se levantó de un salto.

—Vamos.

Por fin, el partido de tenis prometido. Lo siguió hasta fuera y se subió en el nuevo coche familiar *beige*.

—Cariño -comenzó a decir cuando ya habían dejado atrás la casa-. Lo que te conté del marido anterior de Lydia. Es algo que quisiera que no comentaras. Es un asunto muy delicado para Lydia.

Carmen asintió.

—El motivo por el que saco el tema es que Paul se ha ido hoy a visitar a su padre. Su padre está en un centro de tratamiento en Atlanta. Paul conduce hasta allí una vez al mes y habitualmente se queda a pasar la noche -explicó su padre.

Por algún motivo, eso le hizo sentir a Carmen como si pudiera echarse a llorar.

—¿Y Krista? -preguntó.

—Krista prefiere no estar en contacto con su padre. Se altera demasiado.

«Se avergüenza de él», pensó Carmen. Igual que Lydia estaba avergonzada de él, evidentemente. Compra un modelo nuevo y mejor, y olvídate del viejo.

—No puedes abandonar a tu familia sin más -murmuró Carmen. Luego volvió la cara hacia la ventana y, por primera vez en los últimos días, lloró de verdad.

—He organizado la primera entrevista para nuestra película -aseguró Bailey emocionada.

Tibby resopló sonoramente al teléfono.

—¿Nuestra película?

—Perdón. Tu película. Con la que te estoy ayudando.

—¿Quién ha dicho que estás ayudando? -preguntó Tibby.

—¡Por favor! ¡Por favor! -rogó Bailey.

—Vamos, Bailey. ¿No tienes nada mejor que hacer?

En el silencio que se produjo a continuación, las palabras de Tibby resonaban como un eco a lo largo de la línea telefónica. Tal vez esa no era

una pregunta que se *hacía* a una niña con una enfermedad grave.

—He puesto la entrevista a las cuatro y media, después de que termines de trabajar -insistió Bailey-. Puedo pasar por tu casa y recoger las cosas, si quieres.

—¿A quién se supone que entrevistamos? -inquirió Tibby con recelo.

—A un chico que juega a las maquinatas en el Seven-Eleven enfrente de Wallman's. Tiene las diez puntuaciones más altas en la máquina más difícil.

Tibby soltó un bufido.

—Suena apropiadamente muermo.

—¿Entonces te veo luego? -preguntó Bailey.

—No estoy segura de lo que voy a hacer -dijo Tibby con frialdad, sin convencer a ninguna de las dos de que pudiera tener otros planes en ese momento.

Por supuesto, Bailey apareció nada más terminar la jornada de Tibby.

—¿Qué tal? -preguntó Bailey, como si fueran las mejores amigas.

Tibby sentía las horas que había pasado bajo las luces fluorescentes achicharrándole el cerebro.

—Muriendo lentamente -respondió. Instantáneamente se arrepintió de sus palabras.

—Vamos entonces -dijo Bailey, levantando la cámara-. No hay tiempo que perder.

Si no lo encuentra en el índice,
búsquelo detenidamente en todo
el catálogo.

Catálogo de Sears Roebuck

Desde el momento que conoció a Brian McBrian, Tibby supo que habían venido al sitio adecuado para un festival de desdén. Era la caricatura de la caricatura de un colgado. Era al mismo tiempo flaco y blando, con la piel de un blanco azulado como la leche descremada. Tenía el síndrome unicejo, pelo grasiento del color de la mierda de perro, aparatos verdosos y una forma de hablar a escupitajos. Tibby tenía que reconocérselo a Bailey.

Arrancó el «Dragón Master» mientras ellas se preparaban. Tibby observó a Bailey, admirándola a regañadientes, mientras acoplaba el micrófono externo a una jirafa improvisada. Con todo el ruido ambiental dentro y fuera de la tienda, no había manera de lograr una entrevista aceptable sin un micrófono dirigido. ¿Seguro que Bailey nunca había hecho esto antes?

Tibby comenzó por mostrar el escenario. Se desplazó de un primer plano exagerado de un bollo de un rosa antinatural, a un revistero de prensa amarilla que anunciaba a los cuatro vientos el hijo alienígena de una famosa presentadora para seguir con un expositor en el mostrador con chocolatinas. Terminó el barrido con el hombre que trabajaba detrás del mostrador. Inmediatamente se cubrió la cara con las manos, como si Tibby fuera una periodista de investigación.

—¡Nada de cámaras! ¡Nada de cámaras! -ladró.

Tibby captó una imagen de la cara de Bailey riéndose al moverse hacia el frente de la tienda. Tomó un plano de Brian desde atrás, sus delgados huesos saltaban mientras luchaba contra los dragones, después cortó la grabación para comenzar la entrevista.

—¿Listo? -preguntó.

Él se dio la vuelta. Bailey colocó el micrófono en posición.

—Grabando -le advirtió.

No se arregló ni se tensó ni inclinó la cabeza en un ángulo raro como hace mucha gente delante de una cámara. Simplemente la miró de frente.

—Bueno, Brian, tenemos entendido que eres asiduo a este Seven-Eleven.

Tibby asumía que las personas realmente estúpidas eran sordas al sarcasmo.

Él asintió.

—¿Cuánto tiempo pasas aquí?

—Eh, más o menos de una a once.

—¿De verdad cierra la tienda a las once? -preguntó Tibby, arrugando la boca en una sonrisa burlona.

—No, es la hora a la que tengo que llegar a casa -explicó.

—¿Y durante el curso?

—Durante el curso llegó aquí a las tres y cinco.

—Ya veo. ¿No tienes actividades extraescolares?

Dio la impresión de que Brian captaba las implicaciones de su pregunta. Hizo un gesto hacia el aparcamiento a través del escaparate en la fachada de la tienda.

—La mayoría de la gente vive ahí fuera -dijo. Señaló hacia el videojuego-. Yo vivo aquí dentro -dio un toque al cristal de la pantalla.

Tibby se puso un poco nerviosa ante su honestidad y su mirada constante. Se había imaginado que intimidaría a una persona como Brian.

—Cuéntanos algo sobre el «Dragón Master» -le pidió, comenzaba a tener la sensación de que se estaba echando atrás.

—Os lo enseñaré -dijo mientras introducía dos monedas en la ranura. Aquello era evidentemente la razón por la cual había accedido a la entrevista.

La primera vuelta es el bosque. Es el año 436 d. C. La primera gran expedición en busca del Santo Grial.

Tibby enfocó la *cámara* hacia la pantalla, sobre el hombro de Brian. La imagen no era tan clara como le hubiera gustado, pero no estaba demasiado mal.

—Hay un total de veintiocho niveles, que van desde el siglo cinco hasta el siglo veinticinco después de Cristo. Solo una persona ha llegado al nivel veintiocho en esta máquina.

—¿Tú? -preguntó Tibby casi sin aliento.

—Sí, yo -respondió él-. El trece de febrero.

Tibby, la realizadora de documentales desdeñosa, sabía que eso era un material excelente. Pero por algún motivo, se sentía ligeramente impresionada a su pesar.

—Quizá llegues hoy también -dijo.

—Es posible -asintió Brian-. Incluso si no llego, aquí está el mundo entero.

Ambas, Tibby y Bailey, observaron por encima de su hombro mientras Brian, un guerrero tremendamente musculoso, reunía tropas de hombres leales y mujeres curvilíneas para luchar a su lado.

—Ni siquiera te enfrentas a un dragón hasta el nivel siete -explicó.

En el nivel cuatro, hubo un combate en alta mar. En el *nivel* seis, los vándalos prendieron fuego al pueblo de Brian y él salvó a todas las mujeres y los niños. Tibby contempló sus manos, rápidas y certeras, sobre los distintos mandos y botones. Nunca bajó la mirada hacia ellas.

En algún momento, después de que apareciera el segundo dragón, Tibby

oyó que se terminaba la batería y se apagaba la cámara, pero siguió mirando.

Tras un largo sitio a un castillo medieval, Brian paró el juego y se dio la vuelta.

—Creo que tu batería se ha descargado -dijo.

—Ah, sí. Tienes razón -dijo Tibby despreocupadamente-. Esa era la tercera. No tengo otra cargada. Quizá podríamos terminar más tarde.

—Claro -accedió Brian.

—Puedes seguir jugando si quieres -sugirió Tibby.

—Lo haré -dijo él.

Bailey compró una tartaleta de fruta para cada uno y observaron cómo la versión heroica de Brian luchaba a través de veinticuatro niveles antes de ser incinerado por el aliento del dragón.

Eric iba a dirigir otra carrera a las cinco. Bridget no estaba segura de si se alegraba de verla.

—Hoy vamos a recortar el tiempo a cuatro, minutos por kilómetro -anunció Eric al grupo-. Una vez más, conocéis vuestro cuerpo. Sabéis cuándo os estáis excediendo. Hace calor. Así que tomadlo con calma. Reducid la velocidad cuando haga falta. Esto es un entrenamiento no una competición.

Miró directamente a Bridget.

—¿Listas? -preguntó, después de dejarles tiempo para estirar.

Pareció resignarse pronto a la idea de que Bridget iba a correr a su lado por rápido o lento que corriese.

—Eres una buena jugadora, Bi -le dijo en un tono comedido-. Hoy has dado todo un espectáculo.

Pensaba que se había excedido. Era evidente.

Bridget se mordió el labio por dentro, avergonzada.

—Me he apasionado demasiado. Lo hago a veces.

Él puso una cara como si aquello no le sorprendiera demasiado.

—Quería lucirme delante de ti -confesó ella.

Dio la impresión de que se reservaba sus pensamientos por un segundo mientras la miraba directamente a los ojos. Entonces echó un vistazo hacia atrás para ver lo cerca que estaba el siguiente corredor.

—Bridget, no lo hagas -dijo entre dientes.

—¿Qué no haga qué?

—No... no... insistas -parecía que no encontraba las palabras que quería.

—¿Por qué no? ¿Por qué no se me permite que me gustes?

Su franqueza lo desconcertó. Lanzó una mirada en su dirección y gimió.

—Mira, me siento... halagado. Honrado. ¿Quién no lo estaría?

Bridget apretó la mandíbula. «Halagado» y «honrado» no eran las palabras que quería oír. De todas formas, no se lo creía.

Él aceleró el paso para adelantarse un poco más.

—Bridget, eres guapísima. Eres increíble y tienes mucho talento y... sencillamente... eres irrefrenable -su tono era más amable ahora. Sostuvo su mirada-. No creas que no me he fijado. Créeme, me he fijado.

Ella se sintió esperanzada de pronto.

—Pero soy un entrenador y tú... tienes dieciséis años.

—¿Y qué? -replicó ella.

—Primero, no estaría bien, y segundo, es totalmente contrario a las reglas.

Bridget se colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—Esas reglas no me importan.

La expresión de Eric se había cerrado de nuevo.

—Yo no tengo esa opción.

Aunque el desayuno con Bapi se había convertido en una rutina, no había dejado de ser un momento incómodo. Especialmente después de lo que había ocurrido.

Esa mañana sus cereales resonaban con violentos chasquidos, crujidos y estallidos mientras Bapi comía silenciosamente.

Lo observó en busca del momento apropiado. Intentó atraer sus ojos gris verdoso, similares en el color a los suyos. Quería tener un aspecto sincero y arrepentido, pero sus cereales ruidosos estaban estropeando el efecto. Los pequeños puntos apretados en su piel arrugada le provocaron una punzada de vergüenza en el fondo del estómago.

—Bapi, yo...

Levantó la vista. Tenía cara de preocupación.

—Bueno, yo solo...

Su voz prácticamente temblaba. ¿En qué estaba pensando? Bapi ni siquiera hablaba inglés.

Bapi asintió y puso su mano sobre la de ella. Fue un gesto dulce. Representaba amor y protección, pero también quería decir «No tenemos que hablar de ello».

Deseó que Effie no fuera tan dormilona por las mañanas. Lena había estado demasiado cansada y confundida para contarle la verdad a Effie la noche anterior, y sus abuelos no se lo habían mencionado. Effie se había interesado por la venda en su mejilla, pero Bapi le había quitado importancia, murmurando algo en griego. Ahora Lena quería contarle a su hermana toda la historia y por lo menos obtener la patentada dosis de realismo de Effie, aunque fuera duro. Después se lo diría a la abuela, y entonces la abuela podría explicárselo a Bapi. Eso funcionaría mejor. Pero Effie todavía estaba dormida.

Arriba, después del desayuno, Lena metió sus útiles de pintura en la mochila. La rutina siempre ayudaba a una mente inquieta. Se asomó por su ventana a la hora en que Kostos solía pasar camino del café antes de volver

cuesta abajo a la forja, pero esa mañana no pasó. Claro que no.

Al salir de casa, decidió andar cuesta abajo. La luz del sol, que rebotaba en los muros blancos, penetraba en sus ojos, proyectaba una luz clara en su mente e iluminaba los rincones polvorientos y olvidados.

Se dirigió hacia la casa de Kostos. Debido a la curva de la acera, la casa estaba situada de tal manera que, si por casualidad tropezabas y rodabas, y la puerta de la casa estaba abierta, podías terminar en su salón.

Pasó por delante despacio. No había señales de actividad. Siguió bajando por el acantilado y se encaminó en la dirección en que creía que estaba la forja. Tal vez se cruzaría con él. Tal vez podría hablar con él o al menos comunicarle mediante su expresión que sabía que el asunto se había desmandado totalmente.

No lo vio. Siguió andando. Sin mucho entusiasmo, montó el caballete justo debajo de su iglesia preferida.

Sacó el carboncillo, lista para garabatear el esqueleto de la torre del campanario. Su mano vaciló al tiempo que las ideas se agolpaban en su mente.

Guardó el carboncillo. Aquel día, para variar, no se sentía inspirada. Recogió el resto de sus cosas y se dirigió de nuevo cuesta arriba. Tal vez se cruzaría con Kostos esa vez. Tal vez se iría de compras con Effie, como quería hacer siempre Effie, y compraría uno de esos absurdos cuencos de madera de olivo para turistas.

Tal vez encontraría la forma de contarle a su abuela lo que realmente había ocurrido.

Bueno, se dijo, visto desde el lado bueno, Kostos ya no la iba a molestar más. Pero ese lado ya no parecía tan bueno.

Carma:

Hicimos una excursión a través de un campo volcánico. Se llama Tres Vírgenes. Cuatro Vírgenes y podríamos ser nosotras. Te juro que podía oler el humo, aunque nuestro guía nos dijo que los volcanes estaban inactivos desde el siglo pasado.

Después fuimos hacia el sur por unos cañones para ver antiguo arte rupestre de los indios. Primero había unas escenas de caza y después una gran pintura detrás de otra de unos penes enormes. Diana y yo nos reímos tanto que tuvimos que sentarnos en el suelo. Los entrenadores que vinieron con nosotras intentaron que pasáramos

rápido, fue divertidísimo. Me gustaría que hubieras estado allí.

Ah, los locos placeres de Baja.

Con cariño,

Bi.

.

Antes de criticar a alguien, deberías ponerte en su lugar y andar un kilómetro con sus zapatos. Así, cuando los critiques, estás a un kilómetro de ellos y tienes sus zapatos.

Frieda Norris

—**B**árbara, ya conoces a mi hija, Krista -le dijo Lydia a la modista el martes por la tarde.

Krista sonrió encantadora.

Lydia hizo un gesto hacia Carmen.

—Y ella es mi...

Se detuvo. Carmen sabía que Lydia se estaba mentalizando para decir hijastra, como Al llamaba a Krista, pero se echó atrás.

—Esta es Carmen.

—Lydia es mi madrastra -aclaró Carmen, con la única intención de resultar detestable.

Bárbara tenía una melena rubia cortada en forma de campana. Sus dientes, cuando sonreía, eran una pared blanca. Grandes y falsos, concluyó Carmen.

Bárbara miró fijamente a Carmen. Carmen tenía el pelo recogido y alborotado. Su camiseta de tirantes roja estaba empapada de sudor.

—¿Esta es la hija de Albert? -preguntó con evidente sorpresa, mirando a Lydia en lugar de a Carmen en busca de una confirmación.

—Esta es la hija de Albert -respondió Carmen por sí misma.

Bárbara quería dar marcha atrás. Al fin y al cabo, Albert pagaba la cuenta.

—Es que tú... debes parecerle a tu madre -dijo, como si eso fuera diplomático.

—Me parezco -confirmó Carmen-. Mi madre es puertorriqueña. Habla inglés con acento... y *reza* el rosario.

Nadie pareció apreciar su descaro. La chica invisible.

—Tiene la habilidad de su padre para las matemáticas -alegó Lydia débilmente, como si en el fondo de su corazón no creyese que Carmen estuviera emparentada con Albert.

Carmen tuvo el impulso de abofetearla.

—Bueno, vamos a empezar con las pruebas -sugirió Bárbara mientras depositaba un montón de bolsas de trajes encima de la cama de Lydia. La cama de Lydia y Albert.

—Krista, vamos a probarte el tuyo primero.

—Oh, oh, ¿podemos ver primero el de mamá? -rogó Krista. Literalmente juntó las manos en un gesto de súplica.

Carmen desapareció en una butaca tapizada junto a la pared mientras Lydia, orgullosa, se embutía en lo que parecía ser al menos setenta metros

de brillante tela blanca. Carmen pensó que era francamente vergonzoso que una mujer, que había rebasado los cuarenta, con dos hijos adolescentes llevara una enorme cosa blanca abullonada en su boda. El cuerpo era ceñido y las mangas cortas enseñaban un montón de brazo de más de cuarenta años.

—Mamá, estás preciosa. Eres un sueño. Voy a llorar -la elogió Krista sin llorar de verdad.

Carmen advirtió que estaba zapateando sobre el parqué brillante como un espejo y se obligó a parar.

Después, la dulce miniatura pálida de Krista se probó un vestido de tafetán de un color rosa tirando a morado. Carmen *rezaba* para que su vestido no fuera idéntico a aquel.

Tuvieron que meterle un poco al vestido de Krista en la cintura.

—Oooh -dijo Krista, riéndose mientras Bárbara estrechaba la cintura y pinchaba los alfileres. El vestido era atroz, pero en la descolorida y plana de Krista quedaba lo mejor que podía quedar.

Ahora le tocaba a Carmen. Aunque era invisible, ponerse el vestido idéntico, tieso, brillante y demasiado pequeño sobre su piel húmeda fue deprimente y humillante. No podía mirar a nadie. No podía mirarse en el espejo. No quería tener la imagen viva en la memoria el resto de su vida.

Bárbara la evaluó con ojos críticos.

—Madre mía. Bueno, esto va a necesitar algo de trabajo -fue directamente a las caderas de Carmen y abrió las costuras sin rematar-. Sí, esto vamos a tener que sacarlo todo. No estoy segura si tengo suficiente tela. Lo comprobaré cuando vuelva a la oficina.

«Eres una bruja horrible», pensó Carmen.

Sabía que estaba absolutamente espantosa con ese vestido. Parecía un disfraz mitad prostituta y mitad latina de espectáculo de primera comunión.

Bárbara examinó la forma en que la tela se estiraba sin gracia sobre el pecho de Carmen.

—Tendremos que sacar de ahí también -dijo acercándose.

Carmen inmediatamente cruzó los brazos. «No te acerques a mi pecho», le ordenó en silencio.

Bárbara se volvió hacia Lydia consternada, como si fuera culpa de Carmen que el estúpido vestido no le cupiera.

—Me temo que quizá tenga que empezar de cero con este.

—Te deberíamos haber dado las medidas de Carmen desde el principio -confesó Lydia con cierta vergüenza-. Pero Albert quería esperar a que llegase para contarle lo de... -no terminó la frase, al darse cuenta de que se dirigía a un terreno de tensión.

—Generalmente un prototipo tosco sirve como punto de partida -dijo Bárbara, echándole la culpa de nuevo a Carmen y su culo.

—Carmen se tiene que marchar ahora -le dijo Carmen a Bárbara.

La ira le estallaba en el pecho, estrujaba su corazón, subía por la

garganta. Su genio no podía soportar ni un segundo más a Bárbara.

—Odio este sitio -fueron las palabras de despedida de Carmen a una confundida Lydia-. Y deberías llevar manga larga.

Salió de la habitación hecha una furia.

Paul se encontró con ella en el pasillo.

—Creas antagonismo -murmuró Carmen, que salía a toda velocidad. Le impresionaron tanto las cinco sílabas de «antagonismo» como el significado de sus palabras.

«Te lo has imaginado», se dijo a sí misma, acelerando el paso.

—Esos pantalones son alucinantes -dijo Bailey cuando llegó a Wallman's a su hora habitual.

Tibby se había hecho a la idea de que vendría. Ya no se molestaba en protestar.

Tibby se levantó del estante bajo donde había estado pegando las etiquetas con los precios en cajas de ceras de colores.

—Son *los* vaqueros -explicó Tibby-. Llegaron ayer.

Había desgarrado el paquete, cubierto de coloridos sellos de aspecto falso. Había estrechado los pantalones con fuerza, sintiendo que abrazaba una parte de Lena y aspirado el olor de Grecia que, imaginaba, había calado en la tela. Los pantalones sí olían ligeramente a aceite de oliva, no se lo estaba imaginando. Y había una mancha tirando a marrón delante de la pernera derecha, hacia la parte alta del muslo, que supuso debía ser la sangre del abuelo de Lena.

Bailey abrió los ojos como platos, su expresión cargada de reverencia.

—Te quedan genial -dijo sin aliento.

—Deberías ver cómo le quedan a mis amigas -replicó Tibby.

Cada vez con mayor frecuencia, Bailey quería oír historias de las amigas de Tibby y las novedades que contaban en sus cartas. Cada vez más, Tibby tenía la sensación de que estaba inventando un mundo exterior para Bailey y ella.

—¿Ha pasado ya algo mientras los llevaban? -preguntó Bailey, enteramente dispuesta a creer en la magia de los pantalones.

—Bueno, mitad con los vaqueros y mitad sin ellos. Un chico vio a Lena desnuda y su abuelo intentó pegarle -Tibby no podía evitar sonreír ante la idea-. Si conocieras a Lena, sabrías que ha sido un problema enorme.

—Lena es la que está en Grecia -dijo Bailey.

—Exacto.

—¿Ha tenido ya Bridget los vaqueros? -preguntó Bailey. Por algún motivo, Bridget tenía fascinada a Bailey.

—No. Carmen es la siguiente. Luego, Bridget.

—Me pregunto qué hará Bridget con ellos -reflexionó Bailey.

—Alguna locura -dijo Tibby a la ligera, pero luego se calló, arrepentida

de su forma de expresarse.

Bailey la estudió durante un minuto.

—Yo creo que te preocupas por Bridget.

Tibby estaba pensativa.

—Quizá lo haga -consideró despacio-. Quizá todas lo hacemos un poco.

—¿Por su madre?

—Sí. En buena parte por eso.

—¿Su madre estuvo enferma? -insistió Bailey.

—No estuvo enferma... físicamente, en realidad -dijo Tibby cautelosa-. Tuvo... una depresión grave.

—Oh -dijo Bailey. Estaba dispuesta a zanjar el tema ahí. Parecía que adivinaba el resto.

—Y... ¿te ha pasado ya algo interesante con los pantalones? -preguntó Bailey.

—He derramado un Sprite y Duncan me ha acusado de retención de recibos.

Bailey sonrió.

—¿Qué es eso?

—Se me ha olvidado darle el recibo a una cliente.

—Oh -dijo Bailey-. Fatal.

—Oye, ¿estás lista para acercarnos a los cines Pavillion? -preguntó Tibby.

—Sí. He traído las cosas. Cargué todas las baterías.

Bailey había empezado a pasar el tiempo en la habitación de Tibby, trabajando en la película, mientras Tibby estaba en Wallman's. Tibby le había enseñado a Bailey los pasos básicos para editar y para montar el audio en su iMac. Loretta siempre dejaba pasar a Bailey. Era algo raro, pero a Tibby ya no le importaba.

En los Pavillion, Margaret todavía estaba trabajando en la taquilla, así que tuvieron que esperar. En cuanto entraron en el vestíbulo, Tibby divisó a Tucker. Tomó aire. Después de las historias que había oído sobre los sitios a los que iba y la gente con la que salía, no esperaba verlo en el cine.

Se encontraba con dos de sus amigos en la cola de las palomitas. Tenía los brazos cruzados y un aire impaciente.

—¿Qué ves en ese tío? -se preguntó Bailey en voz alta.

—Solo que es uno de los tíos más guapos que he visto en persona -dijo Tibby.

Cuando él miró hacia donde estaban y se encontró con su mirada, Tibby sintió una oleada de confianza al recordar que llevaba los vaqueros. En seguida sintió que se desplomaba su confianza al recordar que todavía llevaba la bata.

¿Quedaría demasiado evidente si aprovechaba ese momento para

despojarse de la bata? Tucker terminó de comprar las palomitas y un refresco del tamaño de la batería de un coche y se dirigió directamente hacia ella.

—Eh, Tibby. ¿Qué tal? -estaba mirando fijamente su identificación con el «¡Hola, soy Tibby!». Sabía su nombre sin la identificación, pero solamente porque la asociaba con sus atractivas amigas.

—Bien -dijo Tibby con frialdad. Nunca podía hablar cuando estaba cerca de él.

Oyó a Bailey resoplar con sorna.

—¿Estás trabajando en Wallman's? -preguntó Tucker. Uno de sus amigos sonrió con suficiencia.

—No, solo lleva la bata porque está de moda -saltó Bailey.

—Nos vemos -murmuró Tibby por encima del hombro hacia Tucker.

Sacó a Bailey a rastras por la puerta hasta el calor de la acera.

—Bailey, estáte calladita, ¿quieres?

Bailey tenía una expresión peleona.

—¿Por qué debería hacerlo?

Margaret salió de la taquilla.

—¿Estáis listas?

Tibby y Bailey se fulminaron con la mirada.

—Sí, estamos listas -dijo Tibby entre dientes apretados, sintiéndose importante.

—¿Margaret, cuánto tiempo hace que trabajas aquí? -preguntó Tibby una vez que hubieron preparado todo en una parte tranquila del vestíbulo, delante de un póster de Fuera de Onda, a elección de Margaret.

—Vamos a ver -Margaret miró al techo-. Supongo que desde... 1971.

Tibby tragó saliva. Eso era hace unos treinta años. Miró a Margaret más de cerca. Llevaba el pelo teñido de rubio y recogido en una coleta alta y mucha sombra de ojos. Era, evidentemente, mayor de lo que parecía, pero Tibby nunca hubiera imaginado que fuera tan mayor.

—¿Cuántas películas calculas que has visto? -preguntó Tibby.

—Más de diez mil, supongo -dijo Margaret.

—¿Y tienes una favorita?

—No sé, -la verdad -respondió Margaret-. Tantas me han *encantao*. Me encantóóó esta -apuntó con el pulgar hacia el póster de la película que tenía detrás. Pensó un poco más-. *Magnolias de acero* es una de mis favoritas desde siempre.

—¿Es verdad que puedes recitar escenas de películas enteras? -preguntó Tibby.

Margaret se sonrojó.

—Sí, claro. Bueno, no es por presumir ni nada, ¿eh? Solo me acuerdo de algunos trozos. Ahora echan una muy maja con Sandra Bullock. ¿Queréis oírla?

Margaret se quitó la rebeca rosa y Tibby se fijó en lo pequeña que era. No parecía que hubiera llegado a la pubertad, y mucho menos que hubiera pasado su cuarenta cumpleaños hace ya tiempo.

«¿Qué le ha pasado?», se preguntó Tibby. Miró a Bailey. Bailey tenía la boca muy pequeña.

—¿Podríamos ver una película contigo? -sugirió Bailey.

Margaret puso una expresión desconcertada.

—¿Quieres decir entrar y ver una ahora? ¿Las tres juntas?

—Sí -dijo Bailey.

—Eh..., supongo que podemos -la expresión de Margaret cambió lentamente de duda a interés-. Está esa tan maja que echan ahora mismo, arriba en la sala cuatro.

Margaret siguió vacilante a Bailey y a Tibby por el pasillo oscuro hasta una fila de asientos en el centro.

—Siempre me quedo atrás, de pie -explicó en un susurro-. Pero estos asientos están muy bien, ¿eh?

Mientras se desarrollaba el argumento hueco, Margaret las miró tantas veces, para comprobar emocionada sus reacciones, que Tibby se preguntó, la garganta henchida de tristeza, cuántas de las diez mil películas habría visto Margaret con otra persona.

Bridget no se podía dormir. Incluso su sitio en el extremo de la playa bajo las estrellas le parecía agobiante y *limitado*. Sentía que crecía una agitación peligrosa en sus articulaciones y sus músculos.

Salió del saco de dormir y se acercó andando hasta el agua. Nunca había estado tan en calma. Quería que Eric fuera a verla. Tenía tantas ganas de estar cerca de él.

Tuvo una idea. Supo inmediatamente que era una mala idea, pero una vez que estaba ahí, era como un desafío. No podía dejar de hacerlo.

Caminó despacio por la playa, escuchando el susurro de la arena entre sus dedos. El extremo norte de su pequeña bahía era aún más desértico y era, como bien sabía, el lugar donde Eric compartía una cabaña con otros entrenadores.

Un recuerdo le saltó a la mente. Era algo que había escrito un psiquiatra sobre ella en los meses después de la muerte de su madre. Se suponía que era confidencial, pero había encontrado el informe en un cajón del escritorio de su padre. «Bridget es inquebrantable en la consecución de sus objetivos», había escrito el doctor Lambert. «Inquebrantable hasta el punto de ser imprudente».

«Solo echaré un vistazo», se prometió a sí misma. No podía parar ahora precisamente. Ya estaba allí. Encontró la puerta fácilmente. Todo el frente de la cabaña estaba abierto al aire. Dentro había cuatro camas. Una

estaba vacía. En otras dos había monitores durmiendo, universitarios como Eric. En la cuarta estaba, sin lugar a dudas, Eric. Estaba durmiendo en calzoncillos boxers, su alargado cuerpo completamente despatarrado en la pequeña cama. Ella dio un paso adelante.

Él debió de sentir que estaba ahí, porque de pronto levantó la cabeza sobresaltado. La volvió a apoyar en la almohada y en seguida la levantó sobresaltado de nuevo, al comprender la trascendencia de lo que estaba viendo. Se alarmó de verla allí.

Ella no dijo una palabra. No había pensado en cazarlo precisamente de esa manera. Pero, evidentemente, él temía que dijera algo. Se levantó de la cama y salió a trompicones de la cabaña. La agarró de la mano y la arrastró consigo a un sitio alejado bajo un corrillo de palmeras datileras.

—¿Bridget, en qué estás pensando? -estaba atontado, desorientado-. No puedes venir aquí -susurró.

—Lo siento -dijo ella-. No tenía intención de despertarte.

Él parpadeó, intentando enfocar bien la mirada.

—¿Y cuál era tu intención?

El viento le voló el pelo hacia delante. Las puntas llegaban a rozar el pecho de Eric. Bridget deseó que hubiera terminaciones nerviosas en el pelo. Vestía solo una camiseta blanca que apenas llegaba a tapar sus braguitas. Era terriblemente difícil no tocarlo.

—Estaba pensando en ti. Solo quería ver si estabas dormido.

El no dijo nada y no se movió. Ella puso las dos manos sobre su pecho. Contempló con lenta fascinación cómo él levantaba una mano y la llevaba a su pelo, apartándolo de la cara.

Aún estaba soñoliento. Era como si aquello fuera la continuación de un sueño. El quería volver a hundirse en su sueño; ella lo sabía. Lo rodeó con los brazos y estrechó su torso contra el suyo.

—Mmmmm -ronroneó él.

Ella quería conocer el contorno de su cuerpo. Ansiosa subió hasta los hombros, bajó sobre los fuertes músculos de sus brazos. Volvió a subir al cuello, entre el pelo, bajando por su pecho, el duro estómago. Entonces es cuando le dio la impresión de que se despertaba. Pareció sacudirse, le agarró los brazos y se despegó de ella.

—Por favor, Bridget -se quejó con ruidosa frustración airada. Ella retrocedió un paso-. ¿Qué estoy haciendo? Te tienes que marchar de aquí.

Todavía la sujetaba por los brazos, pero ahora con más suavidad. No le dejaba tenerlo, pero tampoco le dejaba marcharse.

—Por favor, no hagas esto. Por favor, dime que no volverás por aquí.

Escudriñó su rostro. Sus ojos le imploraban grandes contradicciones.

—Pienso en ti -dijo ella solemne-. Imagino que estamos juntos.

Él cerró los ojos y le soltó los brazos. Cuando abrió los ojos su mirada era más decidida.

—Bridget, márchate y prométeme que no volverás a hacer esto. No sé si podré soportarlo.

Se marchó, pero no prometió nada.

Tal vez él no había pretendido que sus palabras fueran una invitación. Pero así es como se las tomó ella.

El tiempo dice la verdad.

Galleta china de la suerte

Quiero sentarme aquí -declaró Bailey, acercando una silla a la jaula de Mimi.

Ver a Mimi le hizo recordar.

—Oh, mierda -murmuró Tibby.

—¿Qué?

—Ayer se me olvidó totalmente ponerle comida -dijo Tibby, al tiempo que agarraba un bote de semillas mezcladas. Hacía meses que no se olvidaba.

—¿Puedo hacerlo yo? -preguntó Bailey.

—Claro -dijo Tibby, que en realidad no lo tenía tan claro. Nadie daba de comer a Mimi más que ella. Tuvo que irse al otro lado de la habitación para no controlarla.

Bailey terminó de ponerle la comida a Mimi y se sentó otra vez.

—¿Lista? -preguntó Tibby, mientras colocaba el micrófono.

—Creo que sí.

—De acuerdo.

—Espera -dijo Bailey, poniéndose de pie.

—¿Ahora qué pasa? -preguntó Tibby irritada.

Bailey quería que la entrevistaran para su película. Pero ahora estaba extrañamente indecisa sobre cómo quería hacerlo. Estaba inquieta. Sin duda, tenía una idea.

—¿Puedo ponerme los pantalones?

—¿Los pantalones... los vaqueros?

—Sí. ¿Me los prestas?

Tibby dudaba.

—Para empezar, de verdad que no creo que te vayan a quedar bien.

—No me importa -replicó Bailey-. ¿Me los puedo probar? No los vas a tener mucho tiempo más, ¿no?

—Grrrrr -impaciente, Tibby los rescató de su escondite en el armario. Le aterrorizaba que Loretta los tirase a la lavadora con una buena dosis de lejía, como había hecho con los jerséis de lana de Tibby-. Toma -se los tendió a Bailey.

Bailey se deshizo de sus pantalones cargo verde oliva. A Tibby le llamó la atención la palidez de sus delgadas piernas y el gran cardenal que se extendía desde la cadera hasta el muslo.

—¡Vaya!, ¿qué te ha pasado ahí? -preguntó Tibby.

Bailey le lanzó la mirada de «No preguntes» y se subió los vaqueros.

A pesar de que eran mágicos, a Bailey le quedaban demasiado grandes. Era diminuta. Sin embargo, parecía contenta y se remangó las perneras arrugadas por encima de los pies.

—¿Todo bien? -confirmó Tibby.

—Todo bien -respondió Bailey, que volvió a acomodarse en su silla.

Tibby apuntó la cámara y apretó el botón de encendido. A través de la lente veía a Bailey de forma un poco diferente. Su piel fina, casi transparente, parecía amoratada y azul alrededor de los ojos.

—Cuéntame cosas -dijo Tibby, que no estaba segura de lo que quería hablar Bailey y tenía un temor instintivo a hacerle preguntas directas.

Bailey subió los pies a la silla, apoyó los brazos sobre sus huesudas rodillas y la barbilla en el antebrazo. La luz entraba en diagonal por la ventana y prendía en su pelo.

—Pregúntame cualquier cosa -la desafió Bailey.

—¿De qué tienes miedo? -la pregunta salió de la boca de Tibby antes de que pensara en hacerla.

Bailey lo consideró.

—Me asusta el tiempo -respondió. Era valiente, inmutable ante el gran ojo de cíclope de la cámara. No había rastro de remilgo o timidez en Bailey-. Es decir, me asusta no tener suficiente tiempo -aclaró-. No tener tiempo para comprender a la gente, cómo son de verdad, o que me comprendan a mí. Me asusta lo rápido que juzga y cómo se equivoca todo el mundo. No se puede arreglar si no hay tiempo. Me asusta ver fotos en vez de películas.

Tibby la miró incrédula. Le llamó la atención ese lado nuevo de Bailey, esa Bailey filosófica más allá de su edad. ¿Te volvía sabio el cáncer? ¿Habían sobrealimentado su cerebro de doce años todos esos productos químicos y rayos X?

Tibby negaba con la cabeza.

—¿Qué? -preguntó Bailey.

—Nada. Solo que me sorprendes todos los días -dijo Tibby.

Bailey sonrió.

—Me gusta que te dejes sorprender.

Carma:

Te estoy escribiendo desde la oficina de correos, y este paquete urgente cuesta más de lo que gano en Wallman's en dos horas, así que ya puede llegarte mañana.

Todavía no he conseguido comprender lo que han significado para mí los pantalones. Ha podido ser algo profundo. Te lo diré cuando lo sepa.

A ti te irá mejor porque tú eres la única e inigualable Carma Carmina

Será mejor que termine, porque a la señora de la ventanilla está a

punto de darle algo.

Con cariño,
Tibby.

La abuela estaba afligida a la hora de comer. Les dijo que no quería hablar de nada. Resultó que eso significaba que no quería hablar de nada de lo que Lena o Effie tuvieran que decir. Se contentó con escucharse a sí misma.

—Me crucé con Rena esta mañana y no me dirigió la palabra. ¿Os lo podéis imaginar? ¿Quién se cree que es esa mujer?

Lena movió los *tzadziki* por todo el plato. Había una cosa clara sobre la abuela: nunca llegaba a disgustarse tanto que no pudiera cocinar.

Bapi estaba en Fira por negocios; Effie lanzaba a Lena un millón de miradas de todo tipo desde el otro lado de la mesa.

—Kostos ha sido siempre un chico tan bueno, tan amable, pero nunca se sabe, ¿no? -caviló.

Lena se sintió abatida. La abuela adoraba a Kostos. Era un poco cerdo, pero evidentemente era una gran fuente de alegrías en la vida de la abuela.

—Abuela -interrumpió Lena-. Tal vez Kostos, tal vez él...

—Cuando pienso por todo lo que ha pasado, cualquiera podría esperar que tuviera problemas -siguió la abuela impertérrita-. Pero nunca había visto un problema antes.

—¿Qué tipo de problemas? -quiso saber Effie.

—Abuela, quizá no pasó exactamente lo que tú crees -insinuó Lena tímidamente, hablando a la vez que Effie.

La abuela las miró a las dos, harta.

—No quiero hablar de ello -dijo.

Tan pronto como una cantidad aceptable de comida se hubo consumido, Lena y Effie fregaron su plato y huyeron.

—¿Qué ha pasado? -demandó Effie a menos de un metro de la casa.

—Uffff -se quejó Lena.

—Dios, ¿qué le pasa a todo el mundo? -insistió Effie.

Lena también se sintió harta.

—Escucha, Eff, no chilles ni grites ni critiques hasta el final. ¿Lo prometes?

Effie asintió. Cumplió en gran parte lo prometido hasta que Lena llegó a la pelea a puñetazos y entonces no se pudo contener más.

—¡No! ¡No lo dices en serio! ¿Bapi? Dios mío.

Lena asintió.

—Ya puedes decirles la verdad antes de que lo haga Kostos, o te vas a sentir como una idiota -aconsejó Effie con su típica sutileza.

—Lo sé -dijo Lena con tristeza.

—¿Por qué no les dijo Kostos la verdad en su momento? -se preguntó Effie en voz alta.

—No lo sé. Había mucha confusión. Ni siquiera sé I si comprendió por qué se peleaban.

Effie negó con la cabeza.

—Pobre Kostos. Estaba tan enamorado de ti.

—Ya no -señaló Lena.

—Supongo que no.

BRIDGET: Hola, eh, ¿Loretta?

LORETTA: Hola.

BRIDGET: Loretta, soy Bridget, la amiga de Tibby.

LORETTA: Hola.

BRIDGET (casi a gritos): ¡Bridget! ¡Soy Bridget! Quería hablar con Tibby. ¿Está en casa?

LORETTA: Ah... ¿Bridget?

BRIDGET: Sí.

LORETTA: Tibby no está.

BRIDGET: ¿Le puedes decir que la he llamado? No tengo teléfono, así que la volveré a llamar.

LORETTA: Hola.

Cuando Carmen bajó esa noche poco antes de la cena, estaba preparada para una pelea. Llevaba los pantalones, con los que sentía que se recordaba a sí misma. Recordaba cómo se sentía cuando la gente la quería. Recordaba su habilidad para el enfrentamiento. Necesitaba bajar a la verdadera Carmen y hablar con su padre y con Lydia antes de olvidarse a sí misma y volverse invisible de nuevo.

Lydia, sin duda, le había contado a su padre la desastrosa prueba del traje y había protestado por su comportamiento. Carmen estaba lista para sacarlo a la luz. Estaría encantada de gritarle a Lydia. Le encantaría que Lydia respondiese a gritos. Lo necesitaba.

—Hola -dijo Krista desde su puesto de deberes en la mesa de la cocina. Carmen la estudió buscando matices de significado.

—Carmen, ¿quieres un refresco? -preguntó Lydia alegremente, mientras medía arroz y lo echaba en una olla.

Su padre apareció en la puerta, aún sin cambiarse la ropa de trabajar.

—Hola, corazón. ¿Cómo te ha ido el día?

Carmen miró asombrada a su padre y a Lydia. «¡Mi día fue horrible!», quiso gritar. «Una modista con dientes falsos me insultó y me humilló. Me porté como una estúpida.»

No lo hizo. Por el contrario, lo miró boquiabierto en silencio. ¿Tenía la menor idea de cómo se sentía? ¿De lo triste que se encontraba allí?

Llevaba la cara de póquer. Lydia también.

—Huele fenomenal -comentó él, para mantener la escena encarrilada.

—Pollo asado -informó Lydia.

—Hummm -dijo Krista robóticamente.

¿De dónde sale esta gente? ¿Qué les pasa?

—He tenido un día horrible -dijo Carmen, que notaba que se escapaba su oportunidad. Se sentía demasiado desdichada para hacerse la lista.

Su padre ya estaba casi en lo alto de las escaleras, subiendo para cambiarse de ropa. Lydia fingió que *no* la había oído.

Incluso con los vaqueros era invisible. Y muda. Salió por la puerta principal a zancadas histriónicas y la cerró detrás de ella con fuerza. Afortunadamente, la puerta aún era capaz de armar jaleo.

De las treinta y seis formas de evitar el desastre, salir corriendo siempre es la mejor.

Anónimo

A veces un paseo ayudaba a Carmen a calmar los ánimos. Otras veces, no.

Llegó a paso rápido hasta el arroyo en un extremo del bosque. Sabía que había serpientes de agua acechando en la espesura. Esperaba que una la mordiese.

Sacó a la fuerza una piedra ancha y pesada de la tierra apelmazada a la orilla del arroyo. La tiró al agua, satisfecha con la enorme explosión húmeda que lanzó gotas de agua a sus pantalones. La piedra se asentó en el lecho del arroyo y obstruyó ligeramente el tranquilo fluir del agua. Sus ojos se fijaron en la corriente, que se rizaba alrededor de su piedra. Un momento después, el agua dio la impresión de adaptarse. Insertó la ancha piedra un poco más hondo en el lecho y pudo fluir sin impedimentos otra vez.

La cena estaría lista a esa hora. ¿La estaban esperando? ¿Se estaban preguntando dónde había ido? Su padre tenía que haber oído el portazo. ¿Estaba preocupado? Tal vez su padre había salido a buscarla. Tal vez había ido hacia el norte y había mandado a Paul hacia el sur para buscarla a lo largo de Radley Lañe. Tal vez el pollo asado de Lydia se estaba enfriando, pero a su padre le daba igual porque Carmen se había marchado.

Comenzó a andar hacia la casa. No quería que su padre llamase a la policía para salir a buscarla ni nada parecido. Y Paul acababa de llegar esa mañana de visitar a su padre. Paul ya tenía bastante en qué pensar.

Avivó el paso. Tenía incluso un poco de hambre después de no comer apenas durante días. «Como cuando estoy contenta», le había comentado a su padre la noche anterior a propósito del guiso intacto en su plato. El no lo había entendido.

El corazón le latía con fuerza al subir las escaleras del porche hacia la puerta, imaginando la cara de su padre. ¿Estaría ahí? ¿Estaría fuera buscándola? Tampoco quería irrumpir en la casa si solamente estaban Lydia y Krista.

Se asomó por la puerta principal. La luz estaba encendida en la cocina, pero el salón estaba a oscuras. Se deslizó hacia un lado de la casa para ver mejor. Fuera estaba lo bastante oscuro como para no preocuparse de ser vista.

Cuando llegó al gran ventanal que abarcaba la mesa de comedor se quedó helada. Dejó de respirar. La ira comenzó a crecer de nuevo. Le crecía hasta la garganta, donde notaba el sabor a cobre en el paladar, como de sangre. Bajaba hasta el estómago, donde anudaba sus tripas. Tensó sus brazos y agarrotó sus hombros. Empujó contra las costillas hasta que sintió que se

quebrarían como palos.

Su padre no la estaba buscando. No había llamado a la policía. Estaba sentado en la mesa del comedor con montañas de pollo asado, arroz y zanahorias en el plato.

Aparentemente era el momento de bendecir la mesa. Cogía una mano a Paul por un lado y por el otro a Krista. Lydia estaba justo enfrente de él, de espaldas a la ventana. Los cuatro formaban una piña, los brazos enlazados rodeándoles como una guirnalda, las cabezas agachadas, próximas, agradecidas.

Un padre, una madre y dos hijos. Una amargada chica sola afuera, mirando hacia adentro, invisible. La ira era demasiado grande para contenerla dentro.

Corrió escaleras abajo y cogió dos piedras, pequeñas y fáciles de sujetar. Los movimientos ya no estaban conectados con los pensamientos, pero debió de subir otra vez las escaleras y alzar el brazo. La primera piedra rebotó en el marco de la ventana. La segunda debió de atravesar la ventana, porque oyó cómo se resquebrajaba el cristal y la vio volar detrás de la *cabeza* de Paul y estrellarse contra la pared más alejada, antes de asentarse en el suelo a los pies de su padre. Se quedó el tiempo suficiente para que su padre levantase la vista y la viese a través del agujero irregular en la ventana y supiera que era ella y que la había visto y que ella lo había visto a él, y que ambos lo sabían.

Y luego salió corriendo.

Tibby:

Me encantan las duchas al aire libre. Me encanta mirar al cielo, incluso he empezado a ir al baño afuera en lugar de encerrarme en uno de esos asquerosos baños exteriores. Soy un ser asilvestrado. Esa es la palabra, ¿no? Tú odiarías todo este naturismo, Tib, pero para mí es perfecto. Pensar en una ducha bajo techo me da claustrofobia. ¿Crees que alguien se daría cuenta si empezase a ir al baño en el jardín de atrás? Ja. Es broma.

Creo que no he nacido para vivir en una casa.

Con cariño,

Bi la contemplativa.

Lena obtuvo instrucciones para llegar a la forja y una bolsa de

bollos de la señora de la panadería.

—*Antio*, Lena, guapa.

El pueblo era lo bastante pequeño para que todos los habitantes la conocieran ya como la «tímida y guapa» Lena. «Tímida» era el apelativo comprensivo que recibía de los mayores. «Estirada» era el poco comprensivo que recibía de los chicos de su edad.

Desde la panadería, Lena se dirigió a la forja, un aislado edificio bajo de ladrillo, con un pequeño jardín delante. A través de la doble puerta abierta del edificio a oscuras podía ver el fuego azul-y-naranja al fondo. ¿Realmente fabricar herraduras y piezas de barcos era aún un negocio? De pronto sintió como una profunda lástima punzante por Kostos y su abuelo. El bapi de Kostos sin duda soñaba con que su nieto continuase el negocio familiar y lo llevase hasta entrado el próximo siglo. Pero también adivinaba que Kostos no había logrado ser admitido en el London School of Economics para pasarse la vida como herrero en un minúsculo pueblo griego.

Igual que el padre de Lena, que se había convertido en un respetado abogado de Washington, pero sus abuelos seguían sin comprender por qué no había abierto un restaurante. Todavía estaban convencidos de que lo haría tan pronto fuera el momento oportuno. «Siempre puede recurrir a la cocina», decía la abuela confiada cada vez que salía el tema de la profesión de su hijo. Había un abismo misterioso entre esa isla y el resto del mundo, al igual que lo había entre viejo y joven, antiguo y nuevo.

Lena se quedó nerviosa en el paso al jardín. Kostos iba a parar para comer en cualquier momento. Arrugó la parte de arriba de la bolsa de papel con sus manos sudorosas. Se sentía extrañamente acomplejada por su aspecto. No se había lavado el pelo esa mañana, así que probablemente estaría algo grasiento en las raíces. Tenía la nariz rosa, quemada por el sol.

El pulso comenzó a latirle con fuerza en cuanto él apareció por la puerta. Estaba cubierto de hollín y tenía aspecto anticuado con la ropa oscura. El pelo estaba alborotado por la máscara protectora que llevaba y la cara encendida y brillante de sudor. Ella dirigió sus ojos hacia los suyos. «Mírame, por favor.» No lo hizo. Era demasiado educado para no saludar levemente con la cabeza cuando pasó a su lado. Pero ahora le tocaba a él ignorarla y no darle ninguna oportunidad para comunicarse.

—¡Kostos! -lo llamó por fin. No contestó. Ella no supo si lo había oído e ignorado o si había esperado demasiado antes de hablar.

Carmen corrió sobre unas piernas que no parecían estar conectadas a su cuerpo. Corrió todo el camino hasta el arroyo, saltó por encima y se asentó en la otra orilla. Pensó que los pantalones mágicos se iban a ensuciar, pero la idea fue desplazada por un millón de pensamientos distintos y la dejó marcharse flotando. Levantó la vista al cielo, un encaje de hojas de roble recortadas sobre negro. Extendió los brazos a cada lado, como si la hubieran

crucificado.

Se quedó ahí tumbada mucho tiempo, varias horas; no podía adivinar cuántas. Quería rezar, pero se sentía culpable porque parecía que únicamente se acordaba de rezar cuando necesitaba algo. Ni siquiera estaba segura de que quisiera alertar a Dios de su presencia allí: la chica que solo rezaba cuando necesitaba algo. Podía molestarse. Quizá debería aguantarse y rezar solo cuando no fuera para pedir algo y así, tal vez, Dios la querría de nuevo. Pero Dios (perdón, Dios), ¿quién se puede acordar de rezar cuando las cosas van genial? Las personas buenas, esas sí. Y ella no era una de esas.

Cuando la luna alcanzó su punto más alto y comenzaba a bajar, su enfado ya había retrocedido por completo a su sitio habitual y su cerebro comenzaba a funcionar de nuevo.

Entonces, cuando volvió a pensar, pensó que tenía que regresar a Washington, a su casa. Pero su mente también le informó de que se había dejado todo -su dinero, la tarjeta de crédito, todo lo necesario- en la casa. ¿Por qué su genio y su mente nunca funcionaban a la vez? Su genio se comportaba como un glotón a la mesa de un restaurante caro, pidiendo cientos de platos para luego desaparecer cuando iban a traer la cuenta. Dejaba que su mente lúcida fregase los platos.

—No se te invitará otra vez -murmuró a su genio, su lado malo, la Carmen malvada.

Quizá debería entregarle el cuerpo a su genio todo el tiempo. Dejar que acarree con las consecuencias, en lugar de ser racional, concienzudo, que regía su cuerpo la mayor parte del tiempo. De acuerdo, una parte del tiempo.

La Carmen racional, como la pobre idiota que era, tuvo que entrar sigilosamente en la casa dormida a las tres de la mañana (la puerta de atrás estaba abierta. ¿Alguien la había dejado así a propósito?) y recoger sus cosas en un silencio absoluto. Aunque la Carmen malvada deseaba que alguien la oyese y se enfrentase a ella, la Carmen racional evitó que lograra cumplir su deseo.

La Carmen racional fue andando a la parada *del* autobús y durmió en un banco hasta las cinco de la mañana, cuando comenzaban a circular otra vez los autobuses locales. Cogió el autobús hasta el centro, a la estación Greyhound, donde compró en efectivo un billete para el autobús a Washington, que hacía tan solo quince paradas.

La Carmen racional había llegado a Carolina del Sur y la Carmen racional era quien se marchaba. Pero había hecho escasas apariciones entre un momento y otro.

Miró por la ventana mientras el autobús avanzaba por el centro de Charleston, los edificios, tiendas y restaurantes dormidos, deseando que la Carmen del universo paralelo, con su divertido padre soltero, lo estuviera pasando mejor.

Bi;

Estoy hecha un lío. Ni siquiera puedo escribir sobre ello todavía. Solo quiero mandarte este paquete por correo de la forma más rápida y cara posible. Te diré, nada más, que los vaqueros no me han llevado a portarme como una persona decente y digna de ser querida. Espero que a ti te vaya mejor con ellos. ¿Qué espero? Hummm... Espero que estos pantalones te traigan...

¿Valor? No, tienes demasiado.

¿Energía? No, de esa sí que tienes demasiada.

Amor no. Ya recibes y das un montón sin su ayuda.

Ya está, ¿a ver que te parece esto? Espero que te traigan sensatez.

Qué aburrido, me estás chillando, y lo sé. Pero te diré por mi reciente experiencia, que un poco de sentido común es algo bueno. Y además, tienes todas las demás cualidades del universo, Bi.

Úsalos bien. Besos y abrazos.

Carma.

La vida es tan... así

Kelly Marquette, alias Skeletor

Durante el desayuno, Bridget estaba pensando en el sexo. Era virgen, al igual que sus mejores amigas. Había salido con un montón de chicos diferentes, habitualmente con un grupo de amigos. Había llegado más allá de los besos con un par de ellos, pero no mucho más allá. La había empujado más la curiosidad que el anhelo físico.

Pero por Eric, su cuerpo sentía algo distinto. Algo más grande y más abrupto y más tormentoso que lo que había podido atisbar hasta entonces. Su cuerpo deseaba el suyo de una forma dolorosa, decidida y exigente, pero ni siquiera estaba totalmente segura de qué o cuánto pedía.

—¿En qué estás pensando? -preguntó Diana, raspando con la cuchara el fondo de su cuenco.

—En sexo -respondió Bridget honestamente.

—Me lo imaginaba.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Tiene algo que ver con donde fuiste anoche? -quiso saber Diana, curiosa pero sin avasallar.

—Bueno, un poco -respondió Bridget-. Vi a Eric. Pero no nos enrollamos ni nada.

—¿Tú querías? -preguntó Diana.

Bridget asintió.

—Creo que esta noche puede ser la noche -intentó transmitir confianza sin ser arrogante.

—¿Esta noche puede ser qué noche? -preguntó Olivia, mientras se sentaba con su bandeja.

—La noche que nos enrollemos, Olivia -respondió Bridget.

—¿Tú crees? -preguntó Olivia.

—Sí.

Bridget no quería explicar lo que había ocurrido la noche anterior. Le parecía demasiado íntimo para contarle detalladamente.

—Estoy impaciente por oírlo -dijo Ollie con actitud dudosa y desafiante.

Bridget no pudo reprimir una pequeña chulería.

—Estoy impaciente por contártelo.

Sherrie se detuvo en su mesa camino de la salida.

—Bridget, has recibido un paquete.

Bridget se levantó. Una sospecha acerca del paquete provocó un escalofrío que le subió por el cuello. Estaba prácticamente segura de que la ropa que le había pedido a su padre no había llegado aún. Su padre era el famoso holandés tacaño. Era imposible que hubiera enviado sus cosas por correo urgente. Eso quería decir que...

Corrió descalza hasta el edificio principal y esperó inquieta junto a la mesa del teléfono.

—¡Hola! -gritó para ser atendida. La paciencia puede ser una virtud, pero no era su virtud.

Eve Pollan, la ayudante de Connie, salió de la oficina.

-¿Sí?

Bridget no podía parar los pies.

—Un paquete para mí. Bridget Vreeland. V-R-E-E...

Eve puso los ojos en blanco. Solo había un paquete en el estante. Se lo entregó.

—Aquí está.

Bridget lo rompió allí mismo. ¡Sí! Eran los vaqueros. Eran preciosos. Los había echado de menos. Estaban ya un poco sucios, sobre todo la culera -alguien se había sentado en la tierra con ellos. La idea le hizo reír y extrañar a sus amigas al mismo tiempo. Realmente era como tener allí un poco de Lena y de Carmen y de Tibby. Aunque Carmen no se los pondría ni loca con manchas de barro en el culo. Eso tenía que haber sido Lena o Tibby. Bridget se puso los pantalones directamente encima de los blancos cortos de nailon que llevaba.

Había una carta también. La metió en el bolsillo para luego.

—¿A que estos vaqueros son preciosos? -le preguntó a Eve, porque la amargada de Eve era la única persona alrededor.

Eve la miró sin decir nada.

Bridget corrió de vuelta a la cabaña a buscar sus botas y la camiseta verde. Ese día era la primera vuelta del campeonato de la Copa Coyote. Los Tacos jugaban contra el equipo cinco, Pulgas de Mar.

—¡Diana! ¡Mira! -ordenó Bridget, meneando el culo en la cara de Diana.

—¿Son los pantalones compartidos? -preguntó Diana.

—¡Sí! ¿Qué te parecen?

Diana la miró bien.

—Bueno, son unos vaqueros, ¿no? Te sientan genial, eso sí.

Bridget sonrió encantada. Se puso las botas a toda prisa y corrió al campo.

—¿Bridget, en qué estás pensando? -demandó Molly el momento en que la vio.

—¿A qué te refieres? -preguntó Bridget, que parpadeaba inocentemente.

—Llevas vaqueros. Estamos a casi cuarenta grados. Estamos a punto de jugar el primer partido en serio.

—Son pantalones especiales -explicó Bridget pacientemente-. Son algo... mágicos. Me harán jugar mejor.

Molly negó con la cabeza.

—Bridget, ya juegas bastante bien sin ellos. Quítatelos.

—Anda -Bridget pateó con las botas-. Por favor. *¿Por favor?*

Molly no cedió.

—No -no pudo evitar reírse-. Eres tremenda, de verdad.

—Grrr -a regañadientes Bridget se despojó de los vaqueros. Los dobló cuidadosamente y los dejó en la banda.

Molly rodeó a Bridget por los hombros antes de mandar a todas a sus posiciones en el campo.

—Juega como tú sabes, Bi -le dijo-. Pero no robes todo el partido. *¿Me oyes?*

Bridget pensó que Molly sería una abuela estupenda algún día. Lástima que solamente tuviera veintitrés años.

Bridget salió disparada al oír el silbato, pero no dominó todo el partido. Lo cedió a sus compañeras de equipo. Les dio unos pases perfectos durante todo el partido. Fue un sacrificio. Se sentía como Juana de Arco.

Los Tacos estaban primeros en la clasificación y Las Pulgas eran los sextos, así que era lógico que estuvieran ganando por goleada. Pero cuando alcanzaron el 12-0, Molly las llamó a la banda.

—Bueno, vamos a retirar la caballería, chicas. No seamos crueles -echó un vistazo a Bridget-. Vreeland, sustituye a Rodman.

—*¿Qué?* -explotó Bridget. Brittany Rodman era portero. *¿Así se lo agradecían?*

Molly puso su cara de «nada de tonterías conmigo».

—Estupendo -soltó Bridget. Se colocó resentida en la portería. Nunca había jugado en esa posición.

Por supuesto ese fue el momento que escogió Eric para hacer su ronda de reconocimiento. No pudo evitar sonreír ante la figura de Bridget, las manos apoyadas sobre las caderas adelantadas, en la portería. Ella le puso cara de pocos amigos. El respondió con la misma cara. Pero con dulzura.

Estaba ocupada poniendo caras cuando llegó el balón volando hacia ella. Tenía buenos reflejos. No lo podía evitar. Lo agarró en el aire.

Cuando vio la decepción en todas las caras, incluida la de Molly, lanzó el balón hacia atrás, al fondo de la portería. Todos irrumpieron en vítores. El largo silbido dio por terminado el encuentro.

—Ganan Los Tacos, doce a uno -proclamó el arbitro.

Bridget miró a Eric. Él levantó el pulgar en señal de aprobación. Ella hizo una reverencia.

Los vaqueros daban buena suerte, incluso desde la banda.

—¡Carmen! ¡Jesús! ¿Qué haces aquí?

Tibby estaba en braguitas y camiseta cuando Carmen irrumpió en su habitación. Carmen solo había parado en casa el tiempo suficiente para dejar su maleta y llamar a su madre al trabajo.

Se abalanzó sobre Tibby, casi derribando a su amiga. Plantó un beso en la cara de Tibby e inmediatamente se echó a llorar.

—Oh, Carma -dijo Tibby, llevando a su amiga hasta la cama deshecha para sentarla.

Carmen lloró de verdad. Sollozó. Se estremeció y suspiró y respiró a hipidos como una niña de cuatro años. Tibby la rodeó con los dos brazos, reconfortándola con su olor y su aspecto familiar, y Carmen, que estaba tan aliviada de estar en un lugar seguro con alguien que realmente la conocía, de verdad, se dejó llevar. Era la niña perdida en los grandes almacenes, que espera a estar segura con su madre para soltar una cascada de lágrimas.

—¿Qué ha pasado? ¿Tan malo ha sido? -preguntó Tibby suavemente cuando el volumen y la frecuencia de los sollozos había bajado un poco.

—Ha sido horrible -gimió Carmen-. Me sentía muy desgraciada.

—Cuéntame qué ha pasado -le pidió Tibby, sus ojos a veces ausentes, húmedos y abiertos de preocupación.

Carmen esperó a tomar aire unas cuantas veces más para calmarse.

—Tiré una piedra por la ventana mientras cenaban.

Eso, evidentemente, no era lo que Tibby esperaba oír.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque los odio. Lydia, Krista -pausa-. Paul. Toda su estúpida forma de vida -dijo Carmen enfurruñada.

—Vale, pero ¿qué pasó que te disgustó tanto? -preguntó Tibby, acariciándole la espalda.

Carmen parpadeó. Qué pregunta. ¿Por dónde empezar?

—Ellos... ellos...

Carmen tuvo que parar y organizar sus ideas. ¿Por qué la interrogaba Tibby de esa manera? ¿Por qué no podía ser normal y aceptar los sentimientos de Carmen como prueba de que estaba mal lo que fuera que estuviera mal?

—¿Por qué me haces tantas preguntas? ¿No me crees?

Los ojos de Tibby se abrieron aún más.

—Claro que te creo. Solo estoy... intentando entender lo que ocurrió.

Carmen se enojó.

—Esto es lo que ocurrió. Voy a Carolina del Sur esperando pasar el verano con mi padre. Aparezco y... ¡sorpresa! Se ha mudado con una familia nueva. Dos hijos, una casa grande y bonita, de todo.

—Carmen, todo eso lo sé. He leído tus cartas. Te lo prometo.

Por primera vez Carmen advirtió que Tibby parecía cansada. No solo

cansada de me-he-quedado-despierta-hasta-tarde, sino cansada por dentro. Sus pecas destacaban sobre el fondo de la piel pálida en su nariz y sus mejillas.

—Lo sé. Perdona -dijo Carmen rápidamente. No quería discutir con Tibby. Necesitaba que Tibby la quisiese-. ¿Y tú qué tal? ¿Va todo bien?

—Ah, sí. Estupendo. Raro. Bien, supongo.

—¿Qué tal en Wallman's?

Tibby se encogió de hombros.

—Una desesperación, fundamentalmente. Lo normal.

Carmen hizo un gesto hacia la jaula del hámster.

—¿Cómo está la rata?

—Mimi está bien.

Carmen se levantó y abrazó a Tibby otra vez.

—Siento montarte el dramón. Estoy tan contenta de verte. Tenía tantas ganas de desahogarme contigo que ni siquiera tiene sentido lo que digo.

—No te preocupes -dijo Tibby, abrazando a Carmen con fuerza antes de sentarse en la cama-. Cuéntame todo lo que pasó y te diré que eres la buena y que los demás son patéticos -prometió, sonando más como la Tibby de siempre.

«No soy una buena persona», son las palabras que flotaron a la superficie, pero Carmen las dejó dentro de la boca. Suspiró y se tumbó hacia atrás en la cama de Tibby. La manta de lana picaba.

—Supongo que allí me sentía... invisible -respondió despacio, pensativa-. Nadie me hacía caso. Nadie me oía cuando decía que estaba triste ni protestaba cuando me portaba como una mimada. Ellos solo quieren que todo esté y parezca perfecto.

—¿«Ellos» es Lydia sobre todo? ¿Tu padre? -Tibby dejó la última palabra flotando.

—Sí. Lydia sobre todo.

—¿También estás enfadada con tu padre? -preguntó Tibby con cuidado.

Carmen se incorporó. ¿Por qué no podía Tibby enfadarse con ella? Tibby era una maestra del enfado. Juzgaba sin razonar; detestaba a la mínima. Odiaba a tus enemigos más que tú.

—¡No! ¡Estoy enfadada con los otros! -soltó Carmen-. No quiero tener nada que ver con ellos. Quiero que se vayan y que seamos mi padre y yo solos otra vez.

Tibby se alejó un poco. Tenía una mirada cautelosa.

—Carma, crees... quiero decir, de verdad es... -Tibby subió los pies a la cama-. Es posible que no sea lo peor del mundo, ¿sabes? -comentó, mirando hacia abajo-. Me refiero, ¿comparado con las cosas realmente malas?

Carmen se quedó boquiabierta ante su amiga. ¿Cuándo se había convertido Tibby en Miss Perspectiva? ¿Miss Proporción? Si alguien

comprendía la autocompasión y echar la culpa a otros, esa era Tibby. ¿Por qué le hacía Tibby ser razonable cuando lo único que necesitaba era que la escuchasen?

—¿Dónde has puesto a Tibby? -inquirió Carmen por fin con el orgullo herido y se marchó de la habitación.

Querida Lena:

La película va avanzando, pero no es como esperaba. Bailey se ha convertido en mi ayudante autoproclamada. Le dejé hacer la entrevista a Puncan, ayudante del encargado del mundo. No resultó graciosa, como había planeado. Pero estuvo bastante bien de todos. Las personas que me parecen más ridículamente absurdas, a ella le parecen las más interesantes.

¿Qué tal Bapi boxeador? ¿Cómo está la inefable Effi? No te atormentes, Lena. Te queremos demasiado.

Tibby.

Esa tarde tenían el partido contra Las Ballenas Grises. Mientras tanto, Los Cocos, el equipo de Eric, también ganó su primer partido. Jugaban contra el equipo seis, Los Atontados, al día siguiente. Luego, el gran partido del campeonato Coyote se jugaría el día después.

Bridget daba por descontado que Los Tacos jugarían la final.

Esperaron a las seis, para que bajara el sol y refrescara el ambiente antes de que empezara el partido. Todo el campamento iba a verlo en esa ocasión. La luz era rosa y cálida, y caía en diagonal sobre el campo. Bridget observó a Eric sentado en el suelo sobre una manta de cuadros, con otras dos personas, riéndose de algo que decía Marci. Los celos le atravesaron el corazón. No quería que otras chicas le hicieran reír.

Se había llevado consigo los pantalones. Los dobló cuidadosamente y los dejó en la banda.

Molly la estaba observando. A Bridget no le gustaba la mirada en sus ojos. ¿Le iba a hacer Molly jugar de portero todo el partido?

—Bridget. Juegas de defensa.

—¿Qué? Ni hablar.

—Como lo oyes. Sal al terreno. Y no pases de medio campo -añadió Molly mandona, como si Bridget nunca hubiera visto un partido de fútbol en su vida.

—¡Vamos, Bridget! -la animó Diana desde la banda. Estaba descansando en la hierba con un montón de chicas comiendo doritos con salsa picante.

Bridget se alineó en la defensa. Se esforzó atrás todo el partido,

mientras Ollie y Jo y otras chicas jugaban para cubrirse de gloria. Por lo menos Bridget podía sentirse contenta de destrozar la ofensiva de Las Ballenas.

A la mitad del segundo tiempo iban 3-0. Bridget vio su oportunidad. Era demasiado buena para dejarla pasar. Hubo una gran escaramuza por la banda que atrajo a casi todas desde su posición. Le llegó el pase desde la banda a Ollie, que divisó a Bridget por el rabillo del ojo. Asegurándose de no pasar la línea de medio campo, Bridget eficientemente recogió el balón y lo envió en un arco alto y rápido hacia la portería. El público se quedó en silencio. Los ojos de todos fijos sobre el balón. El portero estiró los brazos y saltó. El balón voló alto por encima de ella y se hundió en una esquina de la red.

Bridget miró directamente a Molly. Era la única persona en la banda que no lo celebraba.

—¡Bi, Bi, Bi! -coreaban Diana y sus amigas.

Después de eso, Molly sacó a Bridget del partido. Bridget se preguntó por un instante si la invitarían de nuevo al campamento el año siguiente. Se sentó en la hierba y comió doritos y salsa, disfrutando de la sensación ardiente en la boca y de los últimos rayos de sol sobre los hombros.

Cometerás todo tipo de errores, pero mientras seas generoso y auténtico y además implacable, no podrás hacer daño al mundo ni llegar a causar una aflicción grave.

Winston Churchill

Lena necesitaba volver a pintar. Pasaba el tiempo sin hacer nada, día tras día, deseando ver a Kostos, esperando que, por favor, le dirigiera una mirada, esperando descubrir que le había contado a todo el mundo lo que había pasado entre ellos -casi queriendo que lo hiciera. La mitad del tiempo estaba convencida de que no podía encontrar ninguna manera de hacer que sus abuelos, tenaces e impasibles, hablaran de ello. Y durante la otra mitad del tiempo, sabía que estaba mintiendo. Estaba poniendo excusas para continuar con su propia desazón.

No podía tomarse otro café con Effie en el sitio del camarero tan mono. No podía pasar otra tarde en la ardiente arena negra de la playa Kamari. No podía dar otro paseo infructuoso más frente a la casa de los Dounas e ir hasta la forja. Era lamentable, eso es lo que era. Necesitaba volver a pintar.

Volvería a sus olivos junto a la laguna. De todos los cuadros que había pintado hasta entonces, el de los olivos era su preferido. La pintura estaba un poco corrida, pero en su mayor parte había sobrevivido a su pataleta. Ese día metió en la mochila un sombrero y un bañador. Por si acaso. Se sintió valiente por volver a aquel lugar. No hacía falta gran cosa para sentirse valiente.

La caminata cuesta arriba parecía aún más empinada de lo que era nueve días atrás; la transformación de piedra a pradera, aún más drástica. Sintió un impulso extra en su torrente sanguíneo cuando apareció la pintoresca arboleda. Fue al punto exacto donde había estado anteriormente. Prácticamente se veían los tres agujeros que había dejado su caballete en la tierra. Con cuidado colocó su lienzo y estrujó pegotes nuevos de pintura sobre la paleta. Le encantaba el olor de sus pinturas. Aquello iba bien.

Mezcló el tono preciso de plata con marrón, para dar calidez, verde y azul -las hojas de esos olivos pedían más azul de lo que uno se podía imaginar. Cada una parecía reflejar un diminuto trozo de cielo. La lenta hipnosis de la concentración profunda la estaba envolviendo. Era la sensación más segura, el estado en el que prefería permanecer mucho más tiempo que la mayoría de los humanos. Ella era como una de esas extrañas ranas que hibernan, cuyo corazón no late en todo el invierno. Eso era lo que le gustaba.

Oyó un chapoteo. Levantó la vista mientras intentaba devolver sus sentidos a un estado de alerta. Guiñó los ojos para intentar enfocar. Hubo otro

chapoteo. ¿Había alguien nadando en la laguna?

Había pocas sensaciones que Lena odiase más que creer que tenía una intimidad perfecta y descubrir que no era así.

Se alejó unos pasos del caballete y se asomó por detrás de un árbol para tener una vista parcial de la laguna. Distinguió una cabeza. La cabeza de una persona. De espaldas. Una ola de frustración le hizo tensar la mandíbula. Quería que aquel fuera su sitio. ¿Por qué no podía la gente dejarla tranquila?

Probablemente debería haberse marchado justo en ese momento. En cambio, avanzó dos pasos para tener una mejor vista. Esa persona giró la cabeza y, de repente, Lena encontró la cara de Kostos. En ese momento, él la vio mirándolo boquiabierto en la laguna poco profunda.

Esta vez él estaba desnudo y ella estaba vestida, pero igual que la vez anterior, ella era la que retrocedía y se sonrojaba y él era el que permanecía tranquilo.

La vez anterior ella se había enfadado con él. Esta vez estaba enfadada consigo misma. La vez anterior había pensado que él era un idiota vanidoso y presuntuoso, pero esta vez sabía que ella lo era. La vez anterior se había obsesionado con la idea de su propio cuerpo expuesto; esta vez estaba pensando en el cuerpo de Kostos.

La vez anterior él no la estaba espiando. No la había seguido. Probablemente estaba tan sorprendido de verla como ella a él.

Hasta ahora había pensado que él había invadido su sitio especial. Ahora sabía que ella había invadido el suyo.

Lena:

Tengo la sensación de que va a ser una gran noche. No sé qué va a pasar, pero tengo los vaqueros, que es un poco como teneros a ti a Tib y a Carmen, así que no puede ocurrir nada malo.

Os estoy echando muchísimo de menos. Han pasado casi siete semanas. Come un poco de spanakopita por mí, ¿de acuerdo?

Bí.

Bridget se metió en su saco de dormir con los vaqueros y una camiseta de tirantes. Era parte de su magia, que los pantalones resultaran sueltos y aireados con aquel calor. Sospechaba que darían la sensación de ser ceñidos y protectores en un ambiente más frío.

No podía dormir, por supuesto. Tampoco podía permanecer allí tumbada

durante mucho tiempo. Sus piernas se resistían a estarse quietas. Si paseaba por el campamento, sabía que podrían descubrirla antes de llegar a hacer algo realmente malo. En su lugar, paseó mar adentro por el espigón. Se sentó sobre una roca, arremangó los pantalones hasta la rodilla y agitó los pies en el agua. De repente deseó tener una caña de pescar.

Se acordó del sitio donde su hermano y ella iban en la costa este de Chesapeake cuando era pequeña. Iban a pescar todos los días. Era la única actividad al aire libre que recordaba que hiciera su hermano. Todos los días, él se guardaba el mejor pescado. Había aprendido a limpiarlos y destriparlos. Todos los días, ella devolvía los suyos al agua. Mucho tiempo después, con una punzada de remordimiento, se imaginó todos los peces del río Wye con un agujero en el labio.

No lograba ver allí a su madre, aunque sabía que estaba. Tal vez pasaba uno de sus períodos de cansancio, cuando se quedaba todo el día en la cama con las persianas bajadas para protegerse los ojos.

Bridget bostezó. La energía frenética abandonaba sus miembros y dejaba un profundo agotamiento físico. Tal vez se iría a dormir y dejaría la aventura para mañana.

También podía ir a buscarlo. De nuevo, la idea fue como un desafío. No la podía ignorar. «Pienso, luego hago.» La excitación comenzó a bullir otra vez en sus pies, agarrotando sus pantorrillas sobrecargadas.

Todas las luces estaban apagadas. Ya era lo bastante tarde. Miró hacia atrás, a su solitario saco de dormir en la playa. De puntillas volvió sobre las resbaladizas piedras.

¿Estaría él esperándola? Se pondría furioso o se rendiría. Acaso una combinación de ambos.

Ella lo estaba avasallando, lo sabía. Se estaba empujando a sí misma. Era difícil parar.

Como un fantasma, se escurrió silenciosa por la puerta. No estaba dormido. Estaba sentado. La vio y se levantó de la cama. Ella bajó del pequeño porche de un salto y avanzó entre las palmeras hasta el extremo boscoso de la playa. El la siguió, descamisado, en sus calzoncillos boxer. No tenía por qué seguirla.

El corazón de Bridget ronroneó. Le tendió los brazos.

—¿Sabías que vendría? -preguntó.

Apenas podía distinguir sus facciones en la oscuridad.

—No quería que vinieras -dijo él. Hizo una larga pausa-. Pero tenía la esperanza de que lo hicieras.

En la mayoría de las fantasías románticas de Bridget, su imaginación se recreaba en las escenas, avanzando rápidamente y rebobinando, rebobinando, rebobinando. En su imaginación, Bridget había besado de forma desgarradora, perfeccionándose en cada pensamiento. Pero no había pasado de ahí.

Mucho después de dejar a Eric, seguía acostada en su saco de dormir.

Sintió un escalofrío. Sus ojos estaban hinchados. Goteaban. De tristeza o de extrañeza o de amor. Era el tipo de lágrimas que aparecía cuando estaba sencillamente colmada. Necesitaba hacer un hueco. Miró al cielo fijamente. Esa noche era más grande. Esa noche sus pensamientos vagaban hasta el cielo y, como había dicho Diana, no encontraban nada donde rebotar. Simplemente se alejaban más y más hasta que nada parecía real. Ni siquiera los pensamientos. Ni siquiera el pensar.

Se había aferrado a él, deseándolo, insegura, descarada y asustada. Había una tormenta en su cuerpo, y cuando la tormenta se hizo demasiado fuerte, ella se marchó. Flotó hasta las hojas de las palmeras. Ya lo había hecho antes. Había dejado que el barco se hundiera sin su capitán.

La intimidad entre ellos había sido inconmensurable. Ahora permanecía allí con ella, temblorosa, esperando ser atendida. No sabía cómo hacerlo.

Bridget volvió a recoger sus pensamientos, enrollándolos como el hilo de una cometa.

Con cuidado lió el saco de dormir bajo el brazo y se deslizó dentro de su cabaña. Se acostó, la espalda recta sobre la cama. Esa noche no dejaría vagar sus pensamientos más allá de los tablones envejecidos.

Tibby:

Me siento como una idiota. Fui lo bastante vanidosa para pensar que Kostos estaba tan enamorado de mí que no podía resistirse a seguirme y espiarme en la laguna. Luego volví al mismo sitio y me lo encontré nadando. Sí, desnudo. Probablemente va a nadar allí todos los días en verano, y yo que creía que me estaba siguiendo.

Una cosa más que pudo pasar inadvertida fácilmente entre su desnudo (alucinas) y todos los gritos (yo) y las reacciones idiotas (también yo). Pero ¿sabes qué? Kostos me miró a los ojos. Por fin, después de todos estos días, me miró.

Si estuvieras aquí, harías que me riese de todo esto. Ojalá estuvieras aquí.

Con cariño,

Lena.

P.D. ¿Has sabido algo de BÍ últimamente.

Sonó el teléfono. Carmen comprobó quién llamaba, aunque sabía que no era para ella. ¿Quién la iba a llamar? ¿Tibby? ¿Lydia? ¿Krista quizá? Era el jefe de su madre. Siempre era el jefe de su madre. La madre de Carmen era secretaria en un despacho de abogados, pero su jefe debía de pensar que era su niñera.

—¿Está Christina? -preguntó el señor Brattle con su prisa habitual.

Carmen dio un vistazo al reloj de pared sobre la nevera. Eran las diez y

catorce minutos. ¿Por qué tenía que llamar a las diez y catorce minutos? Una vez más habría perdido un informe o pulsado la tecla equivocada de su ordenador u olvidado cómo atarse los cordones de los zapatos.

—Ha ido a visitar a la abuela en el hospital. Está muy enferma -dijo Carmen lastimeramente, a pesar de que su madre estaba arriba viendo la televisión y su abuela probablemente sobreviviría a sus nietos.

A Carmen le gustaba hacer que el señor Brattle se sintiera avergonzado o culpable por llamar.

—Creo que volverá a medianoche. Le diré que lo llame.

—No, no -dijo el señor Brattle altanero-. Hablaré con ella mañana.

—De acuerdo.

Carmen volvió a su comida. Lo único bueno del señor Brattle era que le pagaba un pastón a su madre y nunca se atrevía a negarle un aumento. Era temor, no generosidad, sospechaba Carmen, pero ¿quién era ella para cuestionárselo?

Desplegó cuatro opciones de picoteo en la mesa de la cocina. Una manzana, una bolsa de galletitas con forma de pez, un trozo de queso cheddar, una bolsa de albaricoques secos. El color de la noche era el naranja.

Nada de lo que había comido durante las casi dos semanas que llevaba en casa le había sabido bien. Apenas había probado bocado en la cena y ahora tenía hambre. Hum. Se decidió por los albaricoques y escogió uno de la bolsa. La piel era suave, pero el albaricoque resultó duro cuando se lo metió en la boca. De pronto tuvo la intensa sensación de que se estaba comiendo la oreja de alguien. Lo escupió en el cubo de la basura y guardó todo lo demás.

Subió y se asomó a la habitación de su madre. En la televisión ponían un episodio antiguo de *Friends*.

—Hola, encanto. ¿Quieres verlo conmigo? Ross ha engañado a Rachel.

Carmen se arrastró por el pasillo. A las madres no debería interesarles Ross o Rachel. A Carmen le gustaba la serie antes de que su madre comenzase a ver los episodios repetidos. Se dejó caer en la cama. Tuvo que taparse la cabeza con la almohada cuando la risa estruendosa de su madre perforó la pared.

Carmen se había prometido que no se iba a enfadar con su madre. No iba a estar irritable ni protestona. Nada de suspiros ni ojos en blanco. Necesitaba el cariño de al menos uno de sus padres. Fue fácil prometer algo así cuando Carmen estaba sola. Pero cuando tuvo a su madre delante, se convirtió en imposible de cumplir. Su madre siempre estaba haciendo algo imperdonable, como riéndose demasiado alto con *Friends* o refiriéndose a su ordenador como su «colega».

Carmen se incorporó en la cama y ojeó el calendario de la pared. A pesar de que no había marcado el día de la boda de su padre, daba la impresión de que destacaba. Solamente tres semanas más. ¿Le importaría a su padre que ella no estuviera presente?

Su padre había hablado con su madre brevemente el día que Carmen se marchó de Carolina del Sur para confirmar que había llegado bien. Había llamado otra vez la semana anterior para hablar con Christina sobre algo de dinero relacionado con el seguro médico dental de Carmen. No podía creer la cantidad de cosas que los dos tenían que decirse sobre «franquicias». No había pedido hablar con Carmen.

Carmen lo podía haber llamado, por supuesto. Podía haberse disculpado o, por lo menos, haber ofrecido alguna explicación. No lo había hecho.

El sentimiento de culpa, como el gato que nunca había tenido, se enroscó alrededor de sus piernas y saltó a la cama para insinuarse de cerca.

—Márchate -le dijo a la culpa.

La imaginaba restregándose, rozando su mejilla con la cola. La culpa la quería más cuando menos la quería ella. A los gatos siempre les gustan las personas que les tienen alergia.

No la iba a coger. Ni hablar. La sacaría fuera y la dejaría chillar hasta que se cansara.

Esponáneamente, la imagen de la cara de su padre a través de la ventana rota irrumpió en su mente. Era más que sorpresa lo que reflejaba. Sencillamente no podía procesar lo que veía. Pensaba que Carmen era demasiado buena para eso.

—De acuerdo, vamos, sube.

El sentimiento de culpa dio unas vueltas sobre su estómago y se arrellanó para una estancia larga.

Pide un deseo para conseguir
lo que quieres. Trabaja para
conseguir lo que necesitas.

La abuela de Carmen

—¡Adivina! -las mejillas de Effie estaban completamente coloradas y sus pies daban brincos sobre las baldosas del suelo.

—¿Qué? -inquirió Lena, levantando la vista de su libro.

—Lo he besado.

—¿A quién?

—¡Al camarero! -prácticamente chilló Effie.

—¿Al camarero?

—¡Al camarero! ¡Alucinante! ¡Los chicos griegos besan mejor que los americanos! -declaró Effie.

Lena no podía entender a su hermana. No podía creer que Effie y ella descendieran de los mismos padres. Evidentemente no era así. Una de ellas era adoptada. Puesto que Effie era idéntica a sus padres, tenía que ser Lena. Quizá era la hija ilegítima nacida de una aventura de Bapi. Quizá había nacido en Santorini en realidad.

—¿Effie, te has dado el lote con él? ¿Qué pasa con Gavin? Ya sabes, tu novio.

Effie se encogió de hombros alegremente. Su alegría le hacía inmune a la culpabilidad.

—Tú eres la que decías que Gavin huele a cortezas de cerdo.

Era verdad.

—Pero Effie, ¿ni siquiera sabes cómo se llama este tío! ¿Lo llamaste «el camarero» a la cara? ¿No es un poco fuerte?

—Sé cómo se llama -dijo Effie imperturbable-. Se llama Andreas. Tiene diecisiete años.

—¡Diecisiete! Effie, tú tienes catorce -señaló Lena. Sonaba, incluso a sí misma, como la directora de un colegio muy estricto.

—¿Y qué? Kostos tiene dieciocho años.

Ahora las mejillas de Lena estaban igual de coloradas.

—Bueno, no me he enrollado con él -farfulló.

—Eso fue culpa tuya -dijo Effie, y salió por la puerta.

Lena lanzó el libro al suelo. No lo estaba leyendo de todas formas. Estaba demasiado disgustada, demasiado ensimismada.

Effie tenía catorce años y había besado a muchos más chicos que Lena. Se suponía que Lena era la guapa, pero siempre era Effie la que tenía novio. Effie maduraría para convertirse en una señora mayor feliz con una gran familia, rodeada de gente que la quería, y Lena sería la extraña y flacucha tía solterona a quien invitaban únicamente porque le tenían lástima.

Sacó sus útiles de pintura y los preparó, mientras contemplaba la vista por la ventana. Pero cuando acercó el carboncillo irregular al papel, sus dedos no dibujaron la línea del horizonte. En su lugar, dibujaron el contorno de una mejilla. Luego un cuello. Luego una ceja. Luego una mandíbula. Luego un rastro de sombra en la mandíbula.

Su mano volaba. Dibujaba con mucha más soltura de lo habitual. El nacimiento del pelo... así. El ala de la nariz... así. El lóbulo de la oreja... así. Cerró los ojos, recordando la forma exacta del lóbulo de su oreja. Fue como si dejase de respirar. Su corazón dejó de latir. Las líneas toscas de los hombros se caían del papel por abajo. Ahora su boca. La boca siempre era lo más difícil. Cerró los ojos. Su boca...

Cuando los abrió otra vez, imaginó que veía al auténtico Kostos bajo su ventana. Después comprendió que era el auténtico Kostos quien estaba bajo su ventana. Él miró hacia arriba. Ella miró hacia abajo. ¿Podía verla? ¿Podía ver su dibujo? Oh, no.

Su corazón arrancó otra vez con una sacudida. Salió disparado en una carrera a toda máquina. Se preguntó vagamente si el corazón de las ranas que hibernan late el doble de rápido en verano.

Las chicas que habían sido amigas por la noche se convirtieron en buitres a la mañana siguiente.

—¿Y qué pasó? -quiso saber Ollie, que aterrizó en la cama de Bridget antes de que abriese los ojos del todo.

Diana se estaba vistiendo. Se acercó cuando vio que Bridget estaba por lo menos parcialmente despierta.

Incluso Emily y Rosie fueron hacia allí. Las chicas que no se arriesgan al mismo tiempo adoran y odian a las que sí lo hacen.

Bridget se incorporó. Los recuerdos de la noche anterior tardaban en venirle a la mente. En sueños había vuelto a ser la Bridget de siempre.

Las miró, sus ojos curiosos... incluso ansiosos.

Bridget había visto demasiadas películas. No había imaginado que su encuentro con Eric sería... privado. Pensó que sería un paseo. Una aventura de la que alardear ante sus amigas. Esperaba sentirse fuerte. Resultó que no se sentía así. Se sentía como si hubiera frotado su corazón con estropajo.

—Vamos -insistió Ollie-. Cuéntanos.

—¿Bridget? -era Diana.

La voz de Bridget estaba profundamente enterrada esa mañana en lugar de afilada en la punta de la lengua.

—N-Nada -logró decir-. No pasó nada.

Bridget veía a Ollie evaluando de nuevo la mirada fantasmal en sus ojos. Así que no era sexo; era desilusión.

En los ojos de Diana se leía que no estaba segura. Su intuición le decía otra cosa. Pero no era desconfiada. Esperó hasta que las otras comenzaron a

desperdigarse. Tocó el hombro de Bridget.

—¿Estás bien, Bi?

Su amabilidad le dio a Bridget ganas de llorar. No podía hablar de aquello. Ni podía mirar a Diana si quería guardárselo.

—Estoy cansada -le dijo a su saco de dormir.

—¿Quieres que te traiga algo de desayunar?

—No, iré en un momento -respondió.

Se alegró cuando todas se hubieron marchado. Se acurrucó otra vez y se durmió.

Más tarde, Sherrie, una de las encargadas del campamento, pasó a ver cómo estaba.

—¿Te encuentras bien? -le preguntó a Bridget.

Bridget asintió, pero no salió de su saco de dormir.

—Los Cocos y Los Atontados juegan la semifinal en un par de minutos. ¿Quieres ver el partido?

—Prefiero dormir -respondió Bridget-. Me encuentro cansada.

—De acuerdo -Sherrie se volvió para marcharse-. Me preguntaba cuándo se iba a agotar toda tu energía.

Diana, que regresó un par de horas más tarde, le contó a Bridget que Los Cocos habían machacado a Los Atontados. Sería una final entre Los Tacos y Los Cocos.

—¿Vienes a comer? -preguntó Diana. El tono era relajado, pero sus ojos revelaban su preocupación.

—A lo mejor dentro de un rato -respondió Bridget.

Diana ladeó la cabeza.

—Vamos, Bi, levántate de la cama. ¿Qué te pasa?

Bridget no podía ni empezar a explicar lo que le pasaba. Necesitaba a alguien que se lo explicase a ella.

—Estoy cansada -dijo-. A veces necesito recuperar sueño. A veces duermo un día entero.

Diana asintió, como si le tranquilizase que aquello solo era otra parte del peculiar canon de Bridget.

—¿Te traigo algo? Debes de estar hambrienta.

Bridget se había ganado una reputación de comilona voraz. Pero no tenía hambre. Negó con la cabeza.

Diana consideró todo aquello.

—Qué raro. En casi siete semanas, nunca te he visto bajo techo más de tres minutos. Nunca te he visto estarte quieta excepto cuando duermes. Nunca te he visto saltarte una comida.

Bridget se encogió de hombros.

—Contengo multitudes -dijo. Creía que esa frase era de un poema, pero no estaba segura. A su padre le encantaba la poesía. Acostumbraba a leerle poesía cuando era pequeña. Estarse quieta le resultaba más fácil entonces.

Papá:

Por favor, acepta este dinero para arreglar la ventana rota. Estoy segura de que ya estará arreglada, teniendo en cuenta lo orgullosa que está Lydia de su casa y su fobia al aire no-acondicionado, pero

Querido Al:

No sé cómo empezar a explicar mis actos en casa de Lydia –quiero decir en tu casa y la de Lydia. Cuando llegué a Charleston ni por un momento imaginé que hubieras

Queridos papá y Lydia:

Quiero pedir perdón a los dos por mi comportamiento irracional. Sé que es todo culpa mía, pero si hubieras escuchado UNA SOLA COSA de lo que tenía que decir, quizá no hubiera

Querida familia nueva de papá:

Espero que seáis todos muy felices juntos con vuestro pelo rubio. Que todos hablen con voz interior dentro de vuestra casa por el resto de vuestra vida.

P.D. Lydia, tu vestido de novia te hace los brazos gordos.

Carmen abrió el sobre acolchado y metió todo su dinero. Ciento ochenta y siete dólares. Consideró si meter noventa centavos sueltos, pero parecía algo que haría un niño de siete años en un programa de después de clase. Y además, probablemente mandar las monedas costaría más en sellos que lo que valían las propias monedas. Esa idea estimuló su cerebro de matemática empollona.

Grápó el sobre para cerrarlo, sin incluir una nota, y cuidadosamente escribió la dirección y el remite, luego salió rápidamente por la puerta para llegar a la oficina de correos antes de que cerraran. ¿Quién era su madre para protestar porque estaba todo el día tirada en casa sin hacer nada?

Una tarde sofocante, Lena estaba tumbada de espaldas en el suelo de baldosas, mirando el techo y pensando en Bridget. La última carta de Bridget la tenía preocupada. Bi a veces seguía su corazón con tal desenfreno que asustaba a Lena. Generalmente Bi salía a flote, victoriosa y cubierta de gloria, pero de vez en cuando se estrellaba contra las rocas.

Por algún motivo, Lena pensó en un sueño que había tenido. En el

sueño, era una casa pequeña con nudillos encalados que se aferraba a la pared del acantilado. Sabía que debía sujetarse con fuerza, porque era una caída desde mucha altura hasta la caldera. Una parte de ella quería soltar los dedos contraídos y caer, pero otra parte le advertía que no podía dejarse caer únicamente por diversión.

La abuela estaba sentada en el sofá, cosiendo algo. Effie estaba por ahí, en algún sitio. Lena se hubiera apostado sus pinturas a que estaba dándose el lote con el camarero.

Por algún motivo, pensar en Bridget, o tal vez el sueño, o tal vez fuera el calor, puso a Lena de un curioso humor de libre asociación de ideas.

—Abuela, ¿por qué vive Kostos con sus abuelos?

La abuela suspiró. Luego, para sorpresa de Lena, comenzó a responder.

—Es una historia muy triste, mi sol. ¿Estás segura de que lo quieres saber?

Lena no estaba completamente segura. La abuela siguió de todos modos.

—Los padres de Kostos se trasladaron a Estados Unidos, como tantos otros jóvenes. Él nació allí.

—¿Kostos es norteamericano? -preguntó Lena.

Lena tenía demasiado calor para girar la cabeza, pero lo hizo de todos modos. La abuela asintió.

—¿Dónde vivían?

—En Nueva York.

—¡Oh!

—Tuvieron a Kostos y a otro niño dos años después.

Lena comenzaba a adivinar lo triste que iba a ser aquella historia.

—Un día de invierno, cuando Kostos tenía tres años, toda la familia iba en coche a las montañas. Hubo un terrible accidente de coche. Kostos perdió a sus padres y a su hermano pequeño.

La abuela hizo una pausa y Lena tuvo, incluso con una temperatura exterior de más de cuarenta grados, escalofríos que le erizaron la piel de todo el cuerpo.

Cuando la abuela comenzó a hablar de nuevo, Lena pudo oír la emoción en su voz.

—Mandaron al pequeño Kostos de vuelta con sus abuelos. Fue la mejor idea en ese momento.

La abuela estaba de un humor extraño, observó Lena. Estaba excepcionalmente relajada, meditabunda, llena de tristeza.

—Creció aquí como un chico griego. Y todos lo quisimos. Todo el pueblo de Oia lo educó.

—Oye, abuela.

—¿Sí, mi sol?

Ese era su momento. No se permitió pensar lo suficiente para

acobardarse.

—¿Sabes? Kostos nunca me hizo daño. Nunca me tocó ni hizo nada malo. Es exactamente el chico que crees que es.

La abuela dejó escapar un largo suspiro. Puso su costura a un lado y se apoyó en el respaldo del sofá.

—Creo que lo sabía. Cuando pasó algo de tiempo, creo que lo supe.

—Siento no haber dicho nada antes -añadió Lena solemnemente, llena a partes iguales de alivio por haberlo dicho finalmente y tristeza por haber tardado tanto tiempo.

—De alguna manera, quizá sí intentabas decírmelo -apuntó la abuela, filosófica.

—¿Le dirás a Bapi lo que te acabo de decir? -preguntó Lena.

—Creo que ya lo sabe.

Lena sentía una opresión dolorosa en la garganta. Se giró hacia un lado, de espaldas a la abuela, y dejó que se cerrasen sus párpados para liberar las lágrimas.

Estaba triste por lo que le había ocurrido a Kostos. Y de alguna forma estaba triste porque personas como Bi y como Kostos, que habían perdido todo, todavía estaban abiertos al amor, y ella, que no había perdido nada, no lo estaba.

Mi karma atropelló a mi dogma.
Adhesivo en un coche

Bridget salió al pequeño porche de su cabaña. Al menos podía mirar la bahía. Tenía un bolígrafo y un bloc de papel. Debía mandarles los vaqueros a Carmen, pero le resultaba difícil escribir.

Estaba sentada, mordiendo la tapa del bolígrafo, cuando se acercó Eric. Se sentó en la barandilla.

—¿Qué tal? -preguntó.

—Bien -respondió ella.

—Te has perdido el partido -dijo él. No la tocó. No la miró-. Ha sido un buen partido. Diana ha arrasado.

Estaban dando marcha atrás al reloj. El volvía a ser el entrenador benévolo y ella era la chica indomable del campamento. El le estaba pidiendo permiso para fingir que lo que hubiera pasado no había pasado.

Ella no estaba segura de que quisiera dárselo.

—Estaba cansada. Anoche fue una noche muy movida.

La cara de él enrojeció. Alargó las manos y se miró las palmas.

—Escucha, Bridget -parecía escoger de entre un mísero surtido de frases-. Anoche debí haberte pedido que te fueras. No debí haberte seguido cuando te vi pasar delante de mi puerta... Fue un error. Yo asumo la responsabilidad.

—Fue decisión mía ir -¿cómo se atrevía a arrebatarme su poder?

—Pero yo soy mayor que tú. Yo soy el que... Yo soy el que se metería en un lío tremendo si alguien se enterase.

Todavía seguía sin mirarla. No sabía qué más podía añadir. Quería marcharse. Ella lo veía claramente.

—Lo siento -dijo él.

Ella tiró el bolígrafo tras él. Odiaba que hubiera dicho eso.

Carmen:

Aquí están tus pantalones. Estoy hecha un lío. Si hubiera escuchado tus consejos sobre el sentido común, no estaría así.

Así que te los devuelvo. Que reine el sentido común. Ojalá tuviera un poco.

Con cariño,

Bi.

—Tibby, apaga la cámara.

—Por favor, Carmen. ¡Por favor!

—¿Te puedes poner los vaqueros para la entrevista? -preguntó Bailey.

Carmen le lanzó una mirada llena de desdén.

—No voy a daros una entrevista. ¿Quiénes sois, los hermanos Coen? -replicó con brusquedad.

—Carmen, cállate y coopera por una vez en tu vida, si eso es posible -dijo Tibby irritada, pero no enfadada.

«Creas antagonismo», se recordó Carmen. «Te convertirás en una vieja amargada. Llevarás el lápiz de labios por fuera de los bordes y chillarás a los niños en los restaurantes.»

—Bueno -dijo.

Se cambió para ponerse los pantalones, luego se sentó y estudió a Bailey mientras esta comenzaba a preparar el equipo de grabación. La niña iba vestida casi igual que Tibby. Era una mini-Tibby con un micrófono y una jirafa. Hasta sus ojeras moradas hacían juego con las de Tibby. Carmen se preguntó por un instante por qué Tibby pasaba el tiempo con una niña de doce años, pero en fin, no era culpa de Tibby que todas sus amigas se hubieran marchado.

En la habitación se hizo el silencio. Tibby enredó con las luces. Las dos cineastas estaban completamente serias. Oyó a Bailey cotorreando como un periodista al micrófono.

—Carmen Lowell es la querida amiga de Tibby desde que eran...

A Carmen aquello le hacía sentirse incómoda.

—Hum... sabes, ahora mismo Tibby y yo estamos peleadas.

Tibby apagó la cámara. Bailey levantó la vista irritada. Desdeñó la pelea con un movimiento de su muñeca.

—Os queréis. Tibby te quiere. No importa.

Carmen la fulminó con una mirada incrédula.

—¿Perdona? Tú tienes doce años.

—¿Y? Sigo teniendo razón -le espetó Bailey.

—¿Podemos volver al trabajo? -preguntó Tibby.

¿Desde cuándo había desarrollado Tibby la ética de trabajo de un antiguo puritano?

—Solo digo que parece raro continuar sin mencionar que tú y yo tuvimos una pelea enorme, Tibby -insistió Carmen.

—Bien, dilo tú -replicó Tibby.

La mayoría de las personas evitaba el conflicto. Carmen comenzaba a temer que ella lo ansiaba como una adicta. «Creas antagonismo», recordó. Hundió las manos en los bolsillos, toqueteando los granos de arena que estaban

atrapados en el forro.

—Yo voy a hacer las preguntas -dijo Bailey-. Tú sé tú misma.

¿Cómo había creado el mundo moderno una niña de doce años tan segura de sí misma? Alguien debía explicarle en seguida lo del síndrome de Ofelia.

—Vale -dijo Carmen-. ¿Se supone que debo mirar a la cámara?

—Si quieres, sí -respondió Bailey.

—De acuerdo.

—¿Lista para empezar?

—Lista.

Sentada en su cama bien hecha, Carmen cruzó las piernas.

—Tibby me ha contado que tu padre se vuelve a casar este verano -comenzó Bailey.

Carmen abrió mucho los ojos. Lanzó una mirada acusadora a Tibby, que solo se encogió de hombros.

—Sí -respondió Carmen con frialdad.

—¿Cuándo?

—El diecinueve de agosto. Gracias por tu interés.

Bailey asintió.

—¿Vas a ir?

—No -dijo Carmen apretando los labios.

—¿Por qué no?

—Porque no me apetece -respondió Carmen.

—¿Estás enfadada con tu padre? -preguntó Bailey.

—No.

—¿Entonces, por qué no vas?

—Porque no me gusta su nueva familia. Son un fastidio -Carmen sabía que sonaba enfurruñada y malcriada.

—¿Por qué no te caen bien?

Carmen se movió inquieta. Descruzó y volvió a cruzar las piernas al contrario.

—No encajo.

—¿Por qué no?

—Porque soy puertorriqueña. Tengo un culo grande -Carmen sonrió sin poder evitarlo.

—¿Entonces dices que no te caen bien o que tú no les caes bien a ellos?

Carmen ladeó la cabeza. Hizo una pausa.

—Supongo que las dos cosas.

—Pero ¿y tu padre?

—¿Qué quieres decir? -inquirió Carmen.

—Quiero decir, ¿no es él el que importa? -preguntó Bailey.

Carmen se levantó y agitó las manos para captar la atención de Tibby.

—Un momento. Un momento. ¿Qué tipo de película es esta? -preguntó.

—Es un documental -dijo Tibby.

—Vale, pero ¿sobre qué? -inquirió Carmen.

—Es sobre personas. Lo que es importante para ellos -informó Bailey.

—Bueno, y ¿en serio creéis que a alguien se interesará por mi padre y por mí?

Bailey se encogió de hombros.

—Si a ti te interesa -dijo.

Carmen se estudió las uñas. Se las comía, estaban cortas, con pellejos blancos decorando los lados.

—¿Por qué tiraste las piedras? -continuó Bailey-. Debías de estar muy enfadada.

Carmen se quedó boquiabierta. Fulminó a Tibby con la mirada.

—Muchísimas gracias. ¿Le cuentas todo?

—Solo lo importante -respondió Tibby.

Por algún motivo, Carmen sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. No parpadeó por temor a empujarlas fuera y que la cámara las viera.

—No estoy enfadada con mi padre -dijo contundentemente.

—¿Por qué no?

Las lágrimas rebosaban. A veces por unas lágrimas una comenzaba a compadecerse de sí misma y necesitabas liberar más.

—Sencillamente no lo estoy -dijo Carmen-. No estoy enfadada con él.

No sirvió de nada. Las lágrimas se desbordaron. Se persiguieron unas a otras, bajaron por las mejillas, sobre la barbilla, por el cuello. Vagamente oyó un golpe y vio que la jirafa y el micrófono estaban en el suelo. Bailey estaba sentada a su lado y le recogía el codo con la mano en un gesto que transmitía más comprensión de la que Carmen podía entender.

—No pasa nada -dijo Bailey con suavidad.

Carmen se derrumbó. Dejó que su cabeza se apoyara contra la cabeza de Bailey. Debía haberle dicho a esa extraña niña que desapareciera, pero no lo hizo. Se olvidó de la cámara, de la película, de Tibby e incluso del hecho de que tenía brazos y piernas y de que el mundo giraba.

Tibby no tardó en sentarse al otro lado de su amiga, sujetándola por la cintura.

—Tienes derecho a estar enfadada -dijo Bailey.

Eran las cuatro y siete minutos y Bailey no había aparecido por Wallman's. Tibby miró el gran reloj en la pared detrás de las cajas registradoras para asegurarse. ¿Dónde estaba? Nunca había llegado ni un minuto más tarde de las cuatro, cuando terminaba la jornada habitual de Tibby.

Tibby salió por las puertas automáticas, sintió la ola de calor y con

ojos entornados miró al Seven-Eleven al otro lado de la calle. A veces Bailey jugaba al «Dragón Master» con Brian mientras esperaba que Tibby terminase. Ese día Brian estaba jugando solo. El levantó la vista y ella saludó con la mano. El le devolvió el saludo.

A las cuatro y dieciocho minutos, Tibby empezaba a sentirse realmente fastidiada. Contaba con que Bailey iba a estar con ella prácticamente a cada momento del día. Lo daba por hecho. Claro, al principio le molestaba, pero ahora era distinto.

¿Se habría quedado Bailey en su casa esperando que Loretta la dejase pasar para recoger el equipo? ¿Se habría cansado de la película así, de repente?

Conociendo a Bailey, no llegaba a creerse nada de eso, pero hacían pasar el tiempo. Dio unas vueltas impaciente durante ocho minutos más y se montó en la bici. Fue a buscarla a su casa primero. Bailey no estaba allí. Pasó otra vez por delante de Wallman's, por si acaso. Entonces se dirigió a casa de Bailey.

Nadie abrió cuando Tibby llamó a la puerta. Llamó al timbre varias veces. Estaba en mitad del camino hacia la puerta principal, buscando señales de vida en la ventana de Bailey, cuando pasó una vecina despacio por la acera.

—¿Buscas a los Graffman? -preguntó la mujer, deteniéndose en la valla de los Graffman.

—Sí. A Bailey -respondió Tibby.

—Creo que se han ido al hospital hace un par de horas -dijo la mujer. Parecía apenada.

Tibby apaciguó el sentimiento de preocupación que comenzó a bloquearle el pecho.

—¿Ha pasado algo? -preguntó.

—La verdad, no lo sé -aseguró la mujer-. Están en Sibley.

—Gracias -dijo Tibby mientras se montaba de nuevo en su bici. Apuntó en dirección al hospital y comenzó a pedalear deprisa.

«Probablemente Bailey tenía una de sus revisiones», pensó Tibby. Probablemente le estaban sacando unos mililitros de sangre para asegurarse de que la leucemia no estaba haciendo algo que no debiera. Bailey se encontraría bien, evidentemente. Los niños enfermos estaban en la cama. Bailey andaba por todas partes.

Si de hecho era una revisión, quedaría un poco raro que se presentase allí, pensó Tibby mientras entraba sudando en el vestíbulo congelado por el aire acondicionado.

Dio unas vueltas por el vestíbulo analizando las opciones que tenía, y entonces vio a la señora Graffman, que entraba por las amplias puertas del hospital. Vestía un traje y llevaba una bolsa de McDonald's en la mano.

—Hola, señora Graffman -dijo Tibby, apareciendo de pronto ante la madre de Bailey. Soy amiga de Bailey.

Vagamente recordó las semanas cuando se resistía a dejar que Bailey la considerara amiga suya.

La señora Graffman asintió y sonrió fugazmente.

—Ya te conozco.

—¿Va todo bien? -preguntó Tibby. Advirtió que le temblaban las piernas. Dios, aquel sitio estaba demasiado refrigerado. Te hacían enfermar si no lo estabas ya-. ¿Tiene una de sus revisiones o algo así?

Tibby andaba al lado de la madre de Bailey, aunque en realidad no la habían invitado a hacerlo. ¿Quién acosaba ahora?

La madre de Bailey se paró en seco y Tibby la rebasó.

—¿Quieres sentarte conmigo un momento? -le pidió la señora Graffman.

—Claro. De acuerdo -Tibby estudió el rostro de la mujer. Tenía los ojos rojos y cansados. La boca se parecía un poco a la de Bailey.

La señora Graffman llevó a Tibby hacia un par de sillas en un rincón tranquilo. Se sentó. No había una silla enfrente de la señora Graffman, por lo tanto Tibby se sentó a su lado y se inclinó hacia delante.

—Tibby, no sé cuánto sabes acerca de todo lo que le pasa a Bailey. Sé que no habla de ello.

Tibby asintió atontada.

—No habla de ello.

—Sabes que tiene leucemia. Cáncer de la sangre.

Tibby asintió de nuevo. Era una manera muy sombría de decirlo.

—¿Se puede tratar bastante bien, no? ¿No se curan de eso los niños?

La cabeza de la señora Graffman dio la impresión de ladearse un poco, como si se estuviera volviendo demasiado pesada para poder sostenerla.

—A Bailey le diagnosticaron la enfermedad cuando tenía siete años. Ha recibido ocho tratamientos de quimioterapia, radiación y un trasplante de médula el año pasado. Bailey ha pasado casi toda su vida en un centro de tratamiento en Houston, Texas -dejó escapar un pequeño suspiro entrecortado y se serenó-. Hagamos lo que hagamos, siempre vuelve a recaer.

Tibby tenía tanto frío que le castañeteaban los dientes. Todo el fino vello de sus brazos estaba erizado.

—¿No hay más tratamientos que puedan probar? ¿Nada? -el tono de Tibby resultó más alto y grosero de lo que pretendía.

La madre de Bailey encogió sus huesudos hombros.

—Queríamos darle un par de meses para que viviera en el mundo como una niña normal.

—¿Está diciendo que la están dejando morir? -demandó Tibby.

La señora Graffman parpadeó varias veces.

—No sabemos... qué más intentar -dijo, con voz chillona-. Bailey tiene una infección grave. Rezamos por que su cuerpo sea lo suficientemente fuerte para luchar -levantó unos ojos hinchados y húmedos-. Estamos muy

asustados. Eso debes saberlo.

De pronto a Tibby le dolió el pecho. Su respiración estaba rara. Su corazón daba saltos sin un ritmo concreto.

—Bailey te adora -siguió la señora Graffman. Las comisuras de los labios le temblaban-. Has hecho de estos dos meses los más especiales de su vida. Su padre y yo apreciamos de verdad todo lo que has hecho.

—Tengo que marcharme -susurró Tibby.

Su corazón iba a explotar y se iba a morir y no quería hacerlo en el hospital.

Puedes tomar el camino que te lleve a las estrellas. Yo puedo tomar el camino que me mantenga a flote.

Nick Drake

Una mañana a principios de agosto, Lena compartió el acostumbrado desayuno silencioso con Bapi, después cogió sus cosas y escaló el acantilado hasta la meseta. Volvía a su olivar. No. Al olivar de Kostos.

Cuando llegó a su sitio, vio que los colores habían cambiado desde junio. Había más amarillo en la hierba, distintas flores silvestres. Las aceitunas en los árboles habían engordado, ahora eran adolescentes. La brisa era más fuerte. El *meltimi*, lo llamaba su abuela.

Tal vez deseaba encontrarlo allí; no estaba segura. Pero pintar apartaba sus pensamientos de cualquier otra cosa. Durante horas, con una concentración profunda, mezcló y pintó y escrutó y pintó. Si el sol era abrasador, ella dejó de notarlo. Si sus miembros estaban cansados, ella dejó de sentirlos.

Cuando las sombras se hicieron demasiado largas, regresó a la vida normal. Ahora miraba su cuadro con ojos críticos, terrenales. Si no hubiera sido ella, habría sonreído, pero como era ella, únicamente sintió la sonrisa.

Ahora sabía para qué había sido todo el esfuerzo. Le daría ese, su mejor cuadro, a Kostos.

Había perdido la esperanza de tener el valor de decirle lo que sentía. Esperaba que ese cuadro le dijera en el lenguaje de Lena que reconocía que aquel era su sitio especial y que lo sentía.

Tibby llamó a Wallman's para decir que estaba enferma. Tenía un calambre en un pie. Un tic en un ojo. El pendiente de la nariz se le estaba infectando. Solo quería irse a dormir.

No quería estar en el trabajo y que Bailey estuviera en el hospital. No quería olvidarlo ni siquiera por un momento y tener que recordarlo de nuevo cuando Bailey no llegase a las cuatro. Olvidarlo y tener que recordarlo otra vez era la peor parte.

Miró con añoranza la urna de cristal de Mimi. Mimi estaba más dormilona que de costumbre. Ni siquiera había probado la comida. Mimi vivía tan despacio y, sin embargo, su ciclo de vida avanzaba mucho más rápido que el de Tibby. ¿Por qué? Tibby esperaba que siguiera su mismo ritmo.

Tibby se acercó y dio unos golpecitos en la pared de cristal. Sintió una inesperada ola de frustración porque Mimi pudiera dormitar tranquilamente en una situación tan angustiada. Metió la mano en la urna y empujó

suavemente el blando estómago de Mimi con su dedo índice.

Algo iba mal. Mimi no estaba bien. No estaba caliente. Estaba a temperatura ambiente. Con un sobresalto de pánico, Tibby agarró a Mimi con demasiada brusquedad. Mimi cayó inerte entre las manos de Tibby. No se movió.

—Mimi, vamos -insistió Tibby llorosa, como si Mimi le estuviera gastando una estúpida broma de hámster-. Despierta.

Tibby la levantó muy alto, en una mano. Algo que Mimi odiaba. Por lo general arañaba la muñeca de Tibby con sus pequeñas uñas afiladas.

Cayó en la cuenta, despacio y acelerada por el pánico al mismo tiempo, de que aquella ya no era Mimi. Era lo que quedaba de Mimi.

En algún lugar de su cerebro se formó un muro, un muro que contuvo el estudio más profundo de lo que estaba ocurriendo allí. Los pensamientos de Tibby quedaron restringidos a una pequeña área de su cerebro. Parecían órdenes de una torre de control más que pensamientos.

«Pon a Mimi en la jaula otra vez. No, no lo hagas. Podría empezar a oler. Llévala al jardín.»

«Ni hablar.» Tibby se irritó con la torre de control. Eso no lo iba a hacer.

¿Debía llamar a su madre al trabajo? ¿Debía llamar al veterinario? No, sabía lo que iban a decir.

Tuvo otra idea. Corrió abajo. Por una vez en su vida, la casa estaba en silencio. Sin pensar más de lo estrictamente necesario, puso a Mimi en una bolsa de papel para la comida, dobló la parte de arriba para que estuviera más recogida y la metió en el congelador.

De pronto Tibby tuvo una visión horrible de Loretta, que descongelaba a Mimi y la volcaba sobre una fuente de horno. Tibby abrió de golpe la puerta del congelador y escondió a Mimi detrás de los restos congelados de tarta del bautizo de Katherine, que jamás se iba a comer ni a tirar.

Ya estaba. Estupendo. Mimi no estaba... lo que fuera. Únicamente estaba conservada en hielo. Existía tecnología para ese tipo de cosas. Había toda una ciencia. Tibby estaba prácticamente segura. Tal vez llevaría una década perfeccionar la ciencia, pero Tibby no iba a impacientarse por eso. Disponía de tiempo.

Arriba se derrumbó sobre su cama. Cogió un bolígrafo y un bloc de notas de su mesilla para escribirle una carta a Carmen o a Bi o a Lena, pero entonces se dio cuenta de que no tenía nada que decir.

Carmen:

Todos los días que he estado he desayunado con mi abuelo y nunca hemos tenido una sola conversación. ¿No te parece extraño? ¿Pensará que soy un bicho raro? Mañana, te lo juro, voy a memorizar por lo menos tres frases en griego y a

soltarlas. Me sentiré como una fracasada si termina el verano y todavía no nos hemos dicho una palabra el uno al otro.

Cuando regresemos, ¿crees que podrías darme algunos consejos de cómo ser una persona normal? Me parece que no termino de entenderlo.

*Con cariño,
Lena.*

En carne viva y sin reservas, Carmen se desplomó sobre la cama de su madre y dejó que le acariciara la espalda.

—Mi niña -murmuró Christina.

—Sí estoy enfadada con papá -anunció Carmen, en parte dirigiéndose a la colcha.

—Claro que lo estás.

Carmen se dio la vuelta para ponerse de espaldas.

—¿Por qué me resulta tan difícil decirlo? No me cuesta nada enfadarme contigo.

—Ya me he dado cuenta.

La madre de Carmen guardó silencio, pero Carmen notaba que tenía algo que decir.

—¿Crees que es más fácil enfadarte con las personas en las que confías? -preguntó su madre muy suavemente.

«Confío en papá», estuvo a punto de decir Carmen sin pensar. Luego probó a pensar.

—¿Por qué?

—Porque confías en que te querrán de todas formas.

—Papá me quiere -dijo rápidamente.

—Te quiere -accedió su madre. Esperó un poco más, pero con una mirada de determinación. Se acostó al lado de Carmen en la cama. Respiró profundamente antes de proseguir.

—Fue muy duro para ti cuando se marchó.

—Lo fue, ¿verdad?

Carmen se recordó a sí misma a los siete años, repitiendo lo que le había dicho su padre cuando alguien preguntaba. «Tiene que marcharse por su trabajo. Pero nos vamos a ver tan a menudo como siempre. Es lo mejor para todos.» ¿De verdad se creía esas palabras? ¿Por qué las decía?

—Una vez te despertaste en mitad de la noche y me preguntaste si papá sabía que estabas triste.

Carmen se giró hacia un lado y apoyó la mejilla en la palma de la mano.

—¿Crees que lo sabía?

Christina tardó en responder.

—Creo que se dijo a sí mismo que estabas bien -se calló de nuevo-. A veces uno se dice a sí mismo las cosas que uno necesita oír.

—¡Tibby, la cena! -era la voz de su padre. Estaba en casa.

Hacía un frío tremendo. Tibby tiritó en su pijama de franela. Su padre debía de haber puesto el aire acondicionado al máximo otra vez. Desde que sus padres instalaron aire acondicionado en casa tenían todo cerrado herméticamente de cuatro a cinco meses al año.

—¿Tibby?

Embotada, se dio cuenta de que tendría que responderle en algún momento.

—¡Tibby!

—¡Ya he comido! -chilló tras entornar la puerta.

—¿Por qué no nos acompañas de todas maneras? -vociferó él.

Lo planteó como una sugerencia; por lo tanto, supuso que podía ignorarla. Cerró la puerta de nuevo. Sabía que en unos segundos, Nicky comenzaría a lanzar los guisantes y Katherine soltaría uno de sus vómitos en arco, tenía reflujo infantil, y sus padres se olvidarían de Tibby, la adolescente huraña.

Se tocó el pelo. No estaba grasiento solamente en las raíces. Estaba grasiento hasta las puntas. Iba a dejar una mancha de aceite en la almohada.

—¿Tibby, cariño? -de nuevo era su padre. No se estaba rindiendo fácilmente.

—¡Bajaré a tomar el postre! -bramó ella. Tenía muchas probabilidades de que se hubiera olvidado para entonces.

Eran las siete. Podía ver los concursos hasta que empezasen las series en la tele. Esas le llevarían hasta las diez. A diferencia de las series sobre urgencias médicas, sabía que a esa hora las series de la tele no tendrían ninguna relación con la vida real. Luego emitían horas de documentales pretenciosos sobre grupos de rock que habían muerto de sobredosis de drogas antes de que ella naciera.

Sonó el teléfono. La primera vez que la madre de Tibby se quedó embarazada, Tibby consiguió su propia línea de teléfono. La segunda vez, una televisión. Cuando el teléfono sonaba allí, sabía que era para ella. Se acurrucó todavía más bajo las sábanas.

Cuando estaba en la cocina y esperaba una llamada de Carmen, parecía que el contestador saltaba a los tres segundos. Cuando no quería contestar a quien llamaba y estaba a menos de un metro, parecía que el teléfono sonaba durante horas. Por fin saltó el contestador.

—Hola, ¿Tibby? Soy Bailey.

Tibby se quedó helada. Se apartó del teléfono.

—Mi número aquí es el 555-4648. Llámame, ¿vale?

Tibby tiritó bajo las mantas. Se concentró en un anuncio sobre disfunción eréctil. Quería dormir.

Pensó en Mimi, congelada abajo en su pequeña caja, y en ella, arriba,

congelada en su caja grande.

Bridget tardó mucho tiempo en vestirse para el gran partido. Otras chicas habían decorado su camiseta con dibujos de productos de comida que acompañan a los tacos. Era algo que a Bridget le habría encantado si no se hubiera desinflado.

Ambos equipos habían colgado serpentinas de papel en su portería. Había una mesa con sandías apiladas a un lado del campo.

Las botas se notaban más sueltas. Bridget sabía que había perdido algo de peso. Su metabolismo requería alimentación constante. Pero ¿podía uno perder peso en los pies?

—¿Bridget, dónde has estado? -preguntó Molly.

Bridget sabía que habían tenido un entrenamiento no oficial por la mañana.

—Descansando para el gran partido -respondió Bridget.

Molly no era lo suficientemente sensible para detectar nada más y Bridget tampoco quería que lo hiciera.

—Bueno, Tacos -dijo Molly-. Tenemos un partido duro. Los Cocos están en racha. Como todas visteis ayer, son una máquina. Vamos a tener que darlo todo para ganar.

Bridget se hizo un apunte mental de nunca decir «darlo todo».

Molly se volvió hacia ella, su expresión totalmente entregada.

—¿Estás lista, Bi? Juega como tú sabes. Hoy juega sin límites.

El resto del equipo la aclamó. Bridget se quedó quieta. Le había tocado jugar de defensa. Le había tocado ser portero. Le habían chillado cuando regateaba con el balón más de dos metros.

—No sé si me acuerdo -dijo.

Desde el primer momento, Bridget estuvo lenta. Estuvo indecisa. No iba detrás del balón. Cuando le llegaba lo apartaba de una patada. Eso hizo que su equipo estuviera confuso y lánguido. Estaban acostumbradas a basarse en su intensidad. Los Cocos marcaron dos goles en los primeros cinco minutos.

Molly le hizo una seña al árbitro para pedir tiempo. Miró a Bridget como si fuera una extraña.

—Vamos, Bridget. ¡Juega! ¿Qué te pasa?

Bridget odiaba profundamente a Molly en ese momento. Nunca había tolerado demasiado bien la autoridad.

—Me malgastaste cuando estaba bien. Ahora mismo no lo estoy. Lo siento.

Molly se puso furiosa.

—¿Me estás castigando?

—¿Me estabas castigando tú a mí?

—Soy la entrenadora, ¡Dios! Estoy intentando transformarte de una fanfarrona en una futbolista de verdad.

—Soy una futbolista de verdad -dijo Bridget, y se marchó del campo andando.

Lo que haces habla tan alto que
no puedo oír lo que dices.

Ralph Waldo Emerson

Primero Tibby se subió una caja de donuts, pero las migas le recordaron las cagaditas de los roedores, así que bajó corriendo a la cocina y los guardó en el fondo del armario.

Luego pensó en helado, pero no quería acercarse a donde estaba el helado. En lugar de eso, cogió una caja de golosinas de frutas con forma de dinosaurio, las preferidas de Nicky, y se la subió a su habitación. Con los ojos fijos en la presentadora de la tele, engulló sistemáticamente ocho paquetes de gominolas de dinosaurios de color estridente y tiró ocho envoltorios de plata al suelo.

Durante el siguiente programa bebió dos litros de ginger ale. Después vomitó en tecnicolor espumoso. Luego vio la teletienda un rato.

Cuando un *reality-show* pasaba ya de la mitad, sonó su teléfono. Odiaba perderse una sola palabra. La presentadora era muy comprensiva.

Por mucho que intentara evitarlo, Tibby podía oír la voz en el contestador.

—Eh, Tibby. Soy Robin Graffman, la madre de Bailey -pausa larga-. ¿Crees que podrías llamar o pasarte por aquí? Es el 555-4648. Habitación 448. Cuarto piso. A la izquierda cuando sales del ascensor. A Bailey le gustaría mucho verte.

Tibby sintió que el dolor le invadía el pecho de nuevo. Su corazón no estaba bien. El dolor explotó en su sien. Estaba sufriendo un ataque al corazón y un aneurisma al mismo tiempo.

Miró la jaula de Mimi. Quería acurrucarse en las suaves virutas de madera y respirar el salado olor a roedor de Mimi y dormir hasta que se muriese. No parecía difícil.

Carmen marcó los números. Casi esperaba colgar cuando oyó una voz de mujer que contestaba el teléfono, pero no lo hizo.

—Lydia, soy Carmen. ¿Puedo hablar con mi padre?

—Por supuesto -dijo Lydia apresuradamente.

¿Realmente pensaba Carmen que Lydia iba a decir algo desagradable?

La voz de su padre sonó en seguida.

—¿Sí?

Oyó alivio y también miedo en su voz.

—Papá, soy Carmen.

—Lo sé. Me alegro de que hayas llamado -sonaba fundamentalmente como si de verdad se alegrase-. Recibí el paquete. Te agradezco la intención.

—Ah... bien -dijo Carmen.

Se sintió arrastrada hacia la comodidad. Podía pedir perdón. Él estaría de lo más comprensivo. En menos de dos minutos, todo sería de color de rosa otra vez. La vida seguiría como si nada.

—Papá, necesito decirte algo -tenía que seguir luchando.

Sintió su presión silenciosa para que no lo hiciera. ¿Acaso era su propia presión?

—De acuerdo.

«Venga, venga», se ordenó a sí misma. «No mires atrás.»

—Estoy enfadada contigo -dijo un poco entrecortadamente. Se alegró de que él se quedase callado.

Respiró hondo y se apretó la piel alrededor de la uña del pulgar.

—Estoy... decepcionada, sabes. Creía que íbamos a pasar el verano juntos, tú y yo. De verdad, de verdad, quisiera que me hubieras avisado de que te trasladabas con la familia de Lydia -su voz sonaba temblorosa y desgarrada.

—Carmen... lo siento. Ojalá te hubiera avisado. Ese fue mi error. De verdad que lo siento.

Terminó con una nota concluyente. Cerraba en banda de nuevo. Cauterizaba la herida antes de que hubiera más pérdida de sangre.

Ella no estaba cooperando.

—No he terminado -declaró.

El estaba callado.

Ella se dio un momento para calmar la voz.

—Te has buscado una familia nueva y yo no encajo en ella -su voz sonó chillona y sin matices-. Tienes esa familia nueva con hijos nuevos... Pero ¿y yo qué? -ahora estaba totalmente fuera de la carretera y conduciendo a toda velocidad. Emociones de las que ni siquiera era consciente le adelantaban volando-. ¿Qué nos pasaba a mamá y a mí? -su voz se quebró dolorosamente. Estaba llorando. Ya ni le importaba si seguía escuchando; tenía que seguir hablando.

—¿Por qué tu antigua familia no era lo bastante buena? ¿Por qué me prometiste... que estaríamos más unidos que nunca? -se interrumpió para intentar acompasar la respiración-. ¿Por qué seguías diciendo que lo estábamos, aunque no era verdad? -ahora sollozaba. Sus palabras subían y bajaban en oleadas de llanto. Se preguntó si podría entender lo que le decía.

—¿Por qué visita Paul a su padre borracho todos los meses y tú me visitas dos o tres veces al año? No he hecho nada malo, ¿no?

Dejó de usar palabras por completo y solamente lloró, tal vez mucho tiempo; no estaba segura. Por fin se calmó. ¿Seguía él ahí?

Cuando se acercó el teléfono al oído y escuchó, oyó un ruido sordo. Respiración. Seca no, húmeda.

—Carmen, lo siento -dijo-. Lo siento muchísimo.

Decidió que podía creerlo porque se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, él también estaba llorando.

Tibby se estaba entregando al sueño la tarde siguiente cuando llamaron a la puerta.

—¡Vete! -ladró.

¿Quién podía ser? Sus padres estaban trabajando, y Tibby había asustado a Loretta lo suficiente para mantenerla alejada para siempre.

—¿Tibby?

—Vete -dijo de nuevo.

La puerta se abrió un poco. Apareció la cabeza de Carmen. A medida que asimilaba el horrible aspecto de Tibby y las montañas de desperdicios en el suelo y en la cama, el gesto de Carmen se agudizaba de preocupación.

—¿Tibby, qué pasa? -preguntó con voz suave-. ¿Estás bien?

—Estoy bien -soltó Tibby, hundiéndose bajo las sábanas otra vez-. Por favor, márchate.

Subió el volumen. Su programa favorito empezaba después de una corta pausa publicitaria.

—¿Qué estás viendo? -preguntó Carmen.

Con las persianas bajadas no había mucho más que ver aparte de la televisión y las montañas de basura.

—Un *reality-show*. La presentadora es muy comprensiva, sabes -dijo Tibby bruscamente.

Carmen vadeó las pilas de desperdicios y se sentó en la cama de Tibby. Era una prueba de su preocupación, porque Carmen odiaba cualquier desorden que no hubiera creado ella.

—Tibby, por favor. Dime qué está pasando. Me estás asustando.

—No quiero hablar -dijo Tibby testaruda-. Quiero que te vayas.

El teléfono comenzó a sonar de nuevo. Tibby lo atravesó con la mirada como si fuera una serpiente de cascabel.

—No lo toques -ordenó.

Biiip, sonó el contestador. De pronto Tibby se abalanzó buscado frenéticamente el control de volumen. El aparato cayó sobre la moqueta.

Aun así la voz sonó alta y clara.

—Tibby. Soy la madre de Bailey otra vez. Quiero que sepas lo que está pasando aquí. Bailey no mejora. Tiene una infección y... -Tibby oía a la mujer tomar aire. Sus pulmones sonaban como si estuvieran llenos de agua-. Nos... nos gustaría de verdad que vinieras. A Bailey le haría mucha ilusión -sollozó un poco y colgó.

Tibby no podía mirar a Carmen. No quería ver nada. Sentía los ojos de Carmen perforando pequeños túneles en su cerebro. Sintió el brazo de Carmen por los hombros. Tibby apartó los ojos. Un número infinito de lágrimas revoloteaba detrás de sus párpados.

—Por favor, vete -la voz de Tibby tembló.

Carmen, por ser como era, besó el lado de la cabeza de Tibby y se

levantó para marcharse. —Gracias -susurró Tibby tras ella.

Sin embargo, Carmen, porque así era Carmen, volvió a la habitación de Tibby más o menos una hora después sin ser invitada. Esa vez ni siquiera llamó a la puerta. Apareció sin más.

—Tibby, tienes que ir a verla -dijo Carmen con dulzura, mientras flotaba en el duermevela de Tibby al lado de la cama.

—Vete -ordenó Tibby atontada-. No me puedo mover.

Carmen soltó un largo suspiro.

—Sí que puedes. Te he traído los vaqueros -los depositó encima de los pies de Tibby. Era el único sitio en toda la habitación donde no se los tragaría el devorador desorden-. Póntelos y ve.

—No -gruñó Tibby.

Carmen desapareció por la puerta.

Tibby tenía escalofríos y le castañeteaban los dientes. ¿No entendía Carmen que su corazón no funcionaba y que tenía un aneurisma en el cerebro y que el pendiente de la nariz se estaba infectando?

Se sumió en un sueño comatoso durante horas y despertó para ver los pantalones brillando en la luz azulada del programa de televisión. Los vaqueros le decían que era una persona horrible, y tenían razón. Se hundió de nuevo, sintiendo el peso de los pantalones sobre los pies y los tobillos. Daban la impresión de pesar unos veinte kilos. ¿Quién podía andar con unos vaqueros tan pesados? «Sorpréndete», alguien dijo en la tele. Ella miró sorprendida al aparato. No acababa de decir eso.

De un salto salió de la cama, asustada, su corazón arrítmico disparado. ¿Y si no quedaba tiempo? ¿Y si ya se había terminado?

Se quitó el pijama y se puso los pantalones. Se calzó un par de zuecos. Tenía el pelo tan sucio que había recorrido el ciclo completo. Parecía limpio otra vez.

Se dio cuenta, cuando ya estaba en la acera, de que era casi medianoche y que todavía llevaba la parte de arriba del pijama. ¿Quién le iba a dejar entrar en el hospital a medianoche para ver a Bailey? ¿No terminaban las horas de visita a las ocho?

Retrocedió y cogió su bicicleta del garaje abierto. No tenía mucho tiempo. A Bailey le asustaba el tiempo.

Voló por las calles. Los semáforos en Wisconsin Avenue parpadeaban en amarillo.

La entrada principal del hospital estaba prácticamente a oscuras, pero la entrada de urgencias permanecía iluminada. Tibby entró andando y pasó frente a una colección de gente apesadumbrada en sillas de plástico. Incluso las urgencias se volvían aburridas cuando la gente esperaba unas cuantas horas en aquel sitio.

Afortunadamente la mujer de la recepción tenía la cabeza agachada. Tibby pasó directamente por delante. Empezó el camino a los ascensores.

—¿Te puedo ayudar en algo? -preguntó una enfermera que pasaba por ahí.

—Estoy, eh, buscando a mi, eh, madre -mintió Tibby descaradamente. Siguió andando. La enfermera no fue detrás de ella. Subió por las escaleras de incendios hasta la planta principal, se quedó acechando en el rellano hasta que el camino estuvo totalmente despejado y corrió al ascensor.

Había un médico de aspecto cansado en el ascensor. Tibby rebuscó en su mente para encontrar una excusa, hasta que comprendió que no le importaba lo que estuviera haciendo. Evidentemente tenía algo mejor en qué pensar que en la seguridad del hospital.

Se bajó en el cuarto piso e inmediatamente entró por una puerta. La planta estaba en silencio. La recepción estaba a la izquierda, pero una señal indicaba que la habitación 448 estaba a la derecha. Había un cuarto de enfermeras un poco más lejos por el pasillo a la derecha. Apenas respiró mientras avanzaba por la pared como una araña. Por suerte, la habitación 448 estaba cerca. La puerta estaba ligeramente entornada. Se escurrió dentro.

Se detuvo en el pequeño vestíbulo. Desde allí veía que la televisión estaba encendida. No veía a ninguno de sus padres en las sillas junto a las ventanas. Tenía que decidirse a entrar.

Temía ver una Bailey diferente, los restos de Bailey. Pero la niña que dormía en la cama era igual que la que conocía. Solo que tenía unos tubos que le salían de la muñeca y un tubo en la nariz. Tibby oyó una aguda exclamación ahogada que escapaba de su propia garganta. Había más emoción latiendo ahí dentro de la que podía contener.

Bailey era tan diminuta bajo las mantas. Tibby vio la palpitación del pulso en su cuello. Con suavidad alargó su mano hacia la de Bailey. Era de huesos de pájaro.

—Hola, Bailey, soy yo -susurró-. La chica de Wallman's.

Bailey era tan pequeña que había espacio suficiente para que Tibby se sentase en la cama a su lado.

Tibby se llevó la mano de Bailey al pecho y la sostuvo ahí. Cuando sus párpados comenzaron a cerrarse, se acostó con delicadeza y apoyó la cabeza en la almohada al lado de la de Bailey. Sintió el suave cosquilleo del pelo de Bailey en su mejilla. Las lágrimas se resbalaron desde sus ojos hacia los lados, metiéndose en sus orejas y cayendo en el pelo de Bailey. Esperaba que no importase.

Se quedaría ahí cogiendo la mano a Bailey todo el tiempo del mundo, para que Bailey no tuviese miedo si no había suficiente.

Esa noche se celebraba *Koimisis tis Theotokou*, la Asunción de la Virgen. Era la fiesta ortodoxa griega más importante después de Pascua. Las dos, Lena y Effie, acompañaron a sus abuelos a la pequeña iglesia, sencilla y

preciosa, para la liturgia. Después hubo un modesto desfile y luego todo el pueblo se dedicó a comer y beber.

La abuela estaba en el comité de postres, por lo tanto ella y Effie habían preparado docenas de fuentes de *baklava* con todo tipo imaginable de nueces en el relleno de los delicados pasteles. La abuela había intensificado la instrucción de Effie, ahora que el verano casi llegaba a su fin.

Lena tomó un vaso de vino tinto fuerte de sabor áspero, que le provocó cansancio y tristeza. Subió a su habitación y se sentó a oscuras junto a la ventana, desde donde podía observar la celebración a una cierta distancia. Así era como le gustaba disfrutar de una fiesta.

Abajo en la acera y en la pequeña plaza unos metros más allá de casa de Kostos, la celebración se tornó más bulliciosa después de ponerse el sol. Los hombres bebieron grandes cantidades de *ouzo* y actuaron de forma muy sociable una vez comenzó la música. Incluso Bapi mostraba una gran sonrisa bobalicona.

Effie bebió unos cuantos vasos de vino. No había una edad mínima legal para beber en Grecia. De hecho, incluso sus abuelos incitaban a Effie y Lena a tomar vino en ocasiones especiales, lo cual probablemente hacía que Effie tuviera mucho menos interés en beber que si fuera al contrario.

Esa noche, sin embargo, Effie estaba colorada y eufórica. Lena observó a su hermana mientras bailaba varias canciones con Andreas, el camarero, y luego se escabullía a una callejuela con él. Lena no estaba preocupada. Effie era burbujeante, pero en el fondo era probablemente la persona más sensata que conocía. Effie adoraba a los chicos, pero incluso con catorce años no se perdía por ellos.

Esa noche, Oia tenía dos lunas llenas de igual intensidad, una en el cielo y una en el mar. Si Lena no lo supiera de antemano, no habría sido capaz de escoger la original.

A la luz de la luna vio el rostro de Kostos. No se había percatado de la ausencia de Lena ni le importaba. Estaba segura.

«Quisiera que te importase», le dijo Lena telepáticamente, y en seguida quiso retractarse.

Vio a Kostos acercarse a su abuela. De puntillas Valia lo abrazó y lo besó con tal fuerza que Lena se preguntó si lo estrangularía. Kostos estaba feliz. Susurró algo al oído de Valia que le provocó una sonrisa. Después empezaron a bailar.

Modestos fuegos artificiales de pueblo emergieron de la plaza. En cierto modo, aquellos eran los que más sobrecogían, decidió Lena con un ligero escalofrío. A diferencia de los del tipo Disney World, los caseros tenían una dulce tosquedad a la que uno respondía. Mostraban el esfuerzo y el peligro, mientras que los espectáculos más pulidos los escondían.

Kostos hizo girar a la abuela. Riéndose, ella logró mantener los pies en el suelo. Él terminó la canción con un exagerado paso que casi dobló a la

abuela por la mitad. Lena nunca había visto a su abuela tan feliz.

Lena estudió la cara de las chicas de alrededor. Se notaba que Kostos era el objeto del deseo de las escasas adolescentes que vivían en Oia; pero, sin embargo, escogió bailar con todas las abuelas, todas las mujeres que lo habían cuidado, que habían vertido en él el cariño que no podían entregar a sus propios hijos y nietos ausentes. Era una realidad conmovedora de la vida en la isla, que generaciones enteras se marchasen para asentar su vida en otros sitios.

Lena dejó que las lágrimas gotearan más allá de la barbilla y bajasen por el cuello. No estaba totalmente segura de por qué lloraba.

A pesar de lo tarde que era cuando terminó la fiesta, Lena no podía dormir. Sentada en su ventana, observaba la luna. Esperó que la brisa difuminase los bordes de la luna marina. Se imaginó a todos los habitantes alegres de Oia, sumiéndose en un profundo sueño con los aromas del alcohol.

Pero al asomarse un poco más por la ventana, reconoció otro par de codos en la ventana más alejada del primer piso. Eran los codos arrugados de Bapi. Estaba sentado en su ventana contemplando la luna, igual que ella.

Sonrió, por dentro y por fuera. Había aprendido una cosa en Santorini. No se parecía a su padre ni a su madre ni a su hermana, pero era igual que su Bapi: orgullosa, callada, temerosa. Afortunadamente para Bapi, había encontrado el valor una vez en la vida para no dejar pasar la oportunidad de amar a una persona que sabía cómo hacerlo.

Lena rezó a las dos lunas para que ella también encontrase el mismo valor.

Todo el lunes de lágrimas,
martes de martirio, miércoles de
miedo, jueves de gemidos, viernes
de varapalos, sábado de
sobresalto.

James Joyce

La mañana siguiente Lena durmió hasta tarde. Bueno, no durmió hasta tarde. Se quedó en la cama horas después de despertarse, porque no sabía qué hacer consigo misma. Estaba inestable, activa y apática.

Effie dio por concluida la mañana cuando entró de golpe, porque necesitaba saquear el armario de Lena para buscar algo que ponerse.

—¿Qué te pasa? -preguntó Effie por encima del hombro mientras revolvía sin ningún pudor las cosas de Lena.

—Estoy cansada -alegó Lena.

Effie parecía sospechar algo.

—¿Qué tal anoche? -preguntó Lena para desviar la atención.

Los ojos de Effie resplandecieron.

—Increíblemente bien -dijo efusivamente-. Nadie besa tan bien como Andreas. Mucho mejor que cualquier chico americano.

—Ya me lo habías dicho -puntualizó Lena con acritud-. Pero recuerda que tienes catorce años.

De repente Effie dejó de remover las perchas. Se quedó completamente inmóvil.

—¿Qué? -demandó Lena. Effie le ponía nerviosa siempre que estaba callada.

—Alucinas -exclamó Effie.

—¡Qué! -gritó Lena.

Se encogió avergonzada cuando oyó el crujido de un papel y vio lo que sujetaba Effie. Era el dibujo que había hecho de Kostos.

—Alucinas -repitió Effie, más despacio esa vez. Se volvió hacia Lena, como si viera a su hermana con nuevos ojos-. No me lo puedo creer.

—¿Qué? -el vocabulario de Lena parecía reducirse a esa palabra.

—No me lo puedo creer.

—¿Qué? -gritó Lena de nuevo incorporándose en la cama.

—Estás enamorada de Kostos -le acusó Effie.

—No lo estoy.

Si Lena no sabía antes que estaba enamorada de Kostos, lo sabía ahora. Reconocía cómo se sentía al mentir.

—Sí que lo estás. Y lo triste es que eres demasiado gallina para hacer nada al respecto aparte de estar depre.

Lena se hundió bajo las sábanas de nuevo. Como era habitual, Effie había resumido su complejo estado de angustia mental en una sola frase.

—Admítelo -insistió Effie.

Lena no quería. Se cruzó de brazos obstinadamente sobre el pijama.

—Bueno, no lo hagas -dijo Effie-. De todas maneras yo sé que es verdad.

—Pues estás equivocada -saltó Lena con tono infantil.

Effie se sentó en la cama. Se había puesto seria.

—Lena, escúchame, ¿quieres? No nos queda mucho tiempo aquí. Estás enamorada. Nunca he visto nada parecido. Tienes que ser valiente, ¿de acuerdo? Tienes que ir a decirle a Kostos lo que sientes. Te juro que si no lo haces, te vas a arrepentir el resto de tu cobarde vida.

Lena sabía que todo eso era verdad. Effie había dado en el blanco tan de lleno que Lena ni se molestó en rebatirlo.

—Pero, Eff -dijo, su voz no dejaba traslucir su agonía-, ¿y si yo no le gusto a él?

Effie lo consideró. Lena esperó, expectante, confiando en que la tranquilizaría. Quería que Effie dijera que por supuesto que a Kostos le gustaba. ¿Cómo no? Pero Effie no dijo eso.

Por el contrario, cogió la mano de Lena entre las suyas.

—A eso me refiero cuando te digo que seas valiente.

Bailey estaba mirando a Tibby cuando se despertó en la cama del hospital. También la enfermera que traía la bandeja con el desayuno de Bailey. Bailey parecía complacida. La enfermera parecía ligeramente molesta.

—Espero que disfrutaras de tu descanso -dijo la enfermera mirando a Tibby con las cejas fruncidas y dedicándole una media sonrisa.

Tibby se bajó de la cama.

—Lo siento -dijo adormilada. Había dejado una mancha de babas en la almohada de Bailey.

La enfermera sacudió la cabeza. Su expresión no era de desaprobación.

—La señora Graffman se sorprendió mucho al encontrarte aquí anoche -le dijo a Tibby-. La próxima vez te sugiero que intentes venir durante las horas de visita -miró de Tibby a Bailey-. Creo que conoces a esta señorita.

Bailey asintió. Estaba acostada, pero sus ojos permanecían alerta.

—Gracias -dijo Tibby.

La enfermera revisó el cuadro a los pies de la cama de Bailey.

—Volveré en unos minutos por si necesitas ayuda con eso -hizo un gesto con los ojos hacia la bandeja del desayuno.

—No la necesito -dijo Bailey.

La enfermera le lanzó a Tibby una mirada severa antes de dejar la habitación.

—No te comas su desayuno.

—No lo haré -prometió Tibby.

—Vuelve -dijo Bailey dando unos golpecitos en la cama.

Tibby se subió de nuevo.

—Hola -dijo. Estuvo a punto de preguntar «¿Cómo estás?», pero logró contenerse.

—Llevas los vaqueros -observó Bailey.

—Necesitaba ayuda -explicó Tibby.

Bailey asintió.

—Mimi murió.

Tibby no podía creer que había pronunciado esas palabras. Sin previo aviso, comenzó a llorar grandes lágrimas.

Un delicada lágrima recorrió el rostro de Bailey.

—Sabía que ocurría algo malo -dijo.

—Lo siento -dijo Tibby.

Bailey negó con la cabeza para desviar la disculpa.

—Anoche sabía que estabas aquí. Me diste buenos sueños.

—Me alegro.

Bailey miró el reloj.

—Tienes que marcharte. Tu turno empieza dentro de trece minutos.

—¿Qué? -Tibby estaba realmente confundida.

—Wallman's.

Tibby lo descartó con un gesto de la mano.

—No importa.

—Claro que importa. Es tu trabajo. Duncan cuenta contigo, sabes. Anda ve.

Tibby la miró incrédula.

—¿De verdad quieres que me vaya?

—Sí -se ablandó un poco-. Pero quiero que vuelvas luego.

—Lo haré -dijo Tibby.

Cuando llegó al vestíbulo, se encontró a Carmen allí sentada. Se levantó al ver a Tibby y la abrazó. Tibby le devolvió el abrazo.

—Tengo que ir a trabajar -dijo Tibby atontada.

Carmen asintió.

—Te acompaño.

—Tengo la bici.

—Pues os acompaño a ti y la bici -repuso Carmen.

—Ah, espera -Carmen se detuvo justo antes de cruzar las puertas automáticas-. Necesito los vaqueros. —¿Ahora mismo? —Creo que sí -dijo Carmen. —Es que... los llevo puestos -señaló Tibby. Carmen la cogió del brazo y la arrastró al baño. Se quitó sus pantalones de campana azul celeste y se los ofreció a Tibby.

Fue una prueba más de la magia de los vaqueros, lo estupendamente que le quedaban a Carmen y lo ridícula que estaba Tibby con los azul celeste de Carmen.

Aunque Carmen había dormido hasta por lo menos las diez todas las

mañanas durante las dos últimas semanas, la mañana del 19 de agosto saltó de la cama con el sol. Sabía lo que iba a hacer. Se puso los pantalones, encantada de que se ajustasen perfectamente al contorno de sus caderas. Daba la impresión de que la querían. Deslizó los pies en unos zapatos abiertos por detrás con estampado de leopardo y se abrochó rápidamente los botones de perla de una camisa negra. Sacudió su voluminosa melena, todavía limpia después de lavársela la noche anterior. Se colocó unos aros de plata en las orejas.

Dejó una nota para su madre en la mesa de la cocina y pudo oír el teléfono que sonaba mientras se dirigía hacia la puerta. Era el señor Brattle, lo veía en la pantalla de identificación de llamadas. Dejó que se hartara de llamar. No lo torturaría esa mañana.

Cogió un autobús al aeropuerto, donde recogió el caro billete de ida y vuelta que había reservado la noche anterior con la tarjeta de crédito de su padre para «emergencias y libros».

Durmió plácidamente tumbada a lo largo de tres asientos las dos horas del vuelo a Charleston y solamente se despertó para desayunar. Aquel día sí se comió la manzana.

Ocupó algo de tiempo leyendo revistas en el aeropuerto internacional de Charleston; después cogió un taxi a la iglesia episcopal en Meeting Street. En aquella ocasión los robles y los árboles de nuez de pacana con sus barbas colgantes resultaban agradablemente familiares.

Llegó unos minutos antes de que comenzara la ceremonia. Las personas encargadas ya habían sentado a todo el mundo y la congregación estaba reunida entre gigantescos ramos de flores blancas y moradas. Se colocó anónimamente en una fila de atrás. Reconoció a dos de sus tías en la segunda fila. Su abuelastra, que no caía bien a nadie, estaba sentada al lado de sus tías. Por lo demás, Carmen no conocía uno solo de los invitados de su padre. Era una pena cómo las parejas solo parecían tener amigos de pareja y los perdían a todos cuando dejaban de ser pareja.

De pronto apareció su padre por una puerta lateral, alto y distinguido en su esmoquin, con Paul a su lado en un esmoquin idéntico. Paul era el padrino, comprendió. Esperó a sentir la bilis desbordándose, pero no sucedió. Paul parecía tomarse tan en serio su función de padrino. Albert y Paul quedaban bien juntos, con su pelo claro y la misma altura. Su padre tenía suerte, ella lo sabía.

La marcha nupcial comenzó a sonar. La primera en salir fue Krista, parecía un caramelo dentro de su vestido. Le quedaba bien, decidió Carmen. Su piel era tan pálida que parecía azul por dentro. Dio la impresión de que subía el volumen de la música y, tras una pausa para impresionar, apareció Lydia.

Algo ocurre en las bodas. No importaba que Lydia fuera una cuarentona y llevase un vestido ridículo. Estaba transformada por un estado de gracia al

recorrer la iglesia, y Carmen se sintió debidamente conmovida. La sonrisa de Lydia era la perfecta sonrisa de novia, tímida, pero segura. Su padre se regaló la vista con la perfección de su novia. Cuando llegó a su lado, los cuatro miembros de la familia se apiñaron en un semicírculo bajo el altar.

Carmen sintió una punzada momentánea, al ver la familia así reunida. «Querían que tú también estuvieras ahí. Debías haber estado ahí.»

Carmen se dejó hipnotizar por la arqueada del violonchelista, el olor de las velas, la cantinela del pastor. Olvidó que era la hija del novio, olvidó que no iba vestida adecuadamente. Abandonó su cuerpo y ascendió hasta los arcos, donde podía ver todo, el cuadro completo.

Solamente cuando salían juntos de la iglesia, su padre encontró sus ojos y la devolvió del techo a su cuerpo. La expresión en su cara le hizo querer quedarse allí.

Diana, de alguna manera, se las arregló para hacerle su bizcocho de chocolate en la cocina del campamento. Ollie intentó darle un masaje de espalda. Emily se ofreció a prestarle a Bridget su discman.

Todas estaban preocupadas por ella. Las oía cuchichear cuando creían que estaba dormida.

Fue a cenar con ellas la noche siguiente, simplemente porque estaba harta de que cloquearan a su alrededor y le trajeran provisiones. Había una pila de comida estropeándose debajo de su cama.

Después de cenar, Eric se acercó y le pidió que fuera a dar una vuelta con él. Le sorprendió en un hombre que no se dejaba cazar. Dijo que sí.

Cruzaron los espigones a la parte principal de la playa Coyote. En silencio pasaron las caravanas y llegaron hasta un lugar apartado al final de la playa, donde las palmeras y los cactus tomaban la arena. El sol era abrasador a su espalda.

—Estaba preocupado por ti. Después del partido de ayer y todo... -sus ojos le dijeron que hablaba en serio.

Ella asintió.

—No siempre juego bien.

—Pero tienes un talento espectacular, Bridget. Debes saberlo. Sabes que todo el mundo piensa que eres una estrella.

A Bridget le gustaban los halagos como al que más, pero no necesitaba aquellos. Sabía cómo era.

Él hizo un hoyo en la arena. Allanó las paredes del hoyo que había hecho.

—Me preocupaba que lo que ocurrió entre nosotros... Me preocupaba que te hubiera hecho daño. Quizá más de lo que entonces comprendí.

Ella asintió otra vez.

—No has tenido mucha experiencia con tíos, ¿verdad? -preguntó. Su voz

era dulce. No había presión. Intentaba ayudar.

Ella asintió de nuevo.

—Ya. Ojalá lo hubiera sabido.

—No te lo dije. ¿Cómo lo ibas a saber?

Agrandó el hoyo en la arena. Luego lo llenó otra vez.

—Sabes, Bridget. Cuando te conocí, te veía tan segura y tan... *sexy* conmigo. Pensé que eras mayor de lo que en realidad eres. Ahora ya lo sé. No tienes mucha experiencia. Eres joven para dieciséis años.

—Tengo quince.

Él dejó escapar un gemido.

—No me digas eso.

—Lo siento. Solo quería ser sincera -dijo ella.

—¿No podías haber sido sincera antes?

A Bridget le tembló la boca. Él parecía arrepentido. Se acercó a ella y le rodeó los hombros con el brazo.

Siguió adelante.

—Esto es lo que te quería decir. A lo mejor no tenemos otra oportunidad de hablar, así que quiero que lo recuerdes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo -murmuró.

El dejó escapar un suspiro.

—Es una confesión difícil para un tío que se supone que es entrenador aquí, así que escucha -levantó la vista al cielo en busca de ayuda-. Me has revolucionado la vida este verano. Has estado en mi cama, conmigo, todas las noches desde el primer día que te vi -le puso la mano en el pelo-. El día que nadamos juntos. Corriendo juntos. Bailando juntos. Viéndote jugar... Ya sé que soy un fanático del fútbol, Bi, pero verte jugar fue muy excitante.

Bridget sonrió débilmente.

—Por eso me acojonas tanto. Porque eres demasiado guapa y eres demasiado *sexy* y eres demasiado joven para mí. Tú también lo sabes, ¿verdad?

Bridget no estaba segura de si era demasiado joven para él, pero sabía que era demasiado joven para lo que había hecho con él. Asintió.

—Y ahora, después de tenerte tan cerca, no puedo estar contigo sin pensar en lo que se siente.

Bridget iba a llorar. Grandes lágrimas gordas bailaban en sus ojos.

Él colocó las palmas de las manos a ambos lados de su cabeza.

—Bi, escucha. Algún día, cuando tengas veinte años quizá, te veré otra vez. Serás la estrella del fútbol de moda en alguna universidad estupenda con un millón de tíos mucho más interesantes que yo persiguiéndote. Y, ¿sabes qué? Te veré y rogaré por que todavía te interese -le cogió dos mechones de pelo como si fueran un material precioso-. Si pudiera encontrarte otra vez, en otro momento, en otras circunstancias, me permitiría adorarte

como te mereces. Pero ahora no puedo.

Ella asintió de nuevo y dejó que cayeran las lágrimas.

Ella deseaba que aquella demostración de sentimientos por parte de él surtiese efecto. Realmente lo quería. Sabía que él también. Dijese o no la verdad, él creía que podía lograr que se sintiera mejor y realmente quería ayudarla.

Pero no era lo que ella necesitaba. Sus necesidades eran tan grandes como las estrellas, y él estaba ahí abajo, en la playa, tan callado que apenas podía oírlo.

¿Hay mundo suficiente para
mí?

Jane Frances

Bajo la carpa en el jardín de atrás, el padre de Carmen la abrazó durante mucho tiempo. Cuando se apartó tenía los ojos hinchidos. Ella se alegró de que no dijese nada. Sabía lo que quería decir.

Lydia también la abrazó. Era pura obligación, pero a Carmen no le importó. Si Lydia quería tanto a su padre, mucho mejor. Krista la besó en la mejilla y Paul le dio la mano.

—Bienvenida de nuevo -dijo.

Si alguien advirtió el hecho de que llevaba vaqueros, nadie dijo nada.

—¡Los novios y los padrinos! ¡Vamos a hacer las fotos! -llamó la anciana ayudante del fotógrafo, sin percibir la fragilidad del ambiente-. ¡Los novios y los padrinos! Por favor, reúnanse bajo el magnolio! -gritó en el oído de Krista. Parecía que fueran una multitud y no solamente cuatro.

Carmen se dirigió a la mesa de las bebidas, pero su padre la cogió de la mano.

—Ven -dijo-. Tu sitio está con nosotros.

—Pero llevo... -señaló los pantalones.

Rechazó su preocupación con un gesto.

—Vas estupendamente -dijo, y ella lo creyó.

Posó con los cuatro. Posó con Krista y Paul. Posó con Lydia y su padre. Posó con su padre. La vieja ayudante hizo un observación desagradable sobre los vaqueros de Carmen, pero nadie más dijo una palabra. Carmen no podía evitar sentirse impresionada de que Lydia permitiera que sus fotos de boda de cuento de hadas quedasen empañadas por una chica de piel oscura en vaqueros.

El banquete pasó volando. Carmen charló de nada en especial con sus tías neuróticas hasta que el novio y la novia salieron a la pista de baile en medio de un fuerte aplauso. Poco después, Paul llegó hasta su silla.

—¿Bailas? -preguntó muy formal con una leve inclinación.

Carmen se levantó y decidió no preocuparse porque en realidad no supiera bailar el vals. Colocó el brazo a través del de Paul. Sobre el suelo de parque, él comenzó a hacerla girar al ritmo de la música.

De pronto se acordó de su novia. Empezó a examinar las mesas de alrededor para buscar de dónde vendrían las miradas envenenadas. Paul advirtió su distracción.

—¿Dónde está...? -Carmen no conseguía recordar su nombre de verdad.

—¿Skeletor? -apuntó Paul.

Carmen sintió que se le encendía la cara. Paul se rió. Tenía una risa

entrecortada, inesperadamente dulce. ¿Cómo podía saberlo Paul?

Carmen se mordió el labio avergonzada.

—Lo siento -murmuró.

—Lo dejamos -señalo él. No parecía estar triste en absoluto.

Cuando terminó la canción, él se apartó y ella vio a su padre, que se dirigía hacia allí. Antes de dejar la pista de baile, Paul se acercó a su oído.

—Haces feliz a tu padre -dijo sorprendiéndola, como hacía casi siempre que abría la boca.

Su padre la atrajo a sus brazos y bailaron el vals por el perímetro de la pista de baile.

—¿Sabes lo que voy a hacer? -comentó.

—¿Qué? -preguntó ella.

—A partir de ahora voy a ser tan sincero contigo como lo has sido tú conmigo -dijo.

—De acuerdo -aceptó ella, y dejó que las parpadeantes luces blancas se fundieran en una tormenta de nieve.

Al final de la noche, de camino a su cama, se fijó en la ventana del comedor. El cristal liso continuaba en una red de grietas hasta un agujero. No habían arreglado el cristal, sino que lo habían cubierto con plástico transparente y una maraña de cinta adhesiva plateada. Por algún motivo, eso hizo que Carmen se sintiera avergonzada y contenta al mismo tiempo.

Lena:

Por fin he hecho algo bien con estos vaqueros. Creo que Tibby también. Por eso te los enviamos con un poco de Carma pegado (ja, ja, ja). Estoy impaciente por contártelo todo cuando estemos todas juntas otra vez. Espero que estos pantalones te traigan tanta felicidad como me han proporcionado a mí hoy.

Con cariño,

Carmen.

Tibby fue a trabajar con la parte de arriba del pijama. Tuvo que pedir prestada una bata. Duncan se hizo el huraño, pero ella sabía que estaba contento de verla después de llamar tantos días para decir que estaba enferma. Hizo un cumplido a los vaqueros de Carmen.

A las cuatro su mente traicionera volvió a la suposición de que Bailey aparecería. Y entonces Tibby tuvo que recordar de nuevo.

—¿Dónde está tu amiga? -preguntó Duncan. Todos en Wallman's conocían ya a Bailey.

Tibby se marchó a la puerta de atrás a llorar. Se sentó en un escalón alto de hormigón y hundió la cara. De vez en cuando se limpiaba el goteo de

la nariz en la bata prestada. Tenía la piel pegajosa debajo del pijama de franela.

No estaba sola. Levantó los ojos. Tardó un momento en ajustar la vista a la figura de Tucker Rowe.

—¿Estás bien? -se interesó.

Distraída, Tibby se preguntó si nunca pasaría calor así todo de negro.

—No especialmente -respondió. Se sonó la nariz con la bata.

Él se sentó a su lado. Estaba demasiado entregada al llanto para parar, por lo que siguió llorando un rato más. Torpemente, él le acarició el pelo una vez. Si ella hubiera estado en condiciones normales, quizá estaría en éxtasis porque la había tocado, aunque abochornada porque tocaba su pelo sucio. Tal y como estaba, solamente le dedicó un pensamiento pasajero.

Cuando las lágrimas cedieron finalmente, levantó la cabeza.

—¿Por qué no nos tomamos un café y me cuentas qué te pasa? -propuso él.

Lo miró detenidamente, no con sus ojos, sino a través de los ojos de Bailey. Llevaba demasiado fijador en el pelo y las cejas depiladas en el centro. Su ropa y su reputación le resultaban falsas. No podía, ni por un instante, recordar por qué le gustaba.

—No gracias -dijo.

—Vamos, Tibby. Lo digo en serio.

Creía que lo estaba rechazando por inseguridad. Como si fuera imposible que pudiera interesar a alguien mucho más popular que ella.

—Es que no quiero -aclaró.

Su rostro registró el insulto.

«Antes me gustabas muchísimo», pensó mientras lo observaba marcharse. «Pero ahora no recuerdo por qué.»

Poco después de marcharse, Angela, la mujer de las uñas largas, salió con dos bolsas transparentes de basura para tirar al contenedor. Cuando vio a Tibby se detuvo.

—¿Tu amiga está muy enferma, verdad? -preguntó Angela.

Tibby levantó la vista sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo tenía una sobrina que murió de cáncer -explicó Angela-. Recuerdo su aspecto.

Los ojos de Angela también estaban llorosos. Se sentó al lado de Tibby.

—Pobrecilla -dijo, acariciando la espalda de Tibby. Tibby sentía la punta afilada de las uñas sobre el poliéster.

—Tu amiga es una niña muy, muy dulce -siguió Angela-. Una tarde, te estaba esperando. Yo salí de trabajar antes y ella advirtió que estaba disgustada por algo. Me invitó a un té frío y durante media hora escuché mis quejas sobre mi asqueroso ex marido. Lo convertimos en un ritual de los

miércoles por la tarde, Bailey y yo.

Tibby asintió, sintiéndose tan impresionada por Bailey como decepcionada consigo misma. Todo lo que había notado ella de Angela eran sus uñas.

En un milagro digno de la magia de los vaqueros compartidos, estos llegaron a Grecia el último día de Lena en la isla. El paquete estaba tan arrugado que parecía que había dado la vuelta al mundo, pero los pantalones estaban ahí, ilesos, aunque arrugados y más suaves y un poco más usados que la última vez que los vio. Parecía que estaban casi tan agotados como se sentía Lena, pero también daba la impresión de que aguantarían un millón de años más. Los pantalones eran el último mandato de Lena: ve y díselo a Kostos, patética colgada.

Al ponérselos, le proporcionaron algo además de culpabilidad. Le proporcionaron valor. Los vaqueros misteriosamente combinaban las cualidades de sus tres mejores amigas, y afortunadamente la valentía era una de ellas. Ella aportaría a los pantalones el exiguo don que poseía, pero lo que tomaría de ellos era el valor.

También se sentía *sexy* al llevar los vaqueros, lo cual no venía mal.

Lena había participado en una ocasión en una caminata con fines benéficos que le llevó a recorrer treinta kilómetros por Washington y los alrededores. Sorprendentemente, el paseo hasta la forja era más largo.

Pensaba ir después de comer, pero luego comprendió que iba a ser incapaz de comer nada, así que, ¿por qué esperar?

Resultó una decisión acertada. Cuando vio el edificio bajo a la vuelta de la esquina habría vomitado, pero no tenía nada en el estómago, así que logró evitarlo.

Las manos de Lena sudaban tan copiosamente que temía correr la pintura. Probó a secárselas en los pantalones y a cambiar de mano, pero las huellas de dedos mojados en unos pantalones no eran precisamente señal de tranquilidad.

A la entrada del jardín se detuvo. «Sigue andando», ordenó silenciosamente a los vaqueros. Confiaba más en ellos que en sus propias piernas.

¿Y si Kostos estaba ocupado trabajando? No iba a molestarlo, ¿no? «¿De quién había sido la pésima idea de saltar sobre él durante el trabajo?», quiso saber la parte cobarde de su mente (que representaba una gran mayoría).

Siguió andando. La pequeñísima parte valiente de su mente sabía que esa sería su única oportunidad. Si se daba la vuelta, la perdería.

La forja estaba sumida en la oscuridad, a excepción de las llamas que rugían contenidas en la gigantesca fragua de ladrillo en la parte de atrás. Había una figura que trabajaba un pedazo de metal al fuego y era demasiado alta para ser Bapi Dounas.

Kostos oyó o sintió sus pisadas. La vio por encima del hombro, después con cuidado dejó lo que estaba haciendo, se quitó los grandes guantes y la máscara y se acercó hasta ella. En sus ojos aún parecía que quedaba un ligero reflejo del fuego. No había timidez ni preocupación en su rostro. Eso era, al parecer, exclusivo de ella.

Lena, por lo general, contaba con que los chicos estarían nerviosos con ella y podría dominar la situación, pero con Kostos no era así.

—Hola -dijo ella temblorosa.

—Hola -dijo él con aplomo.

Se agitó inquieta, intentando recordar cómo iba a empezar.

—¿Te quieres sentar? -le ofreció él.

Sentarse quería decir posarse en un muro de ladrillo bajo que separaba una parte de la habitación de la otra. Se apoyó. Aún no recordaba cómo empezar. Se acordó de su mano y luego del cuadro que llevaba en la mano. Se lo tendió bruscamente. Había planificado una presentación algo más elaborada, pero daba igual.

Él dio la vuelta al cuadro y lo estudió. No reaccionó inmediatamente, como la mayoría de la gente; solamente lo miró. Después de un rato, eso la puso nerviosa. Pero estaba ya tan nerviosa que era difícil determinar dónde comenzaban los nervios extras.

—Es tu sitio -explicó abruptamente.

Él no apartó los ojos del cuadro.

—He ido a nadar allí muchos años -dijo despacio-. Pero estoy dispuesto a compartirlo.

Ella buscó algún indicio en sus palabras, mitad deseando que lo hubiera, mitad deseando que no. No lo había, decidió.

Él le devolvió el cuadro.

—No, es para ti -dijo ella. De pronto se sintió avergonzada-. Bueno, si lo quieres. No tienes que aceptarlo. Yo...

Lo volvió a coger.

—Sí que lo quiero -dijo-. Gracias.

Lena se apartó el pelo de detrás del cuello. Dios, qué calor hacía en ese sitio. «Bueno», se aleccionó, «es el momento de empezar a hablar».

—Kostos, he venido a decirte algo -dijo. Nada más abrir la boca, se levantó y arrastró los pies dando vueltas nerviosa.

—De acuerdo -dijo él aún sentado.

—Tenía intención de hacerlo desde... desde... ese día que... -«¿cómo decirlo?», se preguntó desesperada... Nos, eh, encontramos en la laguna.

El asintió. ¿Había un diminuto esbozo de sonrisa en un lado de su boca?

—Y. Bueno. Ese día. Bueno -comenzó a dar vueltas otra vez. La rapidez de reacción de los abogados era otra de las cosas que no había heredado de su padre-. Hubo algo de confusión y a lo mejor, sabes, ideas

equivocadas de lo que había pasado. Y eso probablemente fue culpa mía. Pero no me di cuenta de qué estaba pasando hasta que estaba pasando y entonces... -no terminó la frase. Contempló la pira. Las llamas del fuego eterno no eran la visión más reconfortante.

Kostos seguía pacientemente sentado.

Cuando Lena comenzaba a desvariar de esa manera, contaba con que la iban a interrumpir y dar por terminado su sufrimiento, pero Kostos no lo hizo. Simplemente esperó.

Intentó retomar el hilo, pero se olvidó de lo que estaba diciendo.

—Después de que ocurriera, era demasiado tarde y todo el mundo estaba aún más confundido y yo quería hablar de ello, pero no encontraba la forma de hablar de ello porque era demasiado cobarde para hacerles hablar sobre lo que creían que había pasado y explicarles que lo que creían que había pasado no había pasado realmente, así que no lo hice, aunque pensaba hacerlo y sabía que debía hacerlo.

De pronto deseó estar en una telenovela y que alguien le cruzase la cara de una bofetada como hacían con la gente que desvariaba y deliraba en televisión.

Ahora estaba casi segura de que veía asomar una sonrisa en la cara de Kostos. Eso no era una buena señal, ¿no?

Con el dorso de la mano se limpió el sudor del labio superior. Bajó la vista a los vaqueros y, recordando que eran los pantalones, trató de imaginar que era Bridget.

—Lo que intento decir es que... cometí un enorme error y que la pelea absurda entre nuestros abuelos fue totalmente culpa mía y que nunca debí acusarte de espiarme porque ahora sé que no lo hacías -eso estaba mejor. Ah. Pero se olvidaba de algo-. Y lo siento -soltó de golpe-. Lo siento muchísimo.

Él le dio un poco más de tiempo para asegurarse de que había terminado.

—Acepto tus disculpas -dijo con una pequeña inclinación de cabeza. Las abuelas de Oia podían estar orgullosas de su educación.

Lena dejó escapar un largo suspiro. Gracias a Dios, la parte de las disculpas estaba terminada. Podía levantarse y marcharse a casa con una pequeña fracción del orgullo intacto. Era enormemente tentador. Dios, sí que era tentador.

—Hay algo más -dijo ella. Se quedó horrorizada y a la vez impresionada cuando las palabras salieron de su boca.

—¿De qué se trata? -preguntó él. ¿Sonaba su voz más tierna ahora? ¿Era solo lo que quería oír?

Intentó pensar en palabras acertadas para explicarse. Miró al techo en busca de ayuda.

—¿Te quieres sentar? -la invitó él de nuevo.

—No creo que pueda -respondió ella sinceramente, retorciéndose las manos.

La expresión de sus ojos le dijo que lo comprendía.

—Bueno, sé que no estuve muy simpática cuando llegue aquí -Lena comenzó el segundo asalto-. Tú fuiste amable conmigo y yo no te correspondí. Y eso probablemente te hizo pensar que a mí no... que yo no... -Lena dio vueltas en un apretado círculo y volvió a situarse delante de él.

Grandes manchas de sudor se extendían debajo de sus brazos hasta casi la cintura. El sudor le cubría el labio y goteaba desde el nacimiento del pelo. La combinación de calor extremo y nerviosismo extremo provocaba la aparición de manchas rojas por toda su piel.

Nunca había confiado en que un chico se fijase en ella por otra cosa que no fuera el físico, pero si Kostos le hacía ahora el inimaginable honor de demostrar que ella le importaba, sabría que no era por su aspecto.

—Quizá pensaste que no me gustabas, pero resulta que...

Dios, se iba a ahogar en su propio sudor. ¿Era eso posible?

—Pero resulta que quizá no significaba eso, para nada. Quizá significaba... justo lo contrario -¿seguía hablando inglés? ¿Estaba formando alguna frase coherente?

—Lo que quiero decir es que quisiera no haber actuado así contigo. Quisiera no haber actuado como si no me gustaras o no me importaras, porque en realidad... en realidad... no siento lo que puede parecer que siento.

Lo miró suplicante. Lo había intentado, de verdad. Temía que no se podía explicar mejor.

En los ojos de Kostos había tanta emoción como en los suyos.

—Oh, Lena -dijo. Cogió ambas manos sudorosas entre las suyas. Parecía entender que no se podía explicar mejor.

La atrajo hacia sí. Él apoyado en el muro y ella de pie, eran casi de la misma altura. Sus piernas se tocaron. Ella podía oler su olor a chico, ligeramente a ceniza. Se sintió como si fuera a desmayarse.

Su cara estaba ahí, muy bella, entre sombras en la luz oscilante. Sus labios estaban ahí. Con un valor que poseía en un lugar fuera en su cuerpo, Lena se inclinó muy ligeramente y lo besó en los labios. Era un beso y una pregunta.

El respondió a la pregunta atrayéndola y estrechándola contra su cuerpo con ambos brazos, y su beso fue largo y profundo.

Ella tuvo un último pensamiento antes de dejar de pensar y entregarse a los sentidos. «Nunca imaginé que el cielo fuera tan caliente.»

A tus ojos estoy completo.

Peter Gabriel

Igual que habían hecho las dos últimas noches, a las ocho las enfermeras echaron a Tibby de la habitación de Bailey cuando terminó el horario de visitas. No estaba lista para irse a casa todavía. Llamó a su madre y le dijo que se iba al cine. Su madre sonó aliviada. Incluso ella había notado que Tibby no se estaba divirtiendo mucho últimamente.

Tibby vio las luces del Seven-Eleven a lo lejos, que parecían llamarla. Dentro se alegró de ver a Brian McBrian encorvado sobre el «Dragón Master».

Cuando se dio la vuelta y la vio observando, sonrió abiertamente.

—Hola, Tibby -dijo con timidez.

No se fijó en absoluto en su pijama ni en su espantoso aspecto.

—¿Qué nivel? -preguntó ella.

No intentó ocultar su orgullo.

—Veinticinco.

—¡No me lo creo! -replicó Tibby en señal de apreciación.

Observó con un cosquilleo de suspense la larga batalla heroica a través del volcán en el nivel veintiséis, hasta que terminó abrasado en la lava.

—Ooooh -se lamentó ella.

Él se encogió de hombros contento.

—Ha sido una buena. Tampoco hay que ganar todas las veces.

Ella asintió. Pensó un rato.

—Oye, Brian...

—¿Sí?

—¿Me enseñarías a jugar al «Dragón Master»?

—Claro -respondió.

Con la paciencia y el entusiasmo de un verdadero maestro, Brian aleccionó a Tibby hasta el nivel siete, el primer dragón. Mientras la curvilínea heroína moría atravesada por una espada, él sonreía orgulloso.

—Tienes un talento innato para matar dragones -alabó Brian.

—Gracias -respondió, realmente agradecida por el cumplido.

—¿Cómo está Bailey? -preguntó, su expresión tornándose seria.

—Está en el hospital -le dijo.

Él asintió.

—Ya lo sé. La he estado visitando a la hora de comer -de pronto tuvo una idea-. Espera un momento; te quiero enseñar algo -cogió una mochila en estado lamentable-. He comprado esto para ella.

Tibby lo miró. Era un Sony Dreamcast con una copia del «Dragón

Warrior», la versión para casa del «Dragón Master».

—No es tan bueno como el de verdad -explicó-. Pero la mantendrá entrenada.

Tibby sintió asomarse las lágrimas a sus ojos.

—Le va a encantar -dijo.

Más tarde, mientras Tibby bajaba por Old Georgetown Road, aún llevaba consigo la emoción de la partida de «Dragón Master». Ya estaba pensando en el nivel ocho. Era la primera vez en muchos días que experimentaba esa sensación particular de tener ilusión por algo.

«Tal vez», pensó mientras andaba, «Brian McBrian había descubierto algo importante». Tal vez la felicidad no se encontraba en las grandes circunstancias arrolladoras, en tenerlo todo organizado en la vida. Tal vez estaba en hilar un montón de pequeños placeres. Ver el concurso de Miss Universo en zapatillas. Comer brownies con helado de vainilla. Alcanzar el nivel siete en el «Dragón Master» y saber que quedaban otros veinte niveles.

Tal vez la felicidad simplemente era cuestión de pequeños instantes buenos: la señal de peatones que se pone verde en el momento en que llegas para cruzar; e instantes malos: la etiqueta que pica en el cuello, que soportaba una persona a lo largo de un día. Tal vez todo el mundo tenía asignada la misma proporción de felicidad para un mismo día.

Tal vez no importaba si eras un rompecorazones mundialmente famoso o un ser lamentable. Tal vez no importaba si tu amiga probablemente estaba muriéndose.

Tal vez lo superabas. Tal vez era todo lo que se podía pedir.

Era su último desayuno con Bapi, su última mañana en Grecia. En la dicha frenética que le había mantenido despierta hasta el amanecer, había escrito el guión de una conversación entera en griego entre Bapi y ella, como la gran apoteosis del verano. Ahora lo observaba masticar satisfecho sus cereales, esperando la coyuntura exacta para el lanzamiento.

Él levantó la vista hacia ella un momento y sonrió, y entonces ella comprendió algo importante. Así era como debía ser. Así les gustaba a los dos. Aunque la mayoría de la gente se sentía unida y reconfortada por la conversación, Lena y Bapi eran del tipo contrario. Entre ellos se creaban los vínculos afectivos a través de la rutina de comer cereales juntos.

Rápidamente olvidó su guión y volvió a sus cereales.

En un momento dado, cuando solamente le quedaba la leche, Bapi alargó una mano y la posó sobre la suya.

—Tú eres mi niña -dijo.

Y Lena supo que lo era.

Tibby estaba sentada en su sitio habitual encima de la cama de Bailey, dos días más tarde, cuando supo que estaba empeorando. Bailey no

tenía aspecto asustado o solemne, pero las enfermeras y sus ayudantes sí. Bajaban la vista al suelo cada vez que Tibby miraba directamente a una de ellas.

Bailey estaba jugando al «Dragón Warrior» mientras su padre dormitaba en una silla junto a la ventana. Echó la cabeza hacia atrás en la almohada, claramente necesitaba un descanso.

—¿Sigues jugando por mí? -le pidió a Tibby.

Tibby asintió y tomó los mandos.

—¿Cuándo vuelven tus amigas? -preguntó Bailey con voz adormilada.

—Carmen ya está en casa. Lena y Bridget llegan la semana que viene.

—Qué bien -dijo Bailey. Sus ojos se cerraban por espacios de tiempo cada vez más largos.

Tibby se fijó que ese día pitaban dos monitores más en la habitación.

—¿Cómo está Brian? -preguntó Bailey.

—Muy bien. Me ha llevado hasta el nivel diez -respondió Tibby.

Bailey sonrió. Dejó los ojos cerrados.

—Es un chico que merece la pena -murmuró.

Tibby se rió al recordar la expresión.

—Sí lo es. Tú tenías razón y yo estaba equivocada. Como siempre.

—No es verdad -repuso Bailey. Su cara estaba tan blanca como la de un ángel.

—Es muy cierto. Juzgo a las personas sin conocerlas -dijo Tibby.

—Pero cambias de opinión -dijo Bailey con voz lenta y dispersa.

Tibby hizo una pausa a los mandos del «Dragón Warrior» al creer que Bailey estaba dormida.

—Sigue jugando -ordenó Bailey en un susurro.

Tibby siguió jugando hasta las ocho, cuando las enfermeras la echaron de la habitación.

Lena:

Ha pasado algo. No es como me imaginaba. Necesito hablar contigo, pero no puedo hacerlo aquí. Estoy... rara. Me encuentro rara.

Lena:

No puedo dormir. Estoy asustada. Ojalá pudiera hablar contigo.

Bi.

Lena leyó las cartas de Bridget en el vuelo desde Atenas. Tanto las que había recibido durante el verano, como las que había recogido en la oficina de correos camino del aeropuerto. El avión surcó los husos horarios, y el corazón de Lena hizo el doloroso viaje desde la forja en Oia, donde quería estar, al campamento de fútbol de chicas en Baja, México, donde sentía que la necesitaban.

Lena conocía a Bridget lo bastante bien y desde el tiempo suficiente como para sentirse preocupada. Sabía que la vida de Bi se había rehecho en un momento dado. Había fallas desde entonces. Bi avanzaba a toda prisa en un torrente de actividad, pero de vez en cuando algo inesperado la golpeaba con fuerza. Dejaba a Bi lenta e insegura. Se agobiaba. No se le daba bien recomponerse de nuevo. A veces Bridget era como un niño pequeño. Acaparaba el poder. Lo demandaba. Pero cuando se salía con la suya, solo se tenía a sí misma y eso le aterraba. Su madre ya no estaba y su padre era tímido y distraído. Necesitaba saber que alguien velaba por ella. Necesitaba que alguien le prometiera que el mundo no estaba vacío.

Effie roncaba a su lado. Lena se dio la vuelta y empujó el hombro de su hermana.

—Oye, Eff. ¿Eff?

Effie sonrió en sueños. Lena sospechó que estaba pensando en el camarero. Le empujó el hombro con más fuerza.

—Effie. Despierta un momento.

A regañadientes, Effie abrió los ojos.

—Estoy durmiendo -protestó, como si fuera un sacramento o algo así.

—Se te da bien dormir, Effie, estoy segura de que podrás seguir haciéndolo.

—Ja, ja.

—Escucha. Creo que necesito cambiar el viaje, ¿sabes? Te voy a dejar en Nueva York y voy a intentar coger un vuelo a Los Ángeles.

Effie no disfrutaba volando. Lena sabía que lo justo era advertírselo.

—De Nueva York a Washington es un vuelo muy corto, Eff. No pasará nada.

Effie estaba atónita.

—¿Pero por qué?

—Porque estoy preocupada por Bridget.

Effie conocía a Bridget lo bastante para saber que había momentos bajos en los que preocuparse por ella no era una frivolidad.

—¿Qué le ocurre? -preguntó Effie, preocupada a su vez.

—Todavía no lo sé.

—¿Tienes dinero? -inquirió Effie.

—Tengo lo que nos dieron mamá y papá -dijo Lena. Sus padres les habían dado a cada una 500 dólares para gastar durante el verano y Lena apenas había gastado.

—A mí me quedan doscientos dólares. Son tuyos -dijo Effie.

Lena la abrazó.

—Mañana la llevaré de vuelta a casa. Llamaré a mamá y papá desde el aeropuerto, pero explícaselo tú también, ¿de acuerdo?

Effie asintió.

—Tú ve a hacer de madre.

—Si es que necesita una -puntualizó Lena.

Se alegraba de haber tenido la idea de meter los vaqueros compartidos en su bolsa de mano.

Cuando sonó el teléfono a las diez la mañana siguiente, Tibby sabía quién era. Cogió el teléfono y escuchó sollozos.

—Señora Graffman, sé lo que ha pasado. No tiene que decir nada - Tibby se llevó las manos a la cara.

El funeral fue dos días más tarde, un lunes. Hubo una misa en el cementerio antes del entierro. Tibby estuvo con Angela y Brian y Duncan y Margaret. Carmen había vuelto de Carolina del Sur. Se quedó detrás. Todos lloraron en silencio.

Esa noche, Tibby no podía dormir. Vio *Magnolias de acero* de una a tres de la mañana.

Incluso se alegró de oír a Katherine berreando a las tres y cuarto. En silencio, antes de que se despertaran sus agotados padres, se acercó hasta su habitación, sacó al bebé de la cuna y bajó con ella a la cocina. Sujetó a Katherine por su pequeña cintura y la apoyó en su hombro. Con la otra mano calentó el biberón. Katherine hacía ruidos cantarines que le producían un cosquilleo en el oído.

Metió a Katherine con ella en su cama y la observó mientras se dormía a la mitad del biberón. Se acurrucó al lado de su hermana y lloró. Las lágrimas mojaron el pelo suave como la pelusa de Katherine.

Cuando Katherine llegó a ese estado de sueño profundo de los bebés que soportaría incluso una fuerte explosión, Tibby la metió otra vez en su cuna.

Entonces eran las cuatro de la mañana. Tibby bajó a la cocina. Abrió la puerta del congelador y encontró la bolsa de papel marrón que contenía a Mimi. Con la sensación de ser de otro mundo, salió al garaje en pijama y zapatillas. Enrolló la parte de arriba de la bolsa alrededor del manillar de su bici, lo sujetó con fuerza y montó varios kilómetros hasta el cementerio, con Mimi congelada balanceándose bajo su muñeca.

La tierra sobre el ataúd de Bailey todavía estaba sin compactar. Tibby apartó la moqueta de hierba y cavó en la tierra con ambas manos. Dio un beso a la bolsa de papel y hundió a Mimi en el hoyo. Luego la cubrió y colocó la hierba en su sitio. Se sentó en la hierba encima de las dos. Contempló lo bonita que estaba la luna, bajando hacia el horizonte. Una gran parte de ella no quería más que quedarse allí con las dos. Quería

acurrucarse en una forma de subsistencia lo más pequeña y sencilla posible y dejar que el mundo siguiera avanzando sin ella.

Se tumbó. Se acurrucó. Y después cambió de opinión.

Estaba viva y ellas estaban muertas. Debía intentar que su vida fuera plena. Lo más posible. Prometió a Bailey que seguiría jugando.

El sentido del tiempo y del espacio de Lena estaba irremediabilmente revuelto cuando llegó a Mulegé. Tuvo que coger un segundo taxi para que la llevase hasta el campamento. El sol ya se había puesto, pero el aire todavía era caliente y pesado. Estaba a miles de kilómetros de Oia, pero respiraba el mismo aire.

Lena sabía que Bridget se marchaba al día siguiente y necesitaba llegar a tiempo para ayudarle a llegar a casa, hiciera lo que hiciera falta. Encontró el camino hasta la oficina de administración y allí le dieron instrucciones para llegar a la cabaña de Bridget.

Al entrar en la cabaña escasamente iluminada, su mirada inmediatamente encontró a Bridget. Una cabeza amarilla en un saco de dormir oscuro.

Bridget se incorporó. Lena asimiló su expresión trágica. Su pelo de cuento de hadas.

—Hola, Bi -dijo abalanzándose para abrazarla.

Bridget tenía dificultades para comprender lo que estaba ocurriendo. Parpadeó ante Lena. Entornó los ojos. La abrazó como si no estuviera segura de a quién abrazaba.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? -preguntó Bridget estupefacta.

—En avión.

—Creía que estabas en Grecia.

—Ayer lo estaba. Recibí tus cartas -explicó.

Bridget asintió.

—Y tanto.

De pronto Lena advirtió el hecho de que docenas de ojos las contemplaban con curiosidad.

—¿Damos una vuelta?

Bridget salió del saco de dormir. Salió de la cabaña delante de Lena con una camiseta que le quedaba grande y los pies descalzos. A Bi nunca le importaba mucho qué aspecto tenía.

—Esto es precioso -comentó Lena-. He contemplado la misma luna todo el verano.

—No me puedo creer que hayas venido hasta aquí -dijo Bridget-. ¿Por qué has venido?

Lena hundió los dedos de los pies en la arena.

—Quería que supieras que no estabas sola.

La cara de Bridget mostraba unos ojos enormes y brillantes.

—Oye, mira lo que te he traído -dijo Lena, mientras sacaba los

pantalones de su bolsa.

Bridget los estrechó con ambos brazos por un momento antes de ponérselos.

—Cuéntame qué ha pasado, ¿de acuerdo? -dijo Lena, sentándose en la arena y tirando de Bridget-. Cuéntame todo lo que ha pasado y sabremos cómo arreglarlo.

Bridget bajó la vista a los pantalones, agradecida por tenerlos. Representaban apoyo y representaban amor, exactamente como habían jurado al principio del verano. Pero con Lena ahí, a su lado, casi no los necesitaba.

Bridget miró al cielo. Miró a Lena.

—Creo que quizá ya lo has hecho.

Iremos. A ningún sitio que
conozcamos. No hace falta que
digamos nada.

Beck

Epílogo

La tradición exigía que nuestra celebración nocturna anual cayera a la mitad de los cumpleaños: nueve días después del de Lena y nueve días antes del mío, dos días después del de Bridget y dos días antes del de Tibby. Siempre encuentro consuelo en los números. Siempre interpreto las coincidencias como pequeñas pistas sobre nuestro destino. Por lo tanto, hoy era como si el mismísimo Dios lo hubiera escrito en mi agenda. La celebración este año caía la noche antes de que empezase el colegio, lo cual también era significativo, aunque no de forma positiva.

Como el salmón que vuelve nadando al pequeño afluente en el que nació, regresamos a Gilda's, el lugar de honor del nacimiento de las «Septiembre», y ahora de el Clan de los Pantalones Vaqueros Compartidos.

Como era habitual, Tibby y Bi colaboraron en la tarta de cumpleaños, y Lena y yo creamos el ambiente con la decoración y la música. Bi siempre era la encargada de forzar la cerradura.

Generalmente, a esas alturas del verano, estábamos tan amoldadas unas a otras como los guijarros en el fondo de un río. Durante tres meses habíamos tenido una unión absoluta sin demasiado estímulo externo. Las escasas historias que nos habían ocurrido las considerábamos analizadas, celebradas, condenadas y ridiculizadas hasta quedar reducidas a polvo.

Esa noche era diferente. Tenía la sensación de que cada una era independiente y estaba llena hasta arriba de historias propias, en su mayoría sin compartir. En cierto modo me asustaba el hecho de tener un verano de experiencias y sentimientos que me pertenecía a mí sola. Lo que ocurría delante de mis amigas lo sentía real. Lo que me ocurría a mí cuando estaba sola lo sentía en parte soñado, en parte imaginado, definitivamente modificado y deformado por mis propios miedos y deseos. Pero ¿quién sabe? Quizá hay más de verdad en lo que sientes que en lo que realmente ocurre.

Los vaqueros eran el único testigo de la vida de todas. Eran el testigo y también el documento. En los últimos días habíamos realizado las inscripciones para contar un poco de la historia con dibujos y palabras que resaltaban vivamente en el humilde vaquero.

Esa noche miré a mis amigas, sentadas sobre una manta roja, rodeadas de velas en el centro de una cochambrosa sala de aeróbic. Habitualmente el centro lo ocupaba la tarta, pero esta noche estaba a un lado en deferencia a los pantalones. Dos caras morenas y la pálida de Tibby me devolvían la mirada. Sus ojos eran todos del mismo color en esa luz. Tibby con mucho espíritu llevaba el sombrero de México y la camiseta de la bahía de Ammoudi que había pintado Lena para ella. Lena llevaba unos zapatos prestados de Bridget y Bridget apuntaba con los pies descalzos hacia el centro, revelando unas uñas brillantes con mi esmalte preferido de color turquesa. Las rodillas de Tibby y Lena chocaban. Estábamos colocándonos unas con otras de nuevo, compartiendo nuestra vida.

Pero esa noche estábamos más calladas. Había más afecto y menos bromas de lo habitual. Comprendí que, en cierta manera, aún no estábamos acostumbradas unas a otras, pero teníamos el consuelo de los vaqueros. Los pantalones habían absorbido el verano. Tal vez era mejor que no pudieran hablar. Nos permitirían recordar más cómo nos sentimos y menos lo que realmente ocurrió. Nos permitirían guardarlo todo y compartirlo.

No era que no hubiéramos compartido a grandes rasgos nuestras historias. Claro que lo habíamos hecho. Les conté todo sobre la boda de Albert. Sabíamos que Bi estaba hecha un lío por culpa de Eric. Todas vimos a Lena hablar sobre Kostos como nunca había hablado antes de otro chico. Sabíamos lo de Bailey e instintivamente teníamos cuidado con las preguntas que le hacíamos a Tibby. Pero había un millón de pequeños matices que no lográbamos expresar tan fácilmente. Eran los detalles sutiles, y comprenderlos, incluso saber cuándo te los habías perdido, era lo que distinguía otras amigas de las amigas de verdad, como éramos nosotras.

Aun así, los pantalones vaqueros nos prometían que había tiempo. Nada se perdería. Teníamos todo el año si lo necesitábamos. Teníamos todo el camino hasta el verano siguiente, cuando volveríamos a sacar los pantalones compartidos y, juntas o por separado, empezaríamos de nuevo.

Fin